

El Concepto del Continuum

En busca del bienestar perdido

Jean Liedloff

índice

Introducción	7
Cómo cambiaron mis ideas de una forma tan radical	23
El concepto del <i>continuum</i>	45
El inicio de la vida	57
Desarrollo	115
La falta de las experiencias esenciales	153
La sociedad	183
El restablecimiento de los principios del <i>continuum</i>	201

Introducción

Tres meses antes de publicarse este libro por primera vez en 1975, una amiga me pidió que le dejara la prueba impresa a una pareja que esperaba su primer hijo. Más tarde conocí a Millicent, la esposa, cuando vino a comer a casa con su hijo Seth, que tenía tres meses. Me contó que ella y su esposo Mark, que era médico, estaban convencidos de que mis ideas tenían sentido porque concordaban con lo que sentían. Estaba muy entusiasmada con la idea de que otros padres leyeran el libro, pero le preocupaba que algunos se desanimaran con la idea de tener que mantener un constante contacto físico con sus hijos durante meses.

—Entendí la idea —dijo—, pero estaba segura de que no podría llevar encima el peso equivalente a un saco de patatas de 4,5 a 7 kg. las veinticuatro horas del día. Temo que esto pueda desanimar a la gente. ¿Por qué no sigues sólo con la idea de *Dejar la compra en el cochecito y llevar en brazos al bebé* como he oído que decías por la radio? La mayoría de las madres estarán dispuestas a hacerlo y cuando lleguen a casa desearán seguirlo llevando en brazos. Yo nunca me separé de Seth porque no sentí ningún deseo de hacerlo.

—Esa era la idea —le dije—. Sólo funciona cuando el bebé está ahí y tú mantienes un contacto físico con él porque así lo sientes y no porque alguien haya dicho que debes hacerlo. Ni tampoco desearás dedicarte a servir a *un bebé* hasta ese punto, a no ser que lo conozcas y que te hayas enamorado de él.

—He resuelto el problema de mi baño cogiendo a Seth y bañándome con él —prosiguió—. Si Mark vuelve a casa a tiempo, tampoco puede resistirse y se mete con nosotros en la bañera. Le encanta dormir con Seth tanto como a mí.

—He descubierto la forma de hacer las tareas domésticas y de cuidar el jardín sin dejar a Seth. Sólo me separo de él cuando hago la cama y entonces le hago saltar entre las sábanas y las mantas, a mi hijo esto le encanta. Y para subir el carbón del sótano espero a que Mark pueda ayudarme. El único momento en el que me separo de Seth es cuando salgo a dar una vuelta con mi caballo; una amiga se ocupa de él.

Pero al final del paseo siempre estoy ansiosa por volver a estar con mi hijo. Por suerte, como he montado el negocio de la imprenta con una amiga, no he tenido que dejar mi ocupación. Trabajo de pie y ahora ya me he acostumbrado a llevar a mi hijo en un canguro en la espalda o sobre la cadera. Cuando quiere mamar, atraigo el canguro hacia adelante. El niño no necesita llorar, sólo lanza un gruñido y encuentra el pecho. Por la noche, sólo tiene que acurrucarse contra mí para decirme que tiene hambre; le ofrezco el pecho sin más y ni siquiera tengo que despertarme del todo.

Seth permaneció relajado y callado durante todo el almuerzo, como lo habría hecho un bebé yecuana, sin molestar para nada.

Es comprensible que los bebés occidentales no sean bienvenidos en las oficinas, las tiendas, los talleres o incluso en las cenas. Normalmente chillan y patalean, agitan los brazos y tensan sus cuerpos, de modo que se necesitan dos manos y mucha atención para tenerlos bajo control. Parece ser que están nerviosos porque tienen un montón de energía sin liberar al no haber estado en contacto físico con el campo energético de una persona activa que ejerce de manera natural un efecto descargante, y al cogerlos en brazos siguen estando rígidos de tensión e intentan liberarse de esa molestia doblando los miembros o señalando a quien los sostiene en brazos para que le haga pegar botes al ponerlo sobre las rodillas o lo lance al aire. Millicent se sorprendió al descubrir la diferencia que había entre el suave tono del cuerpo de Seth y el de otros bebés. Dijo que el cuerpo de los otros bebés estaba más tieso que un palo.

En cuanto se reconozca que tratar a los bebés como nosotros habíamos estado haciendo durante cientos de miles de años nos asegura unas tranquilas, suaves y poco exigentes criaturitas, los jefes ya no necesitarán causar problemas a las madres trabajadoras que no deseen estar aburridas y aisladas todo el día dentro de casa sin la compañía de otros adultos. Los bebés estarían de este modo donde necesitan estar, en el trabajo con sus madres; y las madres también estarían donde necesitan estar, con personas de su edad, no cuidando al bebé, sino haciendo

algo digno de un adulto inteligente. Pero lo más probable es que los jefes no se muestren abiertos a esta opción hasta que la fama de los bebés no haya mejorado. La revista Ms hizo un esfuerzo heroico por llevar a los bebés a sus oficinas, pero no habría tenido que ser tan heroico si en lugar de aislar a los bebés dejándolos en los cochecitos junto a los escritorios hubieran estado en contacto con el cuerpo de la madre.

No todo el mundo pone en práctica los principios del *continuum* con tanta rapidez y entusiasmo como Millicent y Mark, que ahora han criado a sus otros hijos como lo hicieron con Seth. Anthea, una madre, me escribió contándome que en cuanto acabó de leer el libro descubrió que debía de haber escuchado sus instintos en lugar de los consejos de los *expertos* en el cuidado del bebé, pero ahora tenía un hijo de cuatro años, Trevor, con el que había cometido *todo tipo de errores*. El hijo que estaba esperando sería un *bebé continuum* desde el principio, pero ¿qué podía hacer con Trevor?

No sólo es difícil llevar en brazos a un niño de cuatro años para reparar la falta de contacto físico que ha sufrido, sino que para él también es importante jugar, explorar y aprender como le corresponde a su edad cronológica. Sugerí a Anthea y a Brian que durmieran con su hijo por la noche, pero que durante el día mantuvieran con él la misma tónica que antes, a excepción de dejarle subir al regazo siempre que él quisiera y de estar físicamente disponibles todo lo que pudieran. También les pedí que escribieran cada día lo que iba sucediendo, ya que esto ocurría poco después de haber publicado el libro y pensé que su experiencia podía ser útil para las otras personas.

Anthea fue anotándolo todo fielmente a diario. Durante las primeras noches, ninguno pudo dormir demasiado. Trevor no dejaba de moverse y quejarse. Les metía los pies en la nariz, y el codo, en las orejas. Les pedía agua a una hora infame. Una vez Trevor intentó dormir atravesado, y los padres, a cada uno de los bordes de la cama tuvieron que aferrarse al colchón para no caerse. Más de una vez, Brian salió de casa por la mañana para ir a la oficina pisando fuerte, con los ojos enrojecidos y de malhumor. Pero perseveraron en el intento, al contrario de

otras familias que acababan diciéndome después de tres o cuatro noches de prueba *No funciona; no hemos podido dormir*, y se rendían.

Al cabo de tres meses, Anthea me contó que Trevor ya no les causó más problemas, a partir de entonces los tres durmieron apaciblemente todas las noches. Y no sólo mejoró notablemente la relación que Anthea y Brian mantenían con Trevor, sino también la relación entre Anthea y Brian. Y al final del relato me dijo mencionando el tema por primera vez: *¡Trevor ha dejado de comportarse agresivamente en la escuela!*

Trevor decidió volver a su cama tras varios meses, después de haber recibido la correspondiente ración de dormir con sus padres que le había faltado siendo un bebé. Su nueva hermanita también durmió, como es natural, con sus papás, y Trevor, después de decidir volver a su cama, sabía que podía dormir con sus padres siempre que lo necesitara.

Era tranquilizador darse cuenta de que después de cuatro años se podían reparar tantos errores en sólo tres meses. A partir de aquel momento me sentí más animada y capacitada para explicar la historia de Trevor a la gente que acudía a mis conferencias y que me escribía para hacerme este tipo de preguntas.

POR QUÉ NO DEBES SENTIRTE CULPABLE POR NO SER LA ÚNICA PERSONA
DE LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL QUE NO HA TRATADO A SUS HIJOS
CORRECTAMENTE

Otra señora, Rachel, que tenía cuatro hijos que rondaban la pubertad, me escribió: *Creo que su libro es una de las cosas más crueles que jamás he leído. No le estoy sugiriendo que nunca debía haberlo escrito, ni siquiera que desearía no haberlo leído, sino simplemente que me causó una profunda impresión, me hirió muchísimo y me intrigó enormemente. No quiero afrontar el hecho de que su teoría pueda ser cierta y estoy haciendo todo lo posible por olvidarla... (Por cierto, que Dios la perdone por haber escrito aquel pasaje sobre el sufrimiento de los bebés, porque repitiendo las inmortales palabras de Noel Coward, '¡yo nunca la perdonaré!')... A decir verdad, me sorprende que no la hayan cubierto de alquitrán y plumas en*

un momento dado... Cada madre que lo lea debe hacer todo cuanto esté en sus manos para evitar sus implicaciones... Sabe, creo sinceramente que sólo mientras yo creía que todas las molestias padecidas en carne propia eran normales e inevitables, que eran algo '¡natural!'—por emplear la palabra que las otras madres, los psicólogos infantiles y los libros suelen decir para tranquilizarnos—, las vi como algo soportable. Ahora que me ha metido en la cabeza la idea de que también podría ser lo contrario, bueno, no me importa decirle que durante las veinticuatro horas siguientes a haber leído su libro y, por supuesto, mientras lo estaba leyendo, me sentí tan deprimida que tuve ganas de pegarme un tiro.

Por suerte no lo hizo, y desde entonces hemos sido íntimas amigas. Se ha convertido en una gran defensora del concepto del *continuum*, y yo, una gran admiradora de su sinceridad y elocuencia. Pero los sentimientos, la depresión, el sentimiento de culpa y el remordimiento que expresó suelen experimentarlo con demasiada frecuencia las mujeres con hijos mayores que leen mi libro.

Sí, por supuesto, es terrible pensar en lo que hemos hecho con nuestras mejores intenciones a los seres a quienes más amamos. También hemos de plantearnos lo que nuestros afectuosos padres nos han hecho desde la misma ignorancia e inocencia y lo que les hicieron a su vez a ellos. La mayor parte del mundo culto participa con nosotros en el trato injusto que sufre cada nueva y confiada criatura. Se ha convertido en una costumbre (por razones sobre las que no voy a especular aquí). ¿Acaso cualquiera de nosotros tiene derecho a sentirse culpable o incluso experimentar el horrible sentimiento de haber sido engañado, como si uno por sí mismo debiera haber sabido hacerlo mejor?

Por otro lado, si al experimentar ese irrazonable sentimiento de culpa nos negamos a aceptar lo que nos han hecho a todos nosotros por todos nosotros, ¿cómo podremos cambiar cualquier parte implicada, como por ejemplo la que nos es más cercana? Nancy, una bella señora con el cabello blanco me dijo mientras yo daba una conferencia en Londres, que desde que ella y su hija de treinta y cinco años habían leído mi libro, habían comprendido mejor la relación que las unía, y

que esto las había ayudado a estar más cerca la una de la otra de lo que lo habían estado jamás. Rosalind, otra madre, me contó que después de leer el libro había caído en una depresión en la que no paró de llorar que le había durado varios días. Su esposo fue comprensivo y se ocupó pacientemente de sus dos hijas pequeñas mientras ella languidecía, incapaz de seguir viviendo como antes. *En un momento dado, me contó, comprendí que la única forma de seguir adelante era volviendo a leer el libro... pero esta vez para que me diera fuerza.*

SOBRE NUESTRA EXTRAÑA INCAPACIDAD PARA VER

Una conocida me telefoneó un día en estado de gran emoción porque había ido sentada en un autobús detrás de una antillana que viajaba con un bebé que estuvo disfrutando todo el trayecto de una relación tranquila y respetuosa con su mamá, escena que muy pocas veces se ve en la sociedad británica. *Fue muy hermoso, me dijo. Justo después de leer tu libro me encuentro con un ejemplo viviente. Antes había estado entre muchas otras personas como ella, pero nunca había visto lo que ahora me parece tan obvio. Y, sin duda, nunca aprecié la lección que pueden enseñarnos si pudiéramos comprender su forma de comportarse... y por qué nosotras nunca actuamos del mismo modo.*

Estamos tan ciegos que de hecho en Gran Bretaña hay una organización llamada "Asociación Nacional para Padres con Niños Insomnes". Por lo visto, funciona siguiendo el modelo de "Alcohólicos Anónimos" y fortalece a las víctimas de bebés llorones con la comprensión de los compañeros que tienen el mismo problema y dando un consuelo del tipo de: "Acaban por crecer", "Túrnate con tu esposa para que cada uno pueda dormir un rato mientras el otro se levanta", "Si no llora porque está enfermo, déjale llorar, que no le pasará nada". El mejor consejo que tienen es "Si todo lo demás falla, no creo que al bebé le haga ningún daño acostarlo en tu cama". Pero nunca se sugiere enterrar el hacha de guerra y hacer caso a los bebés, que hacen saber a todo el mundo unánimemente y con una prístina claridad dónde está su lugar.

SOBRE LOS PADRES DEDICADOS EXCLUSIVAMENTE A SUS BEBÉS O PADRES
PERMISIVOS

Una madre o un padre que sólo se dedica a cuidar de su hijo lo más probable es que se aburra y resulte aburrido para los demás, y no sólo eso, sino que cuide a su hijo de una manera incompleta. Un bebé necesita estar en medio de la vida de una persona activa, manteniendo un constante contacto físico y siendo estimulado por una gran parte de aquellas experiencias de las que el bebé participará en el futuro. El papel de un bebé en brazos es pasivo, observa con todos sus sentidos. Sólo de vez en cuando disfruta de una atención directa, de besos, de que le hagan cosquillas, lo lancen al aire... Pero su principal tarea es contemplar las acciones, las interacciones y el entorno del adulto o del niño que lo cuida. Esta información prepara al bebé para ocupar su lugar entre su gente al haber entendido lo que ésta hace. Frustrar este poderoso deseo mirando inquisitivamente, por así decirlo, a un bebé que te está mirando de manera inquisidora, le crea una profunda frustración; esposa a su mente. El deseo del bebé de ver una figura central fuerte y ocupada, a la que él pueda ser secundario, es minado por una persona necesitada emocionalmente y servil que está buscando la aceptación o la aprobación de su hijo. El bebé enviará cada vez más señales, pero no serán para pedir más atención, sino para que se le incluya en la experiencia del adulto. La mayor parte de la frustración del bebé está causada por su incapacidad de obtener la solución adecuada por parte del adulto al señalarle que hay algo que no va bien.

Más tarde, algunos de los niños más exasperados y *rebeldes* son aquéllos cuya conducta antisocial constituye un ruego para que los adultos les enseñen a comportarse de manera cooperativa. Una constante permisividad priva a los niños de los ejemplos de una vida centrada en el adulto en la que pueden encontrar el lugar que están buscando en una jerarquía natural de experiencias más o menos importantes en la que sus acciones deseables son aceptadas y sus acciones indeseables, rechazadas, mientras que ellos, los niños, son siempre aceptados. Los niños necesitan ver que los adultos suponen que sus hijos son personas

bienintencionadas y sociables por naturaleza, que están intentando hacer lo correcto y que desean una reacción de confianza de sus mayores para que les guíen. Un niño busca información sobre lo que debe hacerse y sobre lo que no debe hacerse, y si rompe un plato necesita ver que su destrucción ha provocado un cierto enfado o tristeza, pero no que los padres lo aprecian menos por ello, como si él no estuviera enojado o triste por habersele caído de las manos y no hubiera decidido por sí solo ser más cuidadoso la próxima vez.

Si los padres no diferencian los actos deseables de los indeseables, el hijo suele actuar de un modo más perturbador y negativo aún para que los adultos lo obliguen a desempeñar el papel correcto. Y entonces, los padres, cuando ya no pueden soportar ni una imposición más sobre su *paciencia*, descargan toda la ira acumulada en su hijo, diciéndole quizás que están *hartos* de él y que se vaya castigado a su habitación. Las implicaciones son que la conducta anterior que habían tolerado hasta ese momento era en realidad mala, pero que estuvieron ocultando sus verdaderos sentimientos hasta que el irremediable mal comportamiento del niño acabó por destruir la farsa de que lo aceptaban. Este es el juego habitual para los hijos de muchos hogares, quienes acaban creyendo que lo que se espera de ellos es que *se salgan con la suya*, portándose tan mal como puedan hasta que les paren los pies, cuando los padres ya no puedan más y digan a sus hijos que son inaceptables.

En casos extremos, cuando los padres han tenido a su primer hijo siendo ya mayores, adoran a sus pequeños de una forma tan desastrosa que nunca muestran ningún signo diferenciador entre lo que el niño ha de hacer y lo que no debe hacer. Estos niños prácticamente se vuelven locos de frustración. Se rebelan ante cada nueva petición: *¿Qué quieres comer... hacer... ponerte? ¿Qué quieres que mamá haga?...*

Conocí a una preciosa pequeña de dos años y medio que recibía este trato. No sonreía nunca. Cada aduladora sugerencia hecha por sus padres para complacerla era recibida con expresiones de descontento y con una colección de obstinados *¡No!* El rechazo de la niña les hizo sentir incluso más miserables aún, y el desesperado juego siguió sin que

la pequeña lograra que sus padres le mostraran un ejemplo del que ella pudiera aprender, ya que siempre esperaban que la niña los guiara. Le habrían dado todo lo que su hija les hubiera pedido, pero no podían entender que lo que la niña verdaderamente necesitaba era vivir con ellos mientras llevaban su propia vida de adultos.

Los niños gastan una enorme cantidad de energía intentando llamar la atención no porque la necesiten, sino porque están señalando que su experiencia es inaceptable e intentan reclamar de quien los cuida para que se la corrija. El impulso de llamar la atención que algunas personas sienten toda la vida es sólo la continuación de la frustración que sintieron de niños al no lograr que les hicieran caso, hasta que el intento de llamar la atención acabó convirtiéndose en un objeto en sí mismo, en una especie de competición compulsiva entre dos voluntades. Una atención de los padres que provoque en el niño unas señales más apremiantes aún es, sin duda, una atención inadecuada. La lógica natural impide creer en la evolución de una especie que se caracteriza por sacar de quicio a millones de familias. Si observamos a los otros millones de familias que viven en los países del tercer mundo que no han tenido el *privilegio* de que les enseñaran a dejar de comprender a sus hijos y de confiar en ellos, descubriremos que este tipo de familias viven en paz, y que sus hijos, cuando tienen cerca de cuatro años, ya están ansiosos por colaborar en las tareas familiares.

NUEVAS REFLEXIONES SOBRE PSICOTERAPIA

Mi enfoque para curar los efectos de las carencias padecidas en la infancia ha evolucionado de un intento de reproducir las experiencias que al paciente le faltaron de niño a un intento de que transmitiera los mensajes, tanto conscientes como inconscientes, que habían quedado grabados en su psique a causa de esas carencias. En mi práctica como psicoterapeuta he descubierto que uno puede cambiar con éxito las expectativas malas o negativas que alberga sobre sí mismo y el mundo al comprender por completo en qué consisten esas expectativas, cómo llegó a tenerlas y por qué son falsas. El sentimiento más arraiga-

do de ineptitud era, en su origen, el conocimiento de la propia valía. Este conocimiento es traicionado y socavado por las experiencias que imponen falsas opiniones, opiniones que en la primera infancia y en la niñez uno es incapaz de cuestionarse. Los miedos, las amenazas indescriptibles y amorfas de las espantosas consecuencias que uno no se atreve a contemplar le impiden actuar o incluso pensar libremente hacia esa dirección. A veces, esos miedos son tan limitadores que uno sólo puede vivir en un lugar autoimpuesto que es como el patio de una prisión.

Al descubrir el origen de uno de esos terrores, vemos que es una experiencia que, cuando el adulto logra contemplar, reconoce que sólo es aterradora para un niño. Uno abandona automáticamente el constante y agotador esfuerzo que hacía por no afrontar aquello que le aterraba, y la parte grande o pequeña de su vida que había estado sometida a ello puede por fin liberarse. Uno puede permitirse entonces hacer o ser cualquier cosa que en el pasado no podía: tener éxito o fracasar, ser una *buena persona* o dejar de serlo, amar o aceptar ser amado, arriesgarse o dejar de hacerlo... sin la inadecuada compulsión que le impida usar su criterio tanto instintivo como intelectual de la mejor forma posible.

A finales de los años setenta, durante el último de sus treinta años de investigación puntera sobre terapia catártica, pude colaborar con el doctor Frank Lake en una parte del trabajo realizado en su centro de Nottingham. Había leído este libro y tenía mucho interés en mostrarme que los atentados contra la sensibilidad por los que yo me interesaba tanto no se iniciaban al nacer, sino durante la etapa uterina, que era igual de formativa. Los dramáticos recuerdos de estas experiencias que tuvieron sus numerosos pacientes y posteriormente algunos de los míos me convencieron de que tenía razón, en especial desde que produjo las reviviscencias en mí antes de que yo hubiera visto a nadie doblarse en postura fetal, moviendo los miembros de aquel modo tan especial, emitiendo los sonidos y expresando las emociones que yo llegaría a reconocer que pertenecían a la etapa uterina.

En la actualidad sigo recurriendo a esta técnica cuando uno de mis pacientes llega a un punto en el que necesita conocer la experiencia natal, de la primera infancia o intrauterina, que vivió, pero por más dramática que ésta sea, tengo la impresión de que la abreacción en sí misma no es la que suele producir el efecto terapéutico, sino que el valor de la experiencia reside en la contribución que hace a la información del sujeto, quien luego la integra a su nueva comprensión de cómo son las cosas en realidad en su vida, por oposición a cómo había creído siempre que eran. De vez en cuando, una abreacción puede ser la última pieza de un puzle, permitiendo pasar de la comprensión a la realización cuando el comportamiento espontáneo de uno llega finalmente a reflejar la verdad descubierta. Pero la verdad en sí misma es la que produce la transformación... y sólo aparece la verdad, al margen de cómo se haya obtenido, a través de una minuciosa investigación en la que se ha empleado la inducción y a veces la deducción; a través de la reevaluación de las opiniones sin examinar que uno se había formado en la infancia (normalmente tienen que ver con la *bondad* o la *maldad*)-, y a través de la abreacción o la información recogida de otras personas que no han olvidado ningún incidente que, en aquella época, le pareció catastrófico al sujeto. El liberador resultado de este proceso suele aparecer normalmente con bastante rapidez, y el paciente experimenta una importante transformación no al cabo de los años sino de meses.

A la luz del concepto del *continuum*, una persona con un trastorno emocional es un ser intrínsecamente *correcto* cuyas necesidades específicas como especie no fueron satisfechas y cuyas expectativas desarrolladas con tanta precisión fueron recibidas y tratadas con un farisaico rechazo o condena por aquellas personas cuyo papel tendría que haber sido el de respetarlas y satisfacerlas. Los padres insensibles ejercen el desafortunado efecto de hacer que sus hijos crean que ellos no se han hecho querer, que no han merecido su amor o que no han sido lo suficientemente *buenos* para sus padres. El niño, por su naturaleza, no puede concebir que sean los padres los que estén equivocados y acaba creyendo que ha sido por su propia culpa. Así, cuando comprende totalmente que sus llantos, su malhumor, sus dudas sobre sí mismo, su apa-

tía o su rebelión eran reacciones humanas correctas ante el incorrecto trato recibido, la mala imagen que se había forjado de sí mismo cambia. Creo que examinar la historia de una persona de ese modo tiene en sí mismo un efecto beneficioso y crea una posibilidad curativa para alguien acostumbrado a que le hagan sentir que no vale nada, que no es bienvenido o que es culpable. Me complace oír que a muchos otros psi- coterapeutas, el concepto del *continuum* también les parece útil tanto para sí mismos como para sus alumnos y pacientes.

En realidad, en la década en que se publicó esta obra por primera vez se creó en muchos ámbitos una atmósfera mucho más acogedora hacia las ideas que expone —como por ejemplo en el campo de la obstetricia, el cuidado de los niños, las instituciones sociales y la psicología— y una búsqueda más amplia para encontrar unos principios fidedignos con los que vivir. Muy especialmente, me alentó a seguir adelante una reseña de la revista Time que acababa de salir a la venta sobre el personaje de una película que decía: *Su sentido de la responsabilidad social se dejaba guiar por un impecable instinto en lugar de por una dudosa ideología*. Espero que esta edición desempeñe un papel decisivo al permitir que nuestro impecable instinto guíe cada vez más a nuestra dudosa ideología.

Cómo cambiaron mis ideas de
una forma tan radical

La finalidad de este libro no es simplemente contar una historia, sino presentar una idea, aunque creo que resultará valioso contar un poco mi historia, una parte del terreno en el que el concepto arraigó. Creo que puede ser útil explicar cómo mis opiniones llegaron a ser tan distintas de las de los americanos del siglo veinte con los que crecí.

Fui a la selva sudamericana sin desear demostrar ninguna teoría, movida por la curiosidad normal que me despertaban los indios y sólo con el vago sentimiento de que podía aprender algo importante. En Florencia, durante mi primer viaje a Europa, dos italianos me invitaron a unirme a una expedición que iba a explorar la región del río Caroni, un afluente del Orinoco, en Venezuela, en busca de diamantes. Fue una invitación de última hora y tenía veinte minutos para decidirme, por lo que volví corriendo al hotel, hice las maletas, salí disparada hacia la estación y salté al tren justo en el momento que iban a cerrar las puertas.

Fue espectacular, aunque aterrador, cuando de pronto vi, una vez en el tren, reflejado en la polvorienta ventana, el compartimento tenuemente iluminado en el que íbamos a viajar lleno de maletas. Entonces comprendí que me estaba dirigiendo a una auténtica selva.

No había tenido tiempo de reflexionar por qué quería ir, pero mi respuesta había sido instantánea y segura. No era que me hubiera parecido irresistible la idea de buscar diamantes, aunque encontrar una fortuna en el lecho de los ríos tropicales sonaba mucho más atractivo que cualquier otro trabajo que se me hubiera ocurrido hacer, sino que fue la palabra *selva* lo que me resultó mágico, quizás por un incidente que me había ocurrido de niña.

Me sucedió a los ocho años y parece que tuvo una gran importancia para mí. Todavía sigo creyendo que fue una valiosa experiencia, pero como la mayoría de los momentos iluminadores, me permitió entrever un tipo de existencia sin revelarme su construcción o cómo podía conservar la imagen que había contemplado en medio de

la agitada vida cotidiana. Lo más decepcionante de todo fue saber que haber contemplado la incomprensible verdad apenas me había ayudado, si es que lo había hecho, a guiar mis pasos en medio de la confusión. La fugaz visión era demasiado frágil como para sobrevivir al tiempo que tardaría en aplicarla. Aunque aquel incidente me empujó a luchar con todas mis motivaciones mundanas, y lo que era más adverso aún, con la fuerza del hábito, quizás valga la pena mencionarlo, porque fue aquella fugaz sensación de bienestar —por falta de una frase más diáfana— la que me empujó a la búsqueda de lo que describe este libro.

Ocurrió en el transcurso de unas colonias de verano, mientras paseaba por los bosques de Maine. Yo iba a la zaga, me había alejado un poco del grupo y cuando apresuré el paso para unirme a él, vi, a través de los árboles, un claro. En el fondo, en uno de los extremos, había un frondoso abeto, y en el centro, cubierto con un brillante y casi luminoso musgo verdino, se erguía un montículo. Los rayos del sol de la tarde caían inclinados a través de las hojas verdinegras del pinar. El pequeño techo de cielo visible era totalmente azul. Aquella imagen era tan completa, tenía en conjunto una fuerza tan intensa, que me hizo parar en seco. Me acerqué al borde del claro y entonces, suavemente, como si me encontrara en un lugar mágico o sagrado, me dirigí al centro, me senté en él y me tumbé después con la mejilla pegada contra el fresco musgo. *Es aquí*, pensé, y sentí que la ansiedad que había empañado mi vida se desvanecía. Había encontrado, por fin, el lugar donde las cosas eran tal como debían ser. Todo estaba en su lugar: el árbol, la tierra que había debajo, la roca y el musgo. En otoño, aquel claro sería perfecto; en invierno, cubierto de nieve, sería impecable en su aspecto invernal. Después, la primavera llegaría de nuevo y se volvería a desplegar en él un milagro tras otro, cada uno a su propio ritmo: algunos de los elementos que lo componían morirían; otros, brotarían en su primera primavera, pero todos lo harían con la misma y absoluta perfección.

Sentí que había descubierto el centro perdido de las cosas, la clave de la perfección misma, y que debía atesorar aquel conocimiento que de manera tan clara experimentaba en aquel lugar. Por un momento sentí la tentación de llevarme un poco de musgo como recuerdo, pero

un maduro pensamiento me impidió hacerlo. Temí que al atesorar un amuleto consistente en un puñado de musgo perdiera el verdadero premio: la percepción que había tenido, que pudiera creer que mi visión perduraría mientras conservara aquel musgo, sólo para descubrir un día que no poseía más que un trozo de vegetación muerta.

Así que no lo cogí, pero me prometí recordar el Claro cada noche antes de acostarme y que nunca me alejaría de su estabilizador poder. Sabía, incluso a los ocho años, que la confusión de valores impuestos por mis padres, los maestros, otros niños, las niñeras, los monitores de las colonias y otras personas no haría más que empeorar a medida que yo creciera. Los años añadirían complicaciones y me llevarían hacia una maraña cada vez más impenetrable de cosas correctas e incorrectas, deseables e indeseables. Ya había visto lo suficiente como para saber que esto ocurriría. Pero si podía conservar el Claro en mi interior, pensé, nunca me extraviaría.

Aquella noche, mientras estaba en la cama del campamento, recordé el Claro y, sintiéndome llena de agradecimiento, renové la promesa de conservar mi visión. Durante años, la cualidad de ésta no menguó ni un ápice mientras evocaba en mi mente cada noche el montículo, el abeto, la luz y la totalidad que aquel claro emanaba.

Pero con el paso de los años a menudo descubrí que me había olvidado del Claro durante días o semanas. Intenté volver a evocar la sensación de salvación que me había infundido en el pasado, pero mi mundo se había ensanchado. Los valores más sencillos que había recibido en la guardería de niña buena/niña mala se habían ido cubriendo poco a poco con los valores a menudo conflictivos de la cultura que me rodeaba y de mi familia, una mezcla de virtudes y cualidades victorinas con una fuerte inclinación al individualismo, a las opiniones liberales, al talento artístico y, sobre todo, a un gran aprecio por un intelecto brillante y original como el de mi madre.

Cuando tenía quince años descubrí, al sentir un triste vacío en mi interior —ya que no podía recordar qué era lo que añoraba— que había perdido el significado del Claro. Recordaba perfectamente la esce-

na del bosque pero, tal como había temido cuando no quise coger el musgo como recuerdo, su significado se había esfumado. En su lugar, mi imagen mental del Claro se había convertido en un amuleto vacío.

Vivía con mi abuela, y cuando ella murió decidí ir a Europa aunque no hubiera terminado los estudios universitarios. Su muerte me llenó de dolor y me sentía muy confundida, pero como siempre que recurría a mi madre ésta acababa hiriéndome, pensé que tenía que hacer un gran esfuerzo para conseguir valerme por mí misma. Nada de lo que se esperaba de mí me atraía: ni ser redactora de una revista de moda, ni hacer una carrera como modelo ni obtener un título universitario.

En el camarote del buque en el que viajaba rumbo a Francia me eché a llorar temiendo haberme jugado todo cuanto me era familiar por la esperanza de alcanzar algo indescriptible. Pero no quería volver.

Pasé un tiempo en París haciendo algunos bosquejos y escribiendo poesía. Me ofrecieron trabajar como modelo para Dior, pero rechacé la oferta. Tenía contactos con la revista francesa Vogue, pero no los usé salvo para participar de vez en cuando en algún desfile de modelos, aunque sin comprometerme a continuar participando en ellos. En aquel país extranjero me encontraba más en casa de lo que nunca me había sentido en Nueva York, mi tierra natal. Tenía la impresión de que iba por buen camino, pero aún no sabía qué era lo que estaba buscando. En el verano fui a Italia, primero a Venecia y, después de visitar un pueblo de la campiña lombarda, a Florencia. Allí conocí a dos jóvenes italianos que me invitaron a unirme a una expedición a Venezuela en busca de diamantes. De nuevo, al igual que cuando me fui de América, estaba asustada por el paso tan audaz que iba a dar, pero ni por un instante me planteé echarme atrás.

Cuando por fin empezó la expedición, después de un sinfín de preparativos y retrasos, nos dedicamos a seguir río arriba las aguas del Carcupi, un pequeño afluente sin explorar del río Caroni. Al cabo de un mes habíamos recorrido un buen trecho del río a pesar de los obstáculos, principalmente los árboles que habían caído atravesados sobre el

agua que tuvimos que cortar con hachas y machetes para poder pasar con la canoa o las cataratas y rápidos que tuvimos que salvar transportando cerca de una tonelada de material sólo con la ayuda de dos indios. Cuando finalmente instalamos el campamento base para explorar otros afluentes del mismo río, el agua del riachuelo había disminuido.

Era nuestro primer día de descanso desde que habíamos entrado en el Carcupi. Después de desayunar, el jefe italiano de la expedición y los dos indios se fueron a inspeccionar la situación geológica mientras el segundo italiano se tumbaba agradecido en su hamaca.

Cogí uno de los dos libros que había encontrado entre una pequeña serie de títulos ingleses que vendía una tienda del aeropuerto de Ciudad Bolívar y descubrí un lugar donde sentarme entre las raíces de un gran árbol que se inclinaba sobre el río. Cuando iba por la mitad del primer capítulo, no fantaseaba sino que seguía el relato con una atención normal, caí de pronto con una increíble fuerza en algo: *¡Es esto! ¡El Claro!* Volví a sentir la misma emoción que había experimentado de niña. Lo había perdido y ahora en un Claro mucho mayor, la mayor selva de la Tierra, lo había vuelto a encontrar. Los misterios de la vida de la selva, las conductas de sus animales y plantas, sus imponentes tormentas y puestas de sol, sus serpientes, orquídeas y su fascinante virginidad, la dificultad de penetrarla y la generosidad de su belleza, todo hizo que el Claro apareciera incluso con una perfección más activa y honda si cabe. Era la perfección misma a gran escala. Mientras sobrevolábamos la selva, parecía un inmenso océano verde extendiéndose a cada lado hasta fundirse con el horizonte, entretejida con vías fluviales, alzándose sobre enérgicas montañas, ofrecida al cielo sobre las palmas abiertas de los altiplanos. Cada una de sus células vibraba de vida, de perfección: siempre cambiante, intacta y perfecta.

Aquel día, llena de alegría, creí que mi búsqueda había terminado, que había alcanzado mi meta: percibir con claridad la pura esencia de las cosas. Era la *perfección* que había intentado reconocer a través de la confusión de mi niñez y de las conversaciones y razonamientos que solía mantener hasta el amanecer durante la adolescencia con la esperan-

za de entreverla. Era el Claro que había perdido, encontrado y ahora reconocido, esta vez para siempre. A mi alrededor, sobre mi cabeza, bajo mis pies, todo era perfecto, naciendo, viviendo, muriendo y siendo reemplazado sin que el orden se quebrara en lo más mínimo.

Deslicé amorosamente mis manos sobre las grandes raíces que me sostenían como si se trataran de un sillón y empecé a considerar la idea de vivir en la selva por el resto de mi vida.

Cuando acabamos de explorar el río Carcupi —encontramos algunos diamantes— y regresamos al pequeño colmado de Los Caribes para comprar provisiones, vi en un espejo que había ganado un poco de peso y, por primera vez en mi vida, podía decir que estaba delgada y no esquelética. Me sentí más fuerte, más capaz, con menos miedo que nunca. Estaba progresando en mi amada selva. Aún tenía seis meses para pensar cómo podría quedarme después de que la expedición abandonara el lugar; aún no necesitaba plantearme los problemas prácticos.

Sin embargo, al cabo de los seis meses, estaba dispuesta a irme. Mi estupenda salud se había deteriorado con la malaria, y mi moral estaba socavada por la necesidad de comer carne y verduras frescas. Habría cambiado sin dudarle un instante uno de los diamantes que tanto nos había costado obtener por un vaso de zumo de naranja. Y estaba más delgada que nunca.

Pero después de permanecer siete meses y medio en la selva, tenía una idea mucho más detallada de su perfección. Había podido ver a los indios tauripán, no sólo a los dos que habíamos contratado sino a clanes y familias enteras en sus propias cabañas, viajando en grupos, cazando, llevando la vida de una especie en su propio hábitat, sin que recibieran ninguna ayuda importante del exterior salvo la del machete y el hacha de acero que habían cambiado por las suyas de piedra. Eran las personas más felices que jamás había visto, pero apenas me fijé en ellas. Eran muy distintas a nosotros: tenían un cuerpo más pequeño y menos musculoso; sin embargo, eran capaces de transportar bultos mucho más pesados durante una distancia mucho más larga que el mejor de nosotros. No me planteé demasiado por qué era así. Sus esquemas menta-

les eran distintos a los nuestros: *Para ir a Padacpah*, preguntaba uno de nosotros, *¿debemos ir río arriba en canoa o por tierra?*, a lo que un indio respondía: *Sí*.

Pocas veces veía con claridad que fueran de la misma especie que nosotros, aunque naturalmente si me lo hubieran preguntado habría dicho que sí de inmediato. Todos los niños se portaban muy bien: nunca se peleaban entre sí, nunca eran castigados y siempre obedecían gustosos en el acto. La actitud de desprecio de *así son los niños* no se utilizaba, aunque nunca me pregunté por qué. En mi mente no dudaba de que la selva fuera perfecta y de que aquello que yo estaba buscando se encontraba en ella, pero la perfección y la viabilidad del ecosistema de la selva, de las plantas, de los animales, de los indios y de todo lo demás no constituyó, como en un principio había supuesto, una respuesta, una solución personal para mí.

De nuevo había algo que no tenía claro. Mi creciente deseo de comer espinacas, beber zumo de naranja y descansar me avergonzaba. Sentía un apasionado y romántico amor y un inmenso respeto por la maravillosa e indiferente selva, y mientras me preparaba para irme, ya estaba pensando en la forma de volver y los medios para hacerlo. La cruda verdad era que yo no había experimentado aquella perfección dentro de mí. Sólo la había visto en el exterior y había logrado reconocerla, aunque de manera muy superficial. De algún modo no había visto lo evidente: que los indios, tan humanos como yo y que también formaban parte de la perfección de la selva, eran el denominador común, el vínculo entre la armonía que me rodeaba y mi deseo de alcanzarla.

No obstante, mi mente, cegada por la cultura de mi civilización, sí se iluminó un poco: por ejemplo, descubrió algo relacionado con el concepto del trabajo. Habíamos cambiado nuestra canoa de aluminio que se nos había quedado un poco pequeña por una piragua mucho mayor. En esta embarcación tallada de un solo árbol habían viajado en una ocasión diecisiete indios con nosotros. A pesar de todo el equipaje que ellos habían añadido al nuestro y de todas las personas que había a bordo, la gran canoa seguía estando medio vacía. Transportarla,

esta vez con sólo cuatro o cinco indios como ayuda, a lo largo de un trayecto de casi un kilómetro cubierto de cantos rodados que discurría junto a una gran cascada, era deprimente de contemplar. Para arrastrarla tuvimos que colocar debajo de la misma diversos troncos atravesados para que rodara sobre ellos y avanzara lentamente bajo un sol abrasador, resbalando inevitablemente dentro de las grietas que había entre las piedras cada vez que la canoa se giraba sin que pudiéramos evitarlo y rasguñándonos las espinillas, los tobillos o cualquier otra parte del cuerpo al caer sobre el granito. Antes ya lo habíamos hecho con la canoa pequeña, y los dos italianos y yo, sabiendo lo que nos esperaba, habíamos pasado varios días imaginando con horror el duro trabajo y el sufrimiento que representaba. El mismo día que llegamos a las cataratas del Arepuchi ya estábamos preparados para sufrir, y empezamos a arrastrar, con expresión de disgusto y odio, la canoa sobre las rocas.

Cuando se inclinaba hacia uno de los lados, la maldita piragua era tan pesada que en varias ocasiones alguno de nosotros quedó atrapado entre la embarcación y las ardientes rocas hasta que los demás consiguieron sacarlo de allí. Después de recorrer un cuarto del camino, los tobillos nos sangraban. En parte para escaparme, aunque fuera un minuto, salté a una roca elevada para fotografiar la escena. Desde mi estratégico punto y con mi momentáneo descanso, descubrí un hecho interesantísimo. Ante mí tenía a varios hombres ocupados en una sola tarea. Dos de ellos, italianos, estaban tensos, tenían el ceño fruncido, se enojaban por cualquier cosa y renegaban constantemente en la forma típica de los toscanos. El resto, los indios, se lo estaban pasando en grande. Se reían de la inmanejable canoa convirtiendo aquella lucha en un juego. Cada vez que el grupo se detenía para descansar un poco, ellos se relajaban, se reían de sus propios arañazos; se divertieron mucho cuando la canoa, al tambalearse hacia delante, aprisionó debajo a uno de ellos y después a otro. Cuando el indio que había quedado con la espalda desnuda presionada contra el abrasador granito pudo volver a respirar, fue el que se rió más fuerte disfrutando del alivio que sentía.

Todos hacíamos el mismo trabajo, todos experimentábamos tensión y dolor. Unos y otros nos encontrábamos en la misma situación,

la única diferencia era que nuestra cultura nos había condicionado a creer que esta combinación de circunstancias se encontraba a un nivel muy bajo en la escala del bienestar e ignorábamos que pudiéramos afrontar la situación de otro modo. En cambio, los indios, aunque tampoco sabían que podían afrontar la situación de otra forma, estaban muy alegres, y este estado de ánimo se revelaba en la camaradería que reinaba entre ellos. Y en los días anteriores, como es natural, tampoco se habían amargado la vida esperando la llegada de esta situación. Para ellos, cada vez que la canoa avanzaba era una pequeña victoria. Después de sacar algunas fotografías y volver a unirme al equipo, decidí optar por la elección civilizada y disfruté de veras del resto del porteo. Incluso soporté los arañazos y las magulladuras con una increíble facilidad al no darles más importancia de la que tenían: la de pequeñas heridas que se curarían pronto y que no tenían por qué suscitar ninguna reacción emocional desagradable como cólera, autocompasión o resentimiento, ni ninguna angustia por las muchas otras que tendría cuando acabásemos de transportar la canoa. Al contrario, me descubrí apreciando lo increíble que era mi cuerpo al curarse por sí solo sin que tuviera que darle instrucciones ni decidir nada.

Pero de pronto la sensación de independencia que me embargaba volvió a ser presa de la tiranía del hábito, del gran peso del condicionamiento cultural que sólo podía contrarrestar siendo constantemente consciente de él. Pero no me esforcé lo suficiente, y cuando la expedición tocó a su fin, me fui sin haber aprovechado demasiado aquel descubrimiento.

Más tarde obtendría otra pista sobre la naturaleza humana y el trabajo.

Había dos familias indias que vivían en una cabaña desde la que se veía una preciosa playa blanca, una laguna rodeada de una masa rocosa en forma de media luna, y al fondo se desplomaban las cataratas del Caroni y el Arepuchi. El padre de una de las familia se llamaba Pepe, y el otro, César. Fue Pepe el que me contó la historia.

Parece ser que César había sido *adoptado* de pequeño por una familia venezolana y se había ido a vivir con ella a un pueblecito. Lo mandaron al colegio, aprendió a leer y escribir y se crió como un venezolano más. Al llegar a la adultez decidió ir, como tantos otros hombres de los pueblos guianeses, a la parte alta del río Caroni para intentar encontrar diamantes. Mientras estaba trabajando con un grupo de venezolanos, Mundo, el jefe de los tauripanes de Guayparu, lo reconoció.

—¿No habías ido a vivir con José Grande? —le preguntó

Mundo.

—Según cuenta la historia, José Grande me crió —dijo

César.

—Pero has vuelto con tu gente. Entonces eres un tauripán — dijo

Mundo.

Con lo cual César, después de reflexionar mucho sobre ello, decidió que prefería vivir como un indio y no como un venezolano, y se mudó a Arepuchi, donde vivía Pepe.

Durante cinco años, César vivió con la familia de Pepe, se casó con una bonita mujer tauripán y fue padre de una niña. Como a César no le gustaba trabajar, él, su mujer y su hija se alimentaban de la plantación de Pepe. César estaba encantado de descubrir que Pepe no esperaba que él cultivara su propio huerto o que le ayudara siquiera en el suyo. Pepe disfrutaba trabajando, y como a César no le gustaba trabajar, el arreglo les fue bien a los dos.

A la mujer de César le gustaba ayudar a las otras mujeres y niñas a cortar y preparar la mandioca para comer, pero a César lo único que le atraía era cazar tapires y de vez en cuando alguna otra pieza. Al cabo de un par de años, empezó a gustarle la pesca y añadía los peces que atrapaba a los de Pepe y sus dos hijos, a quienes siempre les había gustado pescar y habían estado alimentando a la familia de César con una actitud tan generosa como si hubiera sido su propia familia.

Antes de que nosotros llegásemos, César decidió cultivar un huerto, y Pepe le ayudó en cada detalle, desde elegir el lugar hasta talar

y quemar los árboles. A Pepe esta tarea le encantó porque él y su amigo tenían la oportunidad de charlar y bromear todo el tiempo.

César, después de cinco años de vivir a su aire, sintió que nadie le presionaba para que colaborara en el proyecto y pudo disfrutar del trabajo de una manera tan libre como Pepe o cualquier otro indio.

Pepe nos dijo que en Arepuchi todo el mundo estaba contento viendo que César se sentía cada vez más descontento e irritable. *El quería cultivar un huerto*, dijo Pepe riendo, *¡pero ni él mismo lo sabía!* Para Pepe era muy cómico que alguien no supiera que deseaba trabajar.

Aquellas curiosas indicaciones acerca de que los que vivimos en el mundo civilizado estábamos trabajando condicionados por unas serias falsas ideas sobre la naturaleza del hombre a mí no me sugirieron, en aquella época, ningún principio general sobre el tema. Pero aunque yo no me formara ninguna idea de lo que deseaba conocer o ni siquiera supiera con claridad que estaba buscando algo, al menos reconocí que había encontrado un camino que merecía la pena seguir. Todo ello hizo que deseara recorrerlo durante varios años.

La Segunda expedición, que se dirigía a una región que se encontraba a seis semanas de camino de las zonas fronterizas de la Venezuela de habla hispana, la dirigió otro italiano, un profesor que tenía la convicción de que una chica no tenía nada que hacer en la selva. Sin embargo, uno de mis antiguos compañeros logró que me aceptara a regañadientes y pude seguir mi camino hacia el mundo de la Edad de Piedra de las tribus yecuanas y sanemas, protegidas del contacto exterior gracias a la llamada *impenetrable* selva tropical y que residían en la parte alta de la cuenca del río Caura, cerca de la frontera brasileña.

La fuerte personalidad de los hombres, mujeres y niños era incluso más patente en aquel lugar porque allí, a diferencia de lo que les había ocurrido a los tauripanes, nunca nadie había necesitado mostrar un rostro inexpresivo para defenderse de las curiosas miradas de los desconocidos. Pero en aquellas lejanas tierras extranjeras no caí en la cuen-

ta de que gran parte de la cualidad irreal que emanaba aquel pueblo se debía a la ausencia de infelicidad, factor que había estado muy presente en todas las sociedades con las que yo estaba familiarizada. Debí tener la vaga sensación de que detrás de los árboles, escondido en alguna parte, el fantasma de Cecil B. de Mille dirigía la acción que se estaba desarrollando con la clásica y superficial visión hollywoodiana del mundo de los salvajes. Para ellos, las *normas* de la conducta humana carecían de sentido.

Durante tres semanas, periodo en el cual mis compañeros me dijeron que se habían visto obligados a detenerse a causa de un gran grupo de pigmeos que los habían retenido como si fueran mascotas, estuve viviendo con los yecuanas. En aquel breve tiempo desaprendí muchas más suposiciones con las que me había criado que durante toda la primera expedición. Y empecé a ver el valor que tenía el proceso del desaprendizaje. En las entrelazadas capas de mis prejuicios también lograron penetrar varias contribuciones relacionadas con ver el tema del trabajo desde otro punto de vista.

Una de ellas fue que en el vocabulario yecuana, al parecer, no existía la palabra *trabajo*. Tenían la palabra *tarabaho* que usaban para referirse a los intercambios que realizaban con los que no eran indios, que, aparte de nosotros, conocían casi únicamente de oídas. Este vocablo procedía de la palabra castellana *trabajo* pronunciada con una ligera incorrección, y se refería de una manera bastante exacta a lo que los conquistadores y sus sucesores entendían por ello. Caí en la cuenta de que era la única palabra derivada del castellano que yo había aprendido de ellos. Al parecer, en la lengua yecuana no había ningún concepto de trabajo similar al nuestro. Tenía distintas palabras para referirse a cada una de las actividades que pudiera incluir, pero no un vocablo genérico.

Si no distinguían el trabajo de las otras formas de emplear el tiempo, no era de extrañar que se comportaran de una manera tan irracional — como entonces a mí me parecía— en cuanto al hecho de ir a buscar agua. Las mujeres dejaban el calor del fuego varias veces al día y, llevando dos o tres pequeñas calabazas cada vez, descendían una parte

de la montaña, bajaban por la pendiente de un precipicio que era muy resbaladiza cuando estaba húmeda, llenaban las calabazas en un riachuelo y volvían a subir la ladera para regresar a la aldea. Toda la operación les tomaba unos veinte minutos. Muchas de ellas llevaban tanto a sus bebés como las calabazas a cuestas.

Cuando descendí con ellas la primera vez, me sorprendió que tuvieran que ir tan lejos para ir a buscar algo tan básico que necesitaban constantemente. Me resultaba incomprensible que no hubieran elegido vivir en un lugar donde el agua fuera más accesible. La última parte del trayecto que discurría por las orillas del riachuelo me producía mucha ansiedad porque debía caminar con cuidado para no despeñarme. Es cierto que los yecuanas poseen un mejor sentido del equilibrio y, al igual que los indios norteamericanos, no sufren de vértigo, pero el hecho fue que ni ellas ni yo nos caímos nunca, y que sólo a mí me molestaba tener que andar con tanto cuidado. Ellas también avanzaban con mucha precaución, pero no fruncían el ceño como yo ante esta *dificultad*. Seguían avanzando cotilleando o bromeando bajito, por la llanura o la ladera, ya que normalmente iban en grupos de dos, tres o más mujeres, y siempre reinaba un ambiente festivo.

Una vez al día, cada mujer dejaba las calabazas y la ropa — un pequeño *cache-sexe* parecido a un delantal que cubría el bajo vientre y las cuentas que les adornaban los tobillos, las rodillas, la cintura, la parte superior de los brazos, el cuello y las orejas— en la orilla y se bañaban con sus bebés. Siempre que participaban muchas mujeres y niños en el baño, éste adquiría una cualidad romana de voluptuosidad. Cada movimiento indicaba un goce sensual, y los bebés eran manejados como objetos tan maravillosos que sus propietarias no podían evitar mostrar una expresión de falsa modestia por el placer y el orgullo que sentían. Descendían la montaña con el mismo distinguido y casi petulante estilo, y el último trecho peligroso que quedaba para llegar al riachuelo lo recorrían con el elegante paso de una Miss Mundo que se dirige a recoger su corona. Todas las mujeres y niñas yecuanas que vi se movían con la misma gracilidad, aunque la distinta personalidad de cada una hacía que las manifestaciones de sus atractivos fueran muy variadas.

Después de reflexionar, me resultó difícil pensar en otra manera *mejor* de usar el tiempo para ir a buscar agua, al menos desde el punto de vista del bienestar. Por otro lado, si hubiera juzgado la situación basándome en el progreso —o en sus sirvientes: la velocidad, la eficacia y la novedad—, aquel paseo para ir a buscar agua habría sido, sin duda, una estupidez. Pero la experiencia que yo había tenido de la ingenuidad de este pueblo era tal que no me cabía la menor duda de que si les hubiera pedido que inventaran un sistema para que yo no tuviera que ir hasta el riachuelo para buscar agua, habrían construido una tubería con cañas de bambú o una polea para ayudarme a evitar el resbaladizo trayecto o me habrían construido una cabaña cerca del riachuelo. Pero ellos no tenían ningún motivo para progresar ni la necesidad de hacerlo, no había nada que les empujara a cambiar su estilo de vida.

Que yo considerara una imposición tener que coordinar mis movimientos a la perfección o que me molestara, desde un punto de vista sin analizar, el tiempo empleado en satisfacer una necesidad, era una asignación arbitraria de valores que su cultura no compartía.

Otro descubrimiento sobre el trabajo me llegó más como una experiencia que como una observación. Anchu, jefe de la aldea de los yecuanas, adquirió la costumbre de orientarme, a la menor oportunidad que se le presentaba, para que yo me comportara con más alegría. Yo acababa de cambiar un adorno de cristal por siete cañas de azúcar y estaba también en el proceso de asimilar una lección, que mencionaré más tarde, sobre una técnica de trueque entre unas personas cuyas buenas relaciones son más importantes que sus negocios. La mujer de Anchu regresó a su cabaña situada en un aislado paraje, y Anchu, un sanema que parecía ser su mayordomo, y yo, teníamos que subir dos montañas para llegar hasta la aldea que se encontraba en la cima de una tercera montaña. Las siete cañas de azúcar permanecían en el suelo, donde su mujer las había dejado. Anchu indicó a dos magníficos sanemas que cogieran tres cañas, y él se colocó tres más sobre el hombro, dejando una en el suelo. Yo esperaba que los hombres cargaran con todas, y cuando Anchu señaló con el dedo la última caña de azúcar y dijo *Amaadeh* [Tú], por un instante me molestó la idea de que me ordenara cargar con

algo al subir la empinada ladera cuando había dos corpulentos hombres que podían hacerlo; pero justo a tiempo recordé que Anchu, tarde o temprano, acababa sabiendo qué era lo mejor.

Me puse la caña sobre el hombro, y mientras Anchu me esperaba para que yo fuera a la cabeza, empecé a subir la primera ladera. La carga de miedo que había acumulado mientras bajaba la montaña pensando en el largo camino de vuelta y que se había afianzado mientras almorzaba con Anchu y con el tiempo que había pasado en la plantación de azúcar, se había agravado ahora con la noticia de que además debía cargar con una pesada caña. Mis primeros pasos se vieron ensombrecidos con el pensamiento del estrés que siempre me causaba caminar por la selva, especialmente cuando tenía que subir una colina y cargar con algo que me impedía tener las manos libres.

Pero de pronto todo aquel peso extra que sentía se evaporó. Anchu no dio la menor señal de que yo debiera caminar más deprisa, de que mi prestigio se viera comprometido si yo andaba con un ritmo agradable, de que me estuviera juzgando por mi rendimiento o de que el tiempo que estábamos pasando mientras regresábamos fuera en ningún modo menos deseable que el tiempo que pasaríamos cuando hubiéramos llegado.

En cambio, cuando había realizado el mismo ejercicio con mis compañeros blancos, el elemento de las prisas siempre había estado presente, al igual que la inquietud que me producía tener que mantener el ritmo de los hombres para salvar el honor del sexo débil y la indiscutible suposición de que la ocasión era desagradable porque ponía a prueba la resistencia física y la determinación moral de uno. Pero en esta ocasión, la conducta tan distinta de Anchu y de los sanemas eliminó estos elementos y me dejó sólo con la realidad de estar andando por la selva con una caña de azúcar sobre el hombro. Había desaparecido cualquier sentimiento de competitividad y el estrés físico que me producía el forzar el cuerpo para demostrar satisfactoriamente su fortaleza; además, ya no necesitaba hacer gala de mi inquebrantable fuerza de voluntad ante el martirio.

Un nuevo placer se añadió entonces a mi libertad: tomé conciencia de que no estaba llevando sólo una caña de azúcar, sino parte de una carga compartida entre tres compañeros. Había oído hablar del *espíritu de equipo* hasta que sólo llegó a significar para mí fingir en la escuela y en las colonias de verano. La posición de uno siempre corría peligro. Uno siempre se sentía amenazado, observado y juzgado. El simple asunto de colaborar en una tarea con un compañero se perdía en una maraña de competitividad; nunca había tenido la oportunidad de surgir el primordial sentimiento de placer de unir las fuerzas de uno con las de los demás.

Me sorprendió la velocidad y facilidad con la que yo estaba caminando. Normalmente, empapada de sudor y llegando hasta el límite de mis fuerzas, no habría avanzado tan deprisa. Quizás estaba captando fugazmente el secreto de los indios que ganaban a nuestros corpulentos y bien alimentados hombres a pesar de poseer en general una menor fuerza muscular. Los indios economizaban sus fuerzas usándolas sólo en el trabajo, sin gastarlas en las tensiones vinculadas a él.

Me acordé de la sorpresa que me habían causado los tauripanes en la primera expedición cuando, llevando cada uno unos treinta y cinco kilos a sus espaldas y cruzando cuidadosamente un *punte* consistente en un estrecho tronco que había sido derribado para poder cruzar el río, uno de ellos se acordó de una anécdota graciosa, se detuvo en medio del tronco, se giró, contó la historia a sus compañeros que iban detrás de él, y después se volvió a poner en marcha mientras él y sus amigos se echaban a reír con aquella musicalidad que les caracterizaba. Como nunca se me había ocurrido que los tauripanes no sufriesen como nosotros en aquellas circunstancias, sus risas me produjeron una extraña sensación; me pareció casi que estaban locos. (En realidad se parecía mucho a la costumbre que tenían de contar una broma en medio de la noche, cuando todo el mundo estaba durmiendo. Aunque algunos de ellos roncaran ruidosamente, todos se despertaban en el acto, se echaban a reír y al cabo de unos segundos ya estaban durmiendo y roncando de nuevo. No tenían la sensación de que ser despertados fuera más desagradable que estar durmiendo, y cuando esto ocurría, estaban total-

mente despiertos, al igual que en aquellas ocasiones en las que todos los indios oían al mismo tiempo una lejana manada de peligrosos pécaris aunque estuvieran durmiendo, mientras que yo, que estaba despierta escuchando los sonidos de la selva que nos rodeaba, no había oído nada). Como la mayoría de viajeros, había observado su inusual conducta sin comprenderla y nunca había intentado salvar la distancia que había entre su manera de expresar la naturaleza humana y la nuestra.

Pero en aquella segunda expedición empecé a aficionarme a las nuevas ideas que me venían a la cabeza sobre unos temas que hasta entonces no me había cuestionado, como: *El progreso es bueno, El hombre debe vivir siguiendo unas leyes, Un niño pertenece a sus padres, El ocio es más agradable que el trabajo.*

Las expediciones Tres y Cuatro, bajo mi propia dirección, una de cuatro meses de duración, y la otra, de nueve, me llevaron a la misma región, y el proceso continuó. Mis diarios reflejaban que la técnica del desaprendizaje estaba convirtiéndose en algo muy natural para mí, pero aún no me había cuestionado las premisas más amplias en las que mi propia cultura basaba su visión de la condición humana, como la de que la infelicidad es una parte legítima de la experiencia, al igual que la felicidad, y que es necesaria para poder valorar la felicidad, o que es más ventajoso ser joven que viejo. Para volver a analizar estas cuestiones tuve que curiosear indiscretamente durante mucho tiempo.

Al final del cuarto viaje volví a Nueva York con la cabeza llena de todo aquello que había visto y con un punto de vista tan despojado de suposiciones que el efecto fue como si, después de seguir un camino largo y difícil, no hubiera llegado a nada. Consideré mis observaciones como las piezas separadas de un rompecabezas, sintiéndome reacia a unir las, acostumbrada como estaba ahora a diseccionar cualquier cosa que pareciera sospechosa, como un grupo de patrones conductuales que representaban un principio de la naturaleza humana.

Sólo cuando un editor me pidió que escribiera un artículo para que desarrollara una frase mía que había aparecido citada en el New York Times¹ empecé a invertir el proceso de disección y a percibir,

poco a poco, el orden que subyacía no sólo en mis observaciones de Sudamérica sino también en los desnudos fragmentos en los que yo había roto mi experiencia de la vida del mundo civilizado.

En aquella época aún no tenía ninguna teoría, pero a medida que seguía observando mi entorno sin pestañear, vi por primera vez algunas de las distorsiones de las personalidades que me rodeaban y empecé a comprender también algunas de las fuerzas distorsionantes. Al cabo de aproximadamente un año reconocí también los orígenes evolutivos de las expectativas humanas y las tendencias que empezaban a explicar el elevado estado de bienestar de mis amigos salvajes comparado con el de las personas del mundo civilizado.

Antes de exponer estas ideas en un libro pensé que era mejor hacer una quinta expedición. Quería volver a observar a los yecuanas, esta vez con las nuevas ideas que me había formado, para ver si mis observaciones, obtenidas al mirar hacia atrás y ver un conjunto de pruebas, podían aumentarse útilmente mediante un deliberado estudio.

La pista de aterrizaje que habíamos despejado en la segunda expedición y usado en la tercera y cuarta, se había convertido durante un tiempo en la sede de una misión y en una estación meteorológica, pero ahora ambas habían sido abandonadas. Los yecuanas, a pesar de que algunos habían adquirido camisas y pantalones, seguían por suerte siendo los mismos, y sus vecinos sanemas, aunque las enfermedades los hubieran exterminado casi por completo, seguían manteniendo con firmeza su antiguo y probado estilo de vida.

Ambas tribus estaban dispuestas a trabajar o hacer trueques para recibir regalos del exterior, pero no querían comerciar con ninguna parte de sus opiniones, tradiciones o estilo de vida. Algunas escopetas y linternas crearon en sus poseedores un moderado deseo de pólvora-

¹ Me resultaba embarazoso reconocer ante los indios que en el país del que yo venía las mujeres no se sentían capaces de criar a sus hijos hasta que no leían las instrucciones que había escrito un desconocido.

ra, balas, cápsulas fulminantes y pilas, pero no el suficiente como para obligarlos a hacer cualquier trabajo que no les gustara ni a seguir una tarea cuando les empezaba a parecer tediosa.

Algunos detalles que habían escapado a una casual observación, como si los niños estaban o no presentes durante el acto sexual de sus padres, los obtuve haciendo preguntas, al igual que otros detalles, como la cosmovisión, mitología, actividades chamánicas, etc. de la tribu, todo lo cual tenía importancia para una cultura como la suya que encajaba tan bien con la naturaleza humana.

Pero principalmente la expedición Cinco sirvió para convencerme de que las interpretaciones que yo hacía de su comportamiento, construidas a partir de los recuerdos que guardaba, se veían apoyadas por la realidad. De hecho, lo que en el pasado habían sido las incomprensibles acciones de los indios de ambas tribus, al verlas bajo la luz de los principios del *continuum*, no sólo se podían comprender sino a menudo prever.

En mi búsqueda por encontrar excepciones que pudieran indicar que había fallos en mi razonamiento, descubrí que éstas *confirmaban la regla* sistemáticamente, como en el caso de un bebé que se chupaba el dedo, tensaba el cuerpo y gritaba como un bebé del mundo civilizado pero que no suponía ningún misterio, porque poco después de nacer los misioneros lo habían llevado a un hospital de Caracas donde había estado ingresado durante ocho meses hasta que su enfermedad había remitido y había podido volver con su familia.

El doctor Robert Coles, psiquiatra infantil y escritor, me contó que una fundación americana lo había llamado para que evaluara mis ideas, y que le habían invitado en calidad de *experto en este campo* pero que *el campo, por desgracia, aún no existía* y que ni él ni nadie podía considerarse un experto en él. El concepto del *continuum* debe evaluarse, por tanto, según sus propios méritos, a medida que logre o no llegar hasta aquellos sentidos y facultades semienterrados en cada persona y que se propone describir y restablecer.

El concepto del *continuum*

Durante cerca de dos millones de años, el hombre, a pesar de pertenecer a la misma especie animal que nosotros, fue todo un éxito. Había estado evolucionando del estado antropológico al estado humano como un cazador-recolector con un eficiente estilo de vida que de haber continuado en la misma línea le habría permitido celebrar muchos millones de años de existencia. Pero tal como está el mundo, y a juzgar por lo que la mayoría de ecologistas piensan, su oportunidad de sobrevivir incluso un siglo más disminuye cada día con las actividades que lleva a cabo.

Durante el breve periodo de algunos miles de años en el que el hombre se ha ido alejando del estilo de vida al que la evolución lo había adaptado, no sólo ha causado estragos en el orden natural de todo el planeta, sino que además ha logrado destruir el evolucionadísimo sentido común que había guiado su conducta a lo largo de todos aquellos siglos. Gran parte de su sentido común ha sido socavado sólo recientemente a medida que los últimos secretos de nuestra capacidad instintiva han sido arrancados de raíz y sometidos a la perpleja mirada de la ciencia. Cada vez con más frecuencia nuestro sentido innato de lo que es mejor para nosotros es estropeado por el recelo, mientras que el intelecto, que nunca ha conocido demasiado nuestras necesidades reales, decide lo que debemos hacer.

Por ejemplo, no es competencia de la facultad intelectual decidir cómo debe tratarse a un bebé. Mucho antes de convertirnos en algo parecido al *homo sapiens*, ya teníamos unos instintos exquisitamente precisos, expertos en cada detalle de la crianza de los hijos. Pero hemos conspirado para confundir este antiquísimo conocimiento de un modo tan absoluto que ahora recurrimos a investigadores para que se dediquen plenamente a resolver cómo debemos comportarnos con los hijos, entre nosotros y con nosotros mismos. No es ningún secreto que los expertos no hayan *descubierto* cómo vivir satisfactoriamente, pero cuanto más fracasan, más intentan llevar los problemas bajo la única influencia de la razón y rechazan lo que la razón no puede comprender o controlar.

Ahora el intelecto es el que realmente nos dicta las órdenes; nuestro sentido de lo que es bueno para nosotros ha sido minado hasta tal punto que apenas somos conscientes de su funcionamiento, y no podemos distinguir un impulso original de otro distorsionado.

Pero creo que todavía es posible detenernos, aunque estemos perdidos y mutilados y encontrar un camino para volver. Al menos podemos conocer la dirección en la que yacen nuestros mejores intereses y dejar de esforzarnos en seguir un camino que lo más probable nos aleje más aún de ellos. La parte consciente de la mente, como buena *consejera técnica* en la guerra de otro, al ver sus acciones equivocadas, debería intentar mantenerse apartada de los asuntos que no son de su incumbencia y abstenerse de ahondar en un territorio desconocido. Hay, como es natural, un montón de trabajos que nuestra capacidad razonadora puede realizar, y ésta no tiene por qué usurpar el que durante tantos millones de años ha estado dirigiendo las infinitamente más refinadas e informadas áreas de la mente llamada instinto. Si estas áreas fueran también conscientes, inutilizarían nuestra cabeza en un instante por la simple razón de que la mente consciente, por naturaleza, sólo puede considerar una cosa a la vez, mientras que el inconsciente puede hacer cualquier cantidad de observaciones, cálculos, síntesis y ejecuciones de manera simultánea y correcta.

En este contexto, *correcta* es una palabra difícil. No implica que todos estemos de acuerdo en el resultado que pretendemos conseguir con nuestras acciones, ya que nuestras ideas intelectuales acerca de lo que deseamos varían de una persona a otra. Aquí, *correcta* significa aquello que es adecuado para el antiguo *continuum* de nuestra especie, ya que se adapta a las tendencias y expectativas con las que hemos evolucionado. Las expectativas, en este sentido, se encuentran tanto en el hombre como en su propio diseño. Sus pulmones no sólo contienen aire sino que puede decirse que son una expectativa de él; sus ojos son una expectativa de los rayos solares de una específica longitud de onda a través de los cuales ve todo lo que le conviene ver en las horas adecuadas para su especie; sus oídos son una expectativa de las vibraciones causadas por los eventos que probablemente más le conciernen, incluyendo

las voces de otras personas; y su propia voz es una expectativa de unos oídos que funcionan a su vez de manera similar. La lista es infinita: la piel y el cabello impermeables, una expectativa de la lluvia; el vello en la nariz, una expectativa del polvo; la pigmentación de la piel, una expectativa del sol; el mecanismo de la transpiración, una expectativa del calor; el mecanismo coagulador, una expectativa de los accidentes en la superficie del cuerpo; un sexo, una expectativa del otro sexo; un mecanismo de reflejos, una expectativa de la necesidad de reaccionar rápidamente en una situación de emergencia.

¿Cómo las fuerzas que lo han ensamblado saben de antemano lo que el ser humano necesitará? El secreto es la experiencia. La cadena de experiencia que prepara a un ser humano para su existencia en la Tierra se inicia con la aventura de la primera unidad unicelular de materia viva. Lo que esta unidad experimentó con la temperatura, la composición de su entorno, el alimento disponible para estimular sus actividades, los cambios climáticos y los encuentros con otros objetos o miembros de su propia especie lo transmitió a sus descendientes. A partir de esta información, transmitida a través de unos medios que aún siguen siendo en gran parte misteriosos para la ciencia, fueron apareciendo unos lentos, lentísimos cambios hasta que después de una inconcebible cantidad de tiempo, produjo una variedad de formas que podían sobrevivir y reproducirse al enfrentarse al entorno de distintas maneras.

Como siempre sucede cuando un sistema se diversifica y se vuelve más complejo, adaptándose con más precisión a una variedad más amplia de circunstancias, el efecto fue una mayor estabilidad. La vida misma corría menos peligro de extinguirse con las catástrofes naturales. En tal caso, aunque una forma de vida fuera exterminada, había muchas otras que seguirían y seguirían complicándose, diversificándose, adaptándose y estabilizándose. (Parece razonablemente seguro suponer que una buena cantidad de *primeras* formas de vida debieron extinguirse antes de que alguna otra lograra sobrevivir, quizás millones de años después de la última, y que ésta se diversificó a tiempo para evitar extinguirse con algún intolerable incidente causado por los elementos de la naturaleza).

Al mismo tiempo, el principio estabilizador actuaba en cada forma de vida y en cada parte de cada forma de vida, tomando su información del legado de experiencia de aquélla, de sus contactos de cualquier tipo y equipando a sus descendientes de unas formas incluso más complejas si cabe para que afrontaran con más eficacia esas experiencias. Por tanto, el diseño de cada ser era un reflejo de la experiencia que esperaba encontrar. La experiencia que podía tolerar estaba definida por las circunstancias a las que sus antecedentes se habían adaptado.

Si los seres que habían ido evolucionando se habían criado en un clima que nunca sobrepasaba los 49 grados durante más de algunas horas ni descendía de los 7 grados, la forma de vida actual podía hacer lo mismo; pero si este ataque era excesivamente largo para los límites de su tolerancia, la forma de vida actual no podría soportar más de lo que sus antepasados eran capaces de aguantar. Las reservas para los casos de emergencia se habrían agotado, y si la situación no mejoraba, aquel ser o aquella especie habría muerto. Si uno desea saber lo que es correcto para cualquier especie, debe conocer las expectativas inherentes a ella.

¿Qué es lo que sabemos sobre las expectativas inherentes al hombre? Sabemos bastante bien lo que consigue y nos suelen decir lo que quiere o debería querer, según el sistema actual de valores. Pero aquello que su historia evolutiva le ha condicionado a esperar como último espécimen en su antigua línea de herencia es, irónicamente, uno de los misterios más oscuros. El intelecto ha tomado el mando decidiendo qué es lo mejor e insiste en su soberanía imponiendo sus modas y suposiciones. Por consiguiente, lo que en el pasado fue la confiada expectativa del hombre de un trato y un entorno adecuados, está ahora tan frustrada que un individuo suele considerarse afortunado si no es una persona sin hogar o si no le duele nada. Pero aunque diga *Estoy bien*, en su interior tiene la sensación de estar perdido, de añorar algo que no sabe nombrar, una sensación de estar descentrado, de faltarle algo. Si se le pregunta directamente si es así, raras veces lo negará.

Para descubrir el preciso carácter de sus evolucionadas expectativas, no tiene, pues, sentido observar el ejemplo del mundo civilizado, el último modelo.

Observar a las otras especies puede ser útil, aunque también engañoso. Por lo que respecta al nivel del desarrollo, las comparaciones con otros animales pueden ser válidas, como en el caso de las necesidades más antiguas, profundas y fundamentales anteriores a nuestra forma antropoide, como la necesidad de aire para respirar, surgida hace cientos de millones de años y compartida por muchos de nuestros compañeros del mundo animal. Pero estudiar sujetos humanos que no hayan abandonado el *continuum* de una conducta y un entorno adecuados es evidentemente más útil. Aunque lográsemos identificar algunas de aquellas expectativas nuestras que son menos patentes que el aire que necesitamos respirar, siempre quedaría una mayor cantidad de expectativas más sutiles por definir antes de poder siquiera recurrir a un ordenador para que nos ayudase a percibir alguna pequeña fracción del conocimiento instintivo que tenemos de ellas. Es esencial estar constantemente atentos a las oportunidades que tenemos para recuperar nuestra capacidad innata de elegir aquello que es adecuado. El torpe intelecto con el que debemos ahora intentar reconocerlo podría entonces ocuparse de otras tareas para las cuales está más capacitado.

Las expectativas con las que afrontamos la vida están relacionadas de un modo inextricable con las tendencias (por ejemplo, a lactar, a evitar un daño físico, a gatear, a explorar, a imitar). A medida que vamos experimentando el trato y las circunstancias esperadas, la colección de tendencias que hay en nosotros interactúan con ello, de nuevo como la experiencia de nuestros antepasados la han preparado para hacer. Y cuando las expectativas no se ven cumplidas, las tendencias correctivas o compensatorias se esfuerzan por restablecer la estabilidad.

Este *continuum* humano puede definirse como la secuencia de experiencias que corresponde a las expectativas y tendencias de nuestra especie en un entorno consecuente con aquello en lo que esas expec-

tativas y tendencias se formaron. Incluye que las otras personas que forman parte de aquel entorno se comporten y nos traten adecuadamente.

El *continuum* de un ser es completo, aunque forma parte del *continuum* de su familia, el cual a su vez forma parte del *continuum* de su clan, comunidad y especie, al igual que el *continuum* de la especie humana forma parte del *continuum* de la vida. Cada *continuum* tiene sus propias expectativas y tendencias, las cuales surgen de un precedente largo y formativo. Incluso el *continuum* que incluye a cada ser vivo espera, de su experiencia de ello, una adecuada variedad de factores en el entorno inorgánico.

En cada forma de vida, la tendencia a evolucionar no es casual sino que fomenta sus propios intereses. Va dirigida a alcanzar una mayor estabilidad, es decir, una mayor diversidad, complejidad y, por tanto, adaptabilidad. No tiene nada que ver con lo que nosotros llamamos *progreso*. En realidad, la resistencia al cambio, que no está en absoluto en conflicto con la tendencia a evolucionar, es una fuerza indispensable para mantener la estabilidad de cualquier sistema.

Sólo podemos intentar adivinar qué fue lo que interrumpió nuestra resistencia innata al cambio hace algunos miles de años. Lo importante es comprender la importancia que tiene la evolución frente al cambio (sin evolucionar). Son propósitos diametralmente opuestos, ya que la evolución crea a través de la diversificación, que se adapta con más precisión aún que antes a nuestras necesidades, y el cambio destruye al introducir una conducta o una situación que no tienen en cuenta toda la variedad de factores relacionados con servir a nuestros mejores intereses. Todo cuanto el cambio puede hacer es reemplazar una pieza de una conducta bien integrada por otra que no lo sea; sustituye aquello que es complejo y adaptado por lo más simple y menos adaptado. Como resultado, el cambio afecta al equilibrio de todos los factores de dentro y fuera del sistema que están intrínsecamente relacionados.

La evolución crea estabilidad; el cambio, vulnerabilidad.

Los sistemas sociales también siguen estas reglas. Una cultura evolucionada, un estilo de vida para un grupo de gente que satisfaga sus expectativas sociales, puede ser cualquier cultura con una infinita variedad de estructuras. Las características superficiales de estas estructuras son de lo más variadas, pero sus principios básicos apenas se diferencian, y en ciertos aspectos fundamentales, son totalmente idénticos. Serán resistentes al cambio, ya que habrán ido evolucionando con el paso del tiempo como cualquier sistema estable de la naturaleza, de lo que se deduce que cuanto menos obstaculice el intelecto al instinto en la formación de patrones conductuales, menos rígida necesitará ser la estructura en la superficie (acerca de los detalles sobre la conducta, los rituales, los requisitos para ser aceptado) y más inflexible será en su núcleo (en la actitud hacia uno mismo y hacia los derechos de los demás, en la sensibilidad a las señales del instinto que favorecen la supervivencia, en la salud, en el placer, en un equilibrio de las clases de actividad, en un impulso hacia la conservación de la especie, en la economización en el uso de la flora y fauna del entorno, etc.). Es decir, cuanto más dependa una cultura del intelecto para decidir la política y las normas que reinarán en ella, más restricciones se deberán imponer en los individuos que la componen para que las mantengan.

No hay ninguna diferencia esencial entre una conducta puramente instintiva, con sus expectativas y tendencias, y nuestras expectativas igual de instintivas de vivir en una cultura adecuada en la que podamos desarrollar nuestras tendencias y satisfacer nuestras expectativas: en primer lugar, las de recibir un trato preciso en la primera infancia y, más tarde, las de ir experimentando gradualmente una clase de trato (más flexible), unas situaciones y una serie de condiciones que permitan que la adaptación pueda, desee y sea capaz de llevarse a cabo.

El papel de una cultura en la vida humana es tan legítimo como el de un lenguaje. Ambos se inician con la expectativa y la tendencia de encontrar la satisfacción en el entorno. La conducta social de un niño se desarrolla entre las influencias esperadas y los ejemplos dados por la sociedad en la que vive. Sus instintos innatos también lo empujan a hacer aquello que él percibe que los demás esperan de él; sus com-

pañeros humanos le hacen saber lo que esperan de él, según la cultura a la que pertenezca. Aprender es un proceso de satisfacción de expectativas de cierta clase de información, la cual va adquiriendo un creciente y definido orden de complejidad, al igual que los patrones lingüísticos.

Aquello que es adecuado para los modelos de nuestras expectativas, mantenido por el sentido del *continuum* de cada ser —fomentado por el placer y conservado por una repugnancia natural que aumenta a medida que uno se acerca a los límites de lo que es adecuado—, es la base de un sistema cultural viable de lo que es adecuado y lo que es inadecuado. Las particularidades del sistema pueden de nuevo variar de infinitas formas mientras éstas se mantengan dentro de los parámetros esenciales. Hay un montón de espacio para las diferencias, sean de orden individual o tribal, sin que sea necesario sobrepasar esos límites.

El inicio de la vida

Durante el tiempo en que un pequeño ser humano permanece en el útero, para nacer necesita seguir en línea recta las etapas evolutivas de sus precursores, desde la etapa unicelular y la de los anfibios hasta la del *homo sapiens*, y no está preparado para que le ocurra algo demasiado distinto a lo que sus antepasados experimentaron en el útero. Normalmente es alimentado, mantenido en calor y zarandeado de una forma muy similar a como lo fueron sus antepasados, los cazadores-recolectores embrionarios. Los sonidos que escucha no se diferencian demasiado de los que sus antepasados oyeron, a no ser que su madre viva cerca de una ruta aérea de vuelos supersónicos, frecuente ruidosas discotecas o conduzca un camión. Oye los latidos del corazón de su madre, la voz de ésta y la de otras personas y animales; oye los sonidos del cuerpo materno digiriendo la comida, roncando, riendo, cantando, tosiendo... sin asustarse; se ha ido adaptando a ellos porque sus predecesores estuvieron oyendo unos sonidos similares igual de altos e igual de súbitos durante millones de años. A causa de la experiencia de sus predecesores, este pequeño ser espera oír esos ruidos y experimentar los zarandeos y los movimientos repentinos; todo ello forma parte de la experiencia que necesita para completar su desarrollo prenatal.

Al nacer, un bebé ya se ha desarrollado lo suficiente en su celda de máxima seguridad como para poder salir y seguir viviendo en el mundo exterior, donde estará mucho más desprotegido. El *shock* del nacimiento es absorbido en parte a través de mecanismos como el de los elevados niveles de gammaglobulina que le protegen de las infecciones, los cuales descenderán con la suficiente lentitud como para que el bebé tenga tiempo de producir sustancias inmunológicas; tras superar el *shock* del nacimiento, la limitada visión del recién nacido irá aumentando poco a poco hasta desarrollarse por completo. Un programa general de desarrollo fundamental para muchos aspectos de su formación, como los reflejos, el sistema circulatorio, la capacidad auditiva y otros tiene lugar días, semanas o meses más tarde, incluyendo el desarrollo, etapa por etapa, de las partes del cerebro.

En el momento de nacer, el bebé experimenta los radicales cambios de pasar de un ambiente húmedo a otro seco, de un descenso de la temperatura, de oír unos sonidos que de pronto no están amortiguados, de una activación de su capacidad para respirar el oxígeno y de un cambio en la postura, ya que dejará de estar cabeza abajo para permanecer tumbado o con la cabeza más alta que el resto del cuerpo. Pero el bebé puede soportar éstas y todas las otras nuevas sensaciones que conlleva un nacimiento natural con una asombrosa serenidad.

Su propia voz no le sorprende, aunque le suene dentro de la cabeza con gran fuerza y nunca antes la haya oído, porque ha sido oída por los informadores de su carne, por los creadores de su capacidad de temer y distinguir lo aterrador de lo normal. Cuando sus antepasados desarrollaron la voz, desarrollaron también una red de capacidades estabilizadoras para suavizar su llegada al *continuum* de lo que en aquella época era su especie. A medida que la voz fue evolucionando con la evolución de la especie, de una forma a otra, y fue cambiando para adaptarse a un organismo cada vez más complejo, desarrolló más mecanismos para mantener un equilibrio con uno mismo y la sociedad en la que iba a ser usada. Los oídos se fueron adaptando a la voz, así como los reflejos, y las expectativas del bebé incluyeron el sonido de la voz entre las *sorpresas* que le esperaban en las primeras experiencias extrauterinas.

En las primeras etapas después de nacer, la conciencia de un bebé se encuentra en un estado que es todo sensaciones: no tiene la capacidad de pensar, en el sentido de razonar, memorizar conscientemente, reflexionar o enjuiciar. Quizás podría decirse que es más sensible que consciente. Mientras duerme, el bebé es consciente de su estado de bienestar, al igual que un adulto que duerme con su pareja es consciente de su presencia o ausencia. Cuando está despierto es mucho más consciente de su estado, pero de un modo que en un adulto se llamaría subliminal. En cualquiera de estos dos estados, es más vulnerable a su experiencia que un adulto, ya que no tiene ningún precedente con el que clasificar sus impresiones.

La falta de un sentido del paso del tiempo no supone una desventaja para un bebé intrauterino o para un bebé que esté en contacto con el cuerpo de la madre, simplemente se sienten bien; pero para un bebé que no esté pegado al cuerpo de la madre, el hecho de no poder mitigar cualquier parte de su sufrimiento mediante la esperanza —que depende de un sentido del tiempo— es quizás el aspecto más cruel de su terrible experiencia. De ahí que su llanto no pueda contener ni siquiera un vestigio de esperanza, ya que actúa como una señal para encontrar alivio. Más tarde, a medida que las semanas y los meses van transcurriendo y que la conciencia del bebé aumenta, empieza a sentir un indicio de esperanza, y el llanto se convierte en un acto asociado a un resultado, ya sea negativo o positivo. Pero la aparición de un sentido del tiempo apenas le ayuda a que las largas horas de espera sean más llevaderas. La falta de una experiencia anterior hace que el tiempo le resulte intolerablemente largo a un bebé que está en estado de anhelo.

Incluso años más tarde, cuando aquel niño tenga cinco años, la promesa hecha en el mes de agosto de regalarle una bicicleta en Navidad le resulta tan satisfactoria como no prometerle nada. A los diez años, el tiempo se ha reorganizado en vista de la experiencia hasta el punto de que aquel niño puede esperar de una manera más o menos agradable un día para recibir algunas cosas, una semana para obtener otras, y un mes para algo muy especial, pero un año sigue sin tener demasiado sentido para él en cuanto a mitigar su deseo, y la realidad presente contiene una cualidad absoluta que dará paso, sólo después de experimentar muchas otras experiencias, a un sentido de la naturaleza relativa de los eventos según la propia escala del tiempo. Sólo a los cuarenta o cincuenta años, la mayoría de la gente tiene alguna perspectiva de la verdadera dimensión de un día o de un mes en el contexto de toda una vida, mientras que sólo algunos pocos gurús y octogenarios son capaces de apreciar la relación entre los momentos o la vida de uno y la eternidad al comprender plenamente la irrelevancia del arbitrario concepto del tiempo.

Un bebé —como un gurú iluminado— vive en el eterno ahora. El bebé que está pegado al cuerpo de su madre —y el gurú—

viven el ahora en estado de beatitud; en cambio, el bebé que no está en contacto con el cuerpo de su madre lo vive en un estado de un vivo deseo insatisfecho en medio de un inhóspito universo vacío. Sus expectativas se mezclan con la realidad, y las expectativas innatas y ancestrales son recubiertas —en vez de ser cambiadas o reemplazadas— por las expectativas basadas en su propia experiencia. Cuánto más diverjan estos dos grupos de expectativas, más alejado estará de su potencial innato de bienestar.

Los dos grupos de expectativas no se parecen en nada. Las expectativas evolucionadas son, por naturaleza, certezas, hasta que son traicionadas; en cambio, las expectativas aprendidas, que se alejan de aquéllas, tienen el carácter negativo del desencanto y se manifiestan como dudas, sospecha, miedo a ser herido por una nueva experiencia o, lo más irreversible de todo, como resignación.

Todas estas respuestas intentan proteger al *continuum* en acción, pero la resignación procedente de una absoluta desesperanza sirve para inhibir la expectativa original de que se darán las condiciones adecuadas para que la serie de expectativas y la satisfacción de los deseos puedan llegar a cumplirse.

Las líneas de desarrollo se interrumpen en el punto en que sus necesidades particulares de una experiencia en concreto no son satisfechas. Algunas líneas se interrumpen en la primera infancia; otras, en cambio, se interrumpen sólo en la niñez o continúan desarrollándose durante la adultez siguiendo su proceso evolutivo. Los aspectos de las facultades emocionales, intelectuales y físicas pueden coexistir, pero en los individuos con carencias se encontrarán en unas etapas muy dispares de la madurez. Todas las líneas de desarrollo, tanto si se han detenido como si han ido madurando, actúan juntas tal como están, cada una esperando la experiencia que pueda satisfacer su necesidad, incapaz de progresar con ninguna otra cosa. El bienestar depende en gran parte de cómo se limita el funcionamiento y en qué aspectos.

Durante el nacimiento, hay por tanto *sbocks* que no causan un *shock*, ya sea porque el bebé los esperaba —y si no hubieran ocurri-

do los habría echado de menos— o porque no han ocurrido todos a la vez. El nacimiento no puede considerarse un acontecimiento indicador de la terminación del bebé, como si fuera el final de una cadena de montaje, ya que algunos complementos ya han *nacido* en el útero, y otros no funcionarán hasta más tarde. El recién nacido que llega al mundo con la placentera experiencia de haber tenido una serie de expectativas que han sido colmadas en el útero, esperará o, con más exactitud, tendrá la certeza de que sus nuevas expectativas también serán satisfechas.

¿Qué ocurre a continuación? A lo largo de decenas de millones de generaciones, lo que ha ido ocurriendo es el trascendental cambio de abandonar el entorno totalmente vivo del interior del cuerpo de la madre para ir a otro entorno exterior sólo parcialmente vivo. Aunque el cuerpo de la madre, que se lo ha dado todo, siga estando ahí, así como sus acogedores brazos —desde que el ser humano tiene las manos libres al andar erguido— el bebé siente el contacto del extraño e inánime aire en su cuerpo. Pero también está preparado para esta sensación; estar en brazos de su madre es para él el lugar esperado, en lo más recóndito de su ser sabe que es su lugar, y lo que experimenta mientras está en brazos es aceptable para su *continuum*, satisface sus necesidades actuales y contribuye adecuadamente a su desarrollo.

De nuevo, la cualidad de este conocimiento es muy distinta de cómo será más tarde. El bebé no puede clasificar sus impresiones de cómo son las cosas. Se siente bien o se siente mal. A esta temprana edad tiene unas necesidades muy estrictas. Como ya hemos visto, si el bebé se siente ahora incómodo no puede esperar sentirse a gusto más tarde. Cuando su madre lo deja, no puede sentir que *ella volverá enseguida*-, el mundo se ha convertido para él de pronto en un lugar inhóspito, las condiciones son intolerables. Oye y acepta su propio llanto, pero aunque su madre conozca el sonido y su significado desde tiempos inmemoriales, así como el niño o el adulto que lo oye, él no lo conoce. Sólo siente que es una actuación positiva para obtener lo que desea. Pero si se le deja llorar durante demasiado tiempo sin hacerle caso, si la respuesta que intenta provocar no llega, aquel sentimiento también acaba des-

apareciendo dando paso a un mundo absolutamente desangelado carente de un sentido del tiempo o de esperanza. Cuando su madre vuelve, él sencillamente se siente bien; no es consciente de que ella se ha ido por un rato ni recuerda haber llorado. Se reconecta a su único medio de contacto y el entorno satisface sus expectativas. Pero cuando es abandonado y cortado de este *continuum* de una experiencia correcta, nada es aceptable y nada es aceptado. Todo cuanto existe son sus deseos; no hay nada que pueda usar, nada con lo que pueda crecer, nada con lo que llenar su necesidad de experiencias, ya que éstas deben ser las esperadas, y en la experiencia evolutiva de sus antepasados no hay nada que lo haya preparado para que lo dejen solo, esté dormido o despierto, y menos aún para llorar sin que los que se ocupan de él le respondan.

El sentimiento adecuado para un bebé que está en contacto con el cuerpo de su madre es una sensación de bienestar o de esencial dicha. La única identidad positiva que puede conocer siendo el animal que es se basa en la premisa de que se encuentra bien y de que es valioso y bienvenido. Sin esta convicción, un ser humano de cualquier edad está mutilado por la falta de confianza, espontaneidad y armonía, por un incompleto sentido de sí mismo. Todos los bebés son valiosos, pero sólo pueden saberlo a través del reflejo, por el modo en que son tratados. Para un ser humano no hay ningún otro modo visible de sentirse a sí mismo, cualquier otra clase de sentimiento no sirve como base para el bienestar. *El bienestar es el sentimiento básico sobre uno mismo adecuado a los individuos de nuestra especie.* Una conducta que no estuviera condicionada por el sentido de nuestro propio y esencial bienestar no sería la conducta para la que hemos evolucionado y, por tanto, no sólo desperdiciaría millones de años de perfeccionamiento, sino que sería inadecuada para cualquier relación que mantuviéramos con nuestro yo o con el mundo exterior. Sin esta sensación, uno carece del sentido de hasta qué punto puede reclamar consuelo, seguridad, ayuda, compañerismo, amor, amistad, cosas, placer y dicha. Una persona sin esta sensación siente a menudo que en su vida hay un espacio vacío en el que ella debería estar.

Pasamos gran parte de la vida buscando sólo la prueba de que existimos. Los pilotos de coches de carreras, alpinistas, héroes de guerra y otras personas temerarias a las que les gusta jugar con la muerte sólo están intentando sentir que en realidad están vivos. Pero sacudir el instinto de conservación sólo estimula de una forma débil y temporal la cálida y estable corriente del sentido del yo que les falta.

El atractivo de los bebés y los niños necesita ser, sin duda, una fuerza poderosa; sin esta fuerza no tendrían ninguna ventaja para compensar las muchas desventajas que tienen al ser entre los adultos seres pequeños, débiles, lentos, indefensos, inexpertos y dependientes. Su atractivo impide que tengan que competir con los adultos y atrae la ayuda que necesitan.

En los bebés son tan fuertes los elementos que despiertan ternura que éstos funcionan traspasando las fronteras entre las distintas especies como ninguna otra cosa. La cría de un animal despierta una respuesta maternal en todos nosotros, hombres, mujeres y niños: deseamos acariciarla y obsequiarla, protegerla y cuidarla, tanto si es una morsa recién nacida como una cría de elefante o de tigre o un ratoncito de un día de vida. Las señales están ahí: la inocente indefensión; el suavísimo pelo, pelaje o plumas; la cabeza de mayor tamaño que la de los adultos en proporción al cuerpo; el descoordinado entusiasmo y la ciega confianza. Y en cada uno de nosotros existe el mecanismo de respuesta que nos hace ser tiernos en el acto y que nos infunde el deseo de satisfacer las necesidades de aquella cría, aunque su objetivo sea el de volverse grande y fuerte y convertirse en nuestro enemigo natural.

Y también ocurre lo contrario: un bebé humano despierta una respuesta tan tierna en una manada de lobos que una de las lobas se encargará de llevárselo a su guarida, mantenerlo caliente y amamantarlo, aunque el bebé le meta un dedo en el ojo, aparte a sus crías y le tire de la cola al lobo macho. Los grandes perros y los pequeños gatos adoptan un papel maternal y tolerante con los bebés humanos y con las crías del otro, y si se diera la situación actuarían sin duda del mismo modo con una cría de cerdo hormiguero. Los cazadores primitivos, des-

pues de matar a un animal, solían llevar a la cría huérfana a su casa para que su esposa la amamantara gustosamente.

Evidentemente, no es necesario que sea la madre biológica la que desempeñe el papel maternal de satisfacer las necesidades del bebé, ni tampoco que la madre sustitutiva sea una mujer o un adulto, excepto en el momento de alimentar al bebé, aunque ni siquiera hace falta que la leche sea de un mamífero de la misma especie, ya que la leche de mamífero, a diferencia de la dieta de otras especies, se puede intercambiar en general entre todos los animales de esta clase. En este hecho se aprecia el *continuum* de los mamíferos en acción, que subordina la diversidad de los géneros y las especies a sus prioridades, sin duda no sólo con el fin de alimentar a mamíferos de distintas especies sino también porque el prototipo de mamífero que cada uno de nosotros hemos sido antes de evolucionar de acuerdo a nuestra línea es por excelencia un determinante de nuestras respectivas naturalezas. En realidad, la relación maternofilial que ya existía mucho antes de la llegada de los mamíferos a la Tierra despierta en nosotros unas respuestas, al igual que lo hacen en menor grado las señales emitidas por los animales que no son mamíferos; cuanto más tiempo haga que nos hayamos alejado de su compañía, menos fuertes serán. Así, un esponjoso patito o pollito amarillo nos conmoverá mucho; en cambio, una cría de tortuga lo hará menos, un pez recién nacido lo hará menos aún, la cría de un saltamontes, menos todavía, la cría de un gusano o de un erizo de mar apenas lo hará y una ameba recién nacida vista a través de un microscopio no nos conmoverá en absoluto. No sólo nos asombra sino que hasta nos complace profundamente ver cómo una especie cuida a la cría de otra especie. Como a nuestro sentido del *continuum* esto le parece una buena práctica, lo registra a nivel físico como algo placentero.

Walt Disney construyó un imperio de señales de ternura infantil. Evitó casi por completo representar a bebés humanos, quizás porque los bebés que *pertenecen* a otra persona o son cuidados por ella desencadenan en nosotros un mecanismo de no intervención que, salvo en casos patológicos, inhibe los fuertes impulsos para que no interfie-

ran. Pero dotó generosamente a los animales con atractivas señales de bebés humanos: mejillas regordetas, cabeza de mayor tamaño en proporción al cuerpo —la mayoría de crías de animales la tienen pero en menor grado— y unos ojos grandes con pestañas pequeñas y puntiagudas naciendo del borde exterior de los mismos. También tenían un hocico pequeño, una boca menuda coronada por las mejillas y un rebelde y sedoso cabello que les caía sobre la frente, a menudo representado en animales que, a pesar de resultar atractivos por su suave pelaje, en realidad no tenían ningún mechón.

En la película *Pinocho*, la marioneta héroe se diferenciaba lo suficiente de los humanos como para disfrutar de las ventajas de toda la inventiva cargada de señales de los profesionales de los estudios Walt Disney, pero cuando se convirtió en un niño real, tuvo que abandonar muchos de sus exagerados rasgos para no parecer monstruoso para el sentido que los espectadores tenían del aspecto de un niño (que ya no es un bebé).

Dumbo, la cría de elefante protagonista de otra película, exhibía casi todas las señales en unas flagrantes proporciones: una cabeza enorme, unos ojos grandes y confiados que cumplían con el requisito de tener unas pestañas que nacían del borde exterior del ojo, una torpe coordinación, entusiasmo y una trompa tan pequeña como era posible para que no perdiera el aspecto de elefante.

Bambi se ajustaba más a los atractivos rasgos de un cervatillo real, ya que tenía unas patas patizambas largas y temblorosas, una grupa pequeña y redonda y una cabeza que se movía de repente cuando algo le alertaba, y manifestaba unos solemnes, aunque temblorosos esfuerzos coordinados, por actuar como un ciervo adulto, pero los ojos y las pestañas estaban humanizados, al igual que muchos de sus movimientos y expresiones, explotando, por así decirlo, lo mejor de ambos mundos. Los patos, las ardillas, los conejos, los pájaros, los gatitos, las mofetas, los pececillos rojos y los especímenes que no eran demasiado humanos, como los *Siete Enanitos*, estaban dotados de irresistibles señales; en cambio, los villanos, las brujas, las malvadas madrastras, los crueles amos de

la marioneta y otros personajes similares estaban privados de ellas y se les había dotado de un cabello áspero o greñudo, una nariz larga y huesuda y una cabeza y ojos pequeños. (Los personajes que tenían que ser humanos y atractivos, aunque no infantiles, como *Blancanieves*, el *Príncipe* y la *Cenicienta* y su *Príncipe* se vieron privados del poder de Disney y mostraban sin duda un aspecto sin personalidad comparados con los otros personajes llenos de señales que despertaban vivas emociones. Si sus adecuadas y atractivas señales, que a su edad se relacionan con las señales sexuales, se hubieran explotado de la misma manera, el *Tío Walt* podría haber sido llevado, en aquella época, a los tribunales).

El papel materno, el único que puede relacionarse con un bebé durante los primeros meses de vida del niño, es asumido instintivamente por los padres, los niños y cualquier persona que se relacione con el pequeño, aunque sólo sea por un momento. Al bebé no le interesa el sexo o la edad de la persona que lo está atendiendo.

Unos experimentos realizados en una clínica psiquiátrica francesa demostraron la irrelevancia de las características masculinas o femeninas en el papel materno o paterno: las doctoras desempeñaron con éxito para sus pacientes el papel de la figura paterna, y los enfermeros, capacitados para cuidarlos a diario, adoptaron igual de bien el papel de la figura materna. (Esta es la clase de hechos que el intelecto descubre de pronto después de que el hombre los haya estado practicado instintivamente durante varios millones de años).

Para un bebé sólo existe un tipo de relación posible, y en cada uno de nosotros hay una serie de respuestas a sus señales. También cada hombre, mujer o joven posee un conocimiento muy detallado sobre el cuidado del bebé, pese al hecho de que más tarde —no más de varios miles de años— hayamos dejado que el intelecto pruebe sus torpes caprichos en un tema tan importante como éste y que se haya entrometido en nuestra capacidad innata de una forma tan caprichosa que ahora nos hayamos olvidado de la existencia de la misma.

En los países *avanzados*, la madre suele comprar un libro sobre el cuidado del bebé en el momento de conocer que está embarazada. Puede que ahora esté de moda dejar al bebé llorar hasta que ya no pueda más, hasta que se rinda, se duerma de cansancio y se convierta en un *buen bebé* o tomarlo en brazos cuando la madre lo desee en lugar de hacerlo en aquel momento o, como una reciente escuela de pensamiento enseñaba, dejar al bebé en un vacío emocional, sin ni siquiera tocarle hasta que fuera absolutamente necesario y una vez esto se hiciera, sin mostrarle ningún tipo de expresión, placer, sonrisas ni admiración, sólo una mirada inexpresiva. Las madres jóvenes leen cualquier cosa y lo siguen al pie de la letra, desconfiando de su capacidad innata y de los *motivos* que tiene el bebé para transmitir unas señales que siguen siendo perfectamente claras. En realidad, los bebés se han convertido en una especie de enemigo que la madre debe vencer. El llanto de un bebé debe ignorarse para mostrarle quién manda, y una premisa básica en la relación es que debe intentarse hacer todo lo posible para obligar al bebé a cumplir los deseos de la madre. Cuando la conducta del bebé da *trabajo*, hace *perder* el tiempo o se considera inoportuna, se debe mostrar al pequeño una expresión de disgusto, desaprobación o algún otro signo de retirada de amor. La idea es que satisfacer los deseos de un bebé lo *malcriará*, y que ir en contra suya servirá para que se vuelva más sumiso o sociable. En realidad, en cualquiera de los casos se obtiene el efecto opuesto.

El periodo inmediato al nacimiento es la etapa más impresionante de la vida fuera del cuerpo materno. Aquello con lo que un bebé se encuentre será lo que él sentirá que la naturaleza de la vida es. Cada impresión recibida después de aquel periodo sólo podrá matizar, en mayor o menor grado, la primera impresión recibida cuando no tenía ninguna información previa sobre el mundo exterior. Sus expectativas son las más inflexibles que jamás tendrá. El cambio que experimenta al abandonar la completa hospitalidad del útero es enorme, pero, como ya hemos visto, llega preparado para dar el gran salto del útero a su lugar: los brazos de su madre.

Pero no está preparado para dar ningún salto mayor de cualquier clase, y menos aún un salto a la nada, a lo sin vida: a una canasta con ropa o a una caja de plástico sin movimiento, sonido, olor o sensación de vida. Es lógico que la violenta separación del *continuum* madre- hijo, establecido de una manera tan intensa durante la etapa uterina, pueda causar depresión en la madre e intenso sufrimiento en el bebé.

Cada terminación nerviosa bajo la piel recién expuesta del bebé desea intensamente el abrazo esperado; todo su ser, el carácter de todo cuanto él es, le conduce a ser sostenido en brazos. Durante millones de años, los recién nacidos han mantenido un estrecho contacto físico con sus madres en el momento de nacer. Durante las últimas centenas de generaciones, algunos bebés han sido privados de esta importantísima experiencia, pero este hecho no ha disminuido la expectativa de cada nuevo bebé de que se encontrará en su lugar correcto. Cuando nuestros antepasados se movían con las cuatro extremidades y tenían pelo del que colgarse, eran los bebés los que se encargaban de conservar el vínculo madre-hijo. Su supervivencia dependía de él. Pero a medida que fuimos perdiendo el pelo y empezamos a caminar erguidos sobre las extremidades posteriores, con lo cual las manos de la madre quedaron libres, dependió de ella el seguir llevando a su hijo pegado al cuerpo. El hecho de que últimamente en ciertas partes del mundo algunas madres tomen la responsabilidad de mantener un estrecho contacto físico con sus hijos como una cuestión optativa, no altera un ápice la poderosa urgencia de la necesidad del bebé de ser sostenido.

La propia madre ha sido privada de una preciosa parte de la experiencia de la vida que esperaba, y el haber gozado de ella le habría animado a seguir actuando como si fuera la experiencia más gratificante, tanto para ella como para su bebé.

El estado de conciencia de un bebé cambia enormemente durante la etapa de estar en brazos. Al principio es más como otros animales que como un humano adulto. Paso a paso, a medida que su sistema nervioso central se va desarrollando, se convierte cada vez más en un *homo sapiens*. La experiencia no sólo le impresiona más o menos,

sino que también lo hace de distintas formas, a medida que sus facultades aumentan tanto en número como en agudeza. Los componentes de la estructura psicobiológica de un bebé que se forman primero son los que más influirán sobre su forma de ver la vida. Aquello que siente antes de poder pensar determina profundamente en qué clase de cosas pensará cuando tenga la capacidad para hacerlo.

Si antes de poder pensar el bebé se siente seguro, deseado y *en casa* en medio de la actividad, la opinión que tendrá de las experiencias posteriores será muy distinta en carácter de la de un niño que no se sienta bienvenido ni estimulado por las experiencias que se ha perdido y que esté acostumbrado a vivir en un estado de insatisfacción, aunque las experiencias posteriores de ambos sean idénticas.

Al principio, un bebé sólo nota el mundo que le rodea, no puede razonar. Va familiarizándose con él a través de la asociación. En los primeros mensajes posnatales captados por los sentidos, hay una cualidad absoluta, una total impresión del estado de las cosas, concerniente sólo a las expectativas innatas del bebé y, como es natural, desprovista de cualquier sentido del paso del tiempo. Si el *continuum* no funcionara de ese modo, el *shock* que producirían los nuevos acontecimientos a este tierno organismo sería intolerable. Cuando un bebé empieza a tener la capacidad de prestar atención a los acontecimientos del mundo exterior, lo que capta es la diferencia que hay entre lo que siente y lo que se parece a su experiencia anterior. Aprender el mundo a través de la asociación significa que él almacena por completo lo que nunca antes había conocido, sin *notar* nada sobre ello. Como sólo nota las últimas experiencias similares aunque en parte distintas, primero va conociendo el mundo burdamente y después de una manera cada vez más detallada.

En este sentido, el *homo sapiens* es único entre los animales. Sus expectativas son encontrar un entorno adecuado, conocerlo cada vez con más precisión y actuar en él con una mayor eficiencia. Otros primates se van adaptando, en diversos grados, a algunas circunstancias a medida que las van encontrando, pero los animales están en su mayo-

ría diseñados —han evolucionado— para comportarse de acuerdo a unos patrones innatos.

Una enorme cría de oso hormiguero que adquirí cuando sólo tenía cuatro creció felizmente en medio de la sociedad humana, y era evidente que nos consideraba osos hormigueros y esperaba que nos comportásemos como tales, brincando y luchando amistosamente con él a la manera típica de estos animales. De mí, que me consideraba su madre, esperaba que me mantuviera en comunicación con él constantemente, aunque a medida que fue creciendo y volviéndose más independiente, fue esperándolo cada vez menos: al principio tenía que llevarlo a cuevas, después debía dejar que me abrazara tan a menudo como lo necesitara y que me lamiera los dedos de los pies frecuentemente; hacerle compañía mientras comía y acudir cuando él me llamaba después de haberse extraviado al olfatear algún rastro en un terreno de pasto. Pero a los perros y caballos los veía como enemigos y no como animales de su misma especie.

En cambio, una lanosa mónita que también adquirí cuando era una cría, al parecer creía ser una persona. Trataba a los perros, incluso a los perros grandes, con condescendencia y era famosa por tomar asiento junto a un grupo de personas sentadas mientras los canes, confundidos por su imperiosa conducta —que habrían perseguido a un gato el doble de grande que ella—, se tendían fielmente a sus pies. La mónita adquirió buenos modales en la mesa y, después de observar durante cerca de un año, aprendió a abrir una puerta encaramándose a una de las jambas y girando luego el pomo hacia la izquierda al tiempo que tiraba de la puerta.

Sus patrones conductuales tenían una mayor proporción de adaptabilidad, de esperar aprender de la experiencia personal, que los del oso hormiguero, cuya conducta estaba dirigida casi por completo por unos mecanismos innatos programados.

El hombre, que es más adaptable aún a su propia experiencia, puede afrontar unas variaciones en su entorno que extinguirían a unas especies menos ingeniosas. Al presentarle un problema, responde con

una gran variedad de reacciones. Un mono tiene un margen relativamente pequeño para responder a un estímulo; un oso hormiguero no tiene ninguna elección y, por tanto, al ser como es, es infalible. Un mono puede cometer algunos errores, desde el punto de vista del *continuum*, pero un hombre recibe, junto a su capacidad para elegir, una gran vulnerabilidad.

Pero junto con la mayor variedad de conductas que tiene para elegir, con el aumento de su falibilidad, también ha evolucionado el sentido del *continuum* que lo predispone a elegir adecuadamente, para que al recibir la clase de experiencia que necesita para desarrollarse y la clase de entorno en el que poder aplicarla, sus elecciones puedan ser casi tan infalibles como las de un oso hormiguero.

Los niños criados por animales muestran de un modo incluso más revelador si cabe lo importante que es gozar de un entorno adecuado para alcanzar las expectativas de una especie evolucionada.

De los numerosos casos registrados, quizás el más documentado sea el de la historia de Amala y su hermana Kamala, que fueron criadas por unos lobos en la selva de la India. Cuando las encontraron, las llevaron a un orfanato, donde un reverendo y la señora Singh intentaron educarlas para que pudieran integrarse en la sociedad humana. La mayor parte de los concienzudos esfuerzos de Singh fracasaron o apenas tuvieron éxito. Las niñas eran muy desdichadas y permanecían tumbadas desnudas en la postura típica de los lobos en un rincón de sus habitaciones. Por la noche se volvían activas y aullaban para atraer la atención de su antigua manada. Después de un largo periodo de entrenamiento, Kamala aprendió a andar erguida, pero sólo podía correr si lo hacía sobre sus cuatro extremidades. Durante algún tiempo no quisieron vestirse ni ingerir comida cocinada, y preferían comer carne cruda y carroña. Kamala aprendió cincuenta palabras antes de morir a los quince años. Se calculó que en aquella época debía de tener una edad mental de tres años y medio según los modelos humanos.

La capacidad que tienen los niños que se han criado entre animales de adaptarse a unas condiciones inadecuadas es mucho mayor

que la capacidad de cualquier animal para adaptarse al estilo de vida de los humanos. Pero la muerte prematura de la mayoría de estos niños, el sufrimiento padecido después de haberlos capturado y su incapacidad para superponer la cultura humana a la cultura animal establecida y desarrollada demuestra también la profundidad con la que la cultura, una vez aprendida, se convierte en parte de la naturaleza del individuo humano. *La expectativa de participar en una cultura es producto de nuestra evolución, y las costumbres adquiridas por medio de esta expectativa, al asimilarse, son un componente tan integral de nuestra personalidad como lo es el modo de actuar innato de otras especies.* Los niños que han crecido en la selva, al ser humanos y haber sido influidos mucho más por su propia experiencia que cualquier otro animal, han aprendido tan a fondo la conducta de otro animal que han demostrado sufrir un estrés mucho mayor como respuesta al cambio de su entorno que cualquier otro animal, al haberse reforzado más la conducta que el de cualquier otro animal con unos patrones conductuales innatos, no influenciados.

La baja edad mental de Kamala es un factor que no significa nada si se observa solo, pero al verlo como una parte del *continuum* de una criatura nacida humana y criada como lobo, puede muy bien representar el buen uso de la mente en esas circunstancias. Algunas de las habilidades de Kamala eran prodigiosas: su agilidad como cuadrúpedo, su sentido del olfato —era capaz de oler carne a unos 70 metros de distancia—, su visión nocturna, la velocidad con la que corría y su adaptabilidad a los cambios de temperatura. Su criterio para cazar y su sentido de la dirección deben de haber sido extraordinarios para permitirle sobrevivir como un lobo. En resumen, su *continuum* le fue sumamente útil. Ella desarrolló de su potencial aquello que necesitaba para su estilo de vida. El hecho de que Kamala no pudiera desaprender su desarrollo y reemplazarlo por otro totalmente nuevo es insignificante, ya que no hay ninguna razón por la que ningún ser necesite adaptarse a una exigencia tan improbable. Ni tampoco podría esperarse de un humano adulto que se adaptara con éxito a vivir como otro animal cuando su conducta ya había sido condicionada por la sociedad humana.

Desde el principio, el aprendizaje es selectivo, siempre es relevante para aquello que uno conoce subjetivamente sobre la vida que va a llevar. El proceso asociativo asegura que así sea. El receptor psicobio- lógico, al igual que una radio ajustada sólo para recibir unas longitudes de onda seleccionadas por medio de un receptor capaz de recibir muchas otras longitudes de onda, empieza con un inmenso potencial y pronto se va ajustando a los alcances requeridos. Para la mayor parte de estilos de vida de los humanos, el alcance ideal de la visión se limita a la luz diurna, a un determinado grado de visión nocturna y a la gama de colores que hay entre el rojo y el púrpura. Los objetos demasiado pequeños o lejanos se eliminan de nuestras percepciones, y de todos los objetos que entran en nuestro campo de visión, sólo podemos ver con claridad una cantidad limitada. A una distancia media, que sirve para ver lo que ocurre en todos los lados, la visión es muy buena. Pero cuando se acerca algo o alguien que nos interesa, la visión periférica se vuelve imprecisa hasta que el objeto está cerca. La distancia media deja de ser el punto de mira, y la atención se dirige entonces con más eficacia al objeto cercano para afrontarlo sin distracciones. Si todo cuanto hay alrededor de aquel objeto se siguiera viendo con la misma precisión, la carga que tendrían que soportar los sentidos sería mayor e impediría al cerebro, que debe concentrarse en un único objeto o en un aspecto de éste, funcionar con la máxima eficacia. Dependiendo de la cultura a la que pertenezcamos, seleccionaremos un alcance de visión que esté dentro, como es natural, de los límites de su naturaleza evolucionada.

Se sabe que los niños criados por lobos poseen una extraordinaria visión nocturna. Los yecuanas pueden distinguir la forma de un pajarito en un sombreado muro de vegetación, mientras que cualquiera de nosotros sólo vería hojas incluso después de habernos señalado el lugar donde el pajarito se había posado. También pueden divisar un pez nadando por las espumosas aguas de un rápido; en cambio, nuestros ojos, por más que lo intentaran, serían incapaces de vislumbrarlo.

La audición también es selectiva, se limita a oír aquello que nuestra cultura nos dice que es importante y elimina el resto. El mecanismo auditivo en sí mismo puede oír mucho más de lo que solemos

captar. Todos los indios sudamericanos que he conocido, acostumbrados a escuchar tanto por cautela como por diversión los sonidos de una selva que podría ocultarlos aunque estuvieran a menos de un metro de distancia, pueden también oír una lancha de motor o un avión mucho antes que cualquiera de nosotros.

Su agudeza auditiva es la adecuada para sus necesidades. La nuestra nos sirve para nuestros fines y elimina lo que en nuestra vida sería, más a menudo que de lo contrario, un sonido inútil. En nuestra cultura no hay nada que pudiera estorbarnos más que, por ejemplo, ser despertados por un gruñido lanzado a una distancia de 180 metros.

Para evitar que la mente se inunde de sensaciones no seleccionadas, el mismo sistema nervioso actúa como selector. La atención puesta en los sonidos puede activarse o desactivarse, no a voluntad sino según el condicionamiento del mecanismo selector. Aunque el aparato auditivo no pueda desconectarse, el consciente nunca llega a oír algunos sonidos audibles que siguen siendo subliminales desde que nacemos hasta que morimos. En una demostración clásica hecha por los hipnotizadores del mundo del espectáculo se ordena al sujeto hipnotizado que repita lo que se está susurrando a una distancia que parece imposible de oír. El hipnotizador sustituye la agudeza auditiva normal del sujeto por la que él ha elegido. Consigue hacer creer al público que le ha aumentando la capacidad auditiva cuando en realidad lo que está haciendo es detener la selección de los sonidos para establecer una nueva agudeza auditiva.

Los poderes llamados paranormales o mágicos suelen ser los que el sistema nervioso no ha seleccionado —a instancia del *contingentium*— como adecuados para formar parte de la gama de nuestras facultades. Pueden cultivarse por medio de disciplinas que vencen el proceso normal de eliminación o aparecer bajo coacción, como en el caso de un chico de diez años cuyo hermano había quedado atrapado bajo un árbol derribado. Aterrado, levantó el árbol que estaba sobre el cuerpo de su hermano antes de ir a pedir ayuda. Más tarde se descubrió que para mover el árbol que aquel niño, en el extraordinario estado

emocional en que se hallaba, había levantado solo, se precisaron una docena de hombres. Hay muchas historias de este tipo. Los poderes que describen se liberan sólo en circunstancias especiales.

Unas interesantes excepciones que rompen la regla son los individuos cuyos mecanismos selectores se han dañado de algún modo, ya sea temporal o permanentemente, y se han vuelto clarividentes. No pretendo conocer cómo funciona esto, pero algunos de ellos tienen la capacidad de ver agua o metales que están bajo tierra. Otros pueden ver auras alrededor de la gente. Peter Hurkos, el famoso clarividente americano, adquirió esta facultad después de golpearse la cabeza al caer por una escalera. Dos amigas mías me contaron en secreto su horrible capacidad para ver el futuro mientras estaban a punto de tener un ataque de nervios. Me contaron las historias por separado y las jóvenes no se conocían, pero ambas fueron hospitalizadas pocos días después de sus episodios de clarividencia, los cuales no volvieron a ocurrir. Los límites normales de la capacidad humana suelen romperse cuando se vive una situación que produce una emoción extrema. En los accidentes, cuando la víctima afronta de improviso la inminencia de su propia muerte, pide ayuda, en su impotencia, a su madre o a cualquier otra persona que desempeñe el papel de una figura materna para ella. Con frecuencia, la madre o la figura materna recibe el mensaje a pesar de la distancia. La situación se da con la suficiente frecuencia como para que la mayoría de nosotros hayamos conocido u oído algún caso.

La premonición actúa a la inversa: un acontecimiento incognoscible que amenaza con acarrear unas terribles consecuencias puede revelarse en la conciencia de alguien que esté tranquilo, ya sea mientras esté dormido o despierto. Muchas premoniciones se desoyen y con frecuencia no llegan a reconocerse a causa de las prohibiciones de creer en *semejantes cosas*. Una vaga frase como *tenía la sensación de que no debía haber ido* es usualmente el único reconocimiento de una premonición que fue anulada por otras presiones.

No tengo ni la menor idea de cómo pueden percibirse unos acontecimientos que al parecer aún no han ocurrido ni de qué modo

pueden existir antes de suceder. Pero los eventos pasados y presentes que se conocen sin recurrir a los sentidos son mecánicamente igual de misteriosos. Y muchos otros medios de comunicación, como las señales transmitidas por unas recién descubiertas sustancias químicas que suscitan una determinada conducta en los animales e indican a las aves migratorias la dirección que deben seguir, nos resultan igualmente incomprensibles.

La conciencia no es lo que cree ser ni tampoco tiene acceso a los secretos programados por el *continuum*; la conciencia ha evolucionado para estar al servicio del *continuum*. *Un objetivo importantísimo de la filosofía del continuum debe de ser hacer que el intelecto sea un sirviente competente en vez de un amo incompetente.* El intelecto, si se usa correctamente, puede ser un elemento invaluable. Los intelectos humanos, al percibir, clasificar y comprender las relaciones y características de los animales, los vegetales, los minerales y los acontecimientos con los que se van encontrando, pueden crear, almacenar y transmitirse unos a otros una inmensa cantidad de información que hará que el entorno sea útil de una manera mucho más inclusiva y flexible de lo que cualquier otro animal podría lograr, lo que disminuye la vulnerabilidad del hombre a las vicisitudes de aquel entorno. Como en su actuación con relación a los elementos que le rodean dispone de más opciones, es más estable en la posición que mantiene entre ellos.

Cuando el equilibrio natural es perfecto, el intelecto puede proteger al *continuum* a medida que va tomando conciencia de los dictados del sentido del *continuum* y actúa adecuadamente de acuerdo a ellos. La razón, los juicios basados en la experiencia personal y en la experiencia transmitida por los demás, y la capacidad de sintetizar los pensamientos y los recuerdos en una infinidad de combinaciones útiles a través de la inducción y la deducción hace que pueda servir aún más si cabe a los mejores intereses de los individuos y de la especie.

Un intelecto que esté en armonía con un sentido del *continuum* plenamente desarrollado y que funcione a la perfección, al dedicarse, por ejemplo, con tesón a la tarea de conocer cada aspecto de la

flora, puede por lo visto almacenar cantidades prodigiosas de información. Los informes de los observadores de muchas culturas primitivas coinciden en que cada hombre, mujer y niño de cualquier sociedad tiene en su cabeza un catálogo detalladísimo de los nombres y las características de cientos o miles de plantas.

E. Smith-Bowen², uno de estos observadores, al hablar de una tribu africana y del enorme conocimiento sobre flora que compartían todos los miembros, dijo: *Ninguno de ellos llegó a creer que yo fuera incapaz de conocer tantas plantas como ellos, aunque quisiera.*

Con esto no quiero decir que los salvajes sean más inteligentes que nosotros de manera innata, pero creo que el potencial natural de la mente puede dañarse con las presiones de una personalidad distorsionada. Un miembro realizado de una sociedad que espera que él lo sea posee un intelecto capaz de memorizar una increíble cantidad de información y retenerla para su uso. Incluso entre las personas del mundo civilizado se puede considerar que los analfabetos, que no esperan asumir la mayor parte de la responsabilidad de almacenar información para dejarla escrita en los libros como nosotros hacemos, tienen una memoria sumamente desarrollada, pero podrían haberla desarrollado más aún si estuvieran totalmente en paz con ellos mismos y con el mundo.

El condicionamiento de la mente de un bebé es el principal factor determinante del carácter de los alcances seleccionados para usar en su vida. El bebé espera ser guiado a través de sus experiencias y recibir una gran cantidad y variedad de señales. Espera, además, que las experiencias que le guían tengan una relevancia directa y utilizable en las situaciones con las que se encontrará más tarde en la vida.

Cuando sus experiencias posteriores no tienen el mismo carácter que las experiencias que le condicionaron, tiende a influenciarlas para que adquieran aquel carácter, para mejor o para peor. Si está acostumbrado a estar solo, arreglará su vida inconscientemente para ase-

²E. Smith-Bowen, *Return to Laughter*, Londres, 1954.

gurarse un nivel similar de soledad. Su tendencia a la estabilidad se opondrá a los intentos por parte suya o de las circunstancias a hacer que esté mucho más o mucho menos solo que de costumbre.

Incluso tenderá a mantener un nivel habitual de ansiedad, ya que la repentina pérdida de *cualquier cosa sobre la que preocuparse* puede causar en él una ansiedad muchísimo más profunda e infinitamente más aguda. Para alguien cuyo hábitat natural está al borde del desastre, un paso agigantado hacia la seguridad le resulta tan intolerable como el cumplimiento de aquello que más teme. Está en juego la tendencia a mantener lo que debió de haber sido el nivel más alto de bienestar establecido en la primera infancia.

Nuestros estabilizadores innatos se oponen a los cambios radicales que afectan a nuestra propia medida del éxito o el fracaso, de la felicidad o la infelicidad y a los cambios en general que afectan a nuestras asociaciones establecidas, y a menudo nos descubrimos enfrentándonos a ellos con nuestra voluntad. La voluntad raras veces tiene algún efecto sobre la fuerza del *hábito*. Pero a veces son los acontecimientos exteriores los que imponen los cambios. Los estabilizadores equilibran entonces las situaciones que no pueden asimilarse tal como son. Las distracciones, como los agotadores pero familiares problemas, pueden mitigar un éxito o un fracaso intolerables.

Para poder adaptarse bien a un cambio irreversible después de haber intentado por todos los medios sin conseguirlo recuperar el *statu quo*, uno debe a menudo retirarse del combate, poner el punto muerto y volver a orientarse hacia las nuevas circunstancias que la vida le ha dictado, lo cual requiere a veces una enfermedad o un accidente que inmovilice a la víctima el tiempo suficiente para que pueda descansar y reordenar sus fuerzas para adaptarse a las nuevas necesidades. La tendencia a estabilizar también usa el cuerpo para recuperar el equilibrio al permitirle enfermar cuando existe la necesidad emocional de *ser cuidado* y una madre potencial disponible. Cuando un breve descanso sea suficiente, la tendencia a estabilizar pondrá fuera de juego con un resfriado a una persona que se haya alejado demasiado del grado de bienestar con el que

se siente a gusto o que se haya visto obligada a cambiar su conducta habitual hasta un punto que le resulte insostenible.

Algunos seres humanos necesitan, para que la vida les resulte tolerable, estar en un estado físico grave con gran frecuencia —son proclives a los accidentes—; otros, para sobrevivir, necesitan estar siempre enfermos a causa de su necesidad de ser cuidados, de distraerse o de ser castigados, sea cual sea el caso. Y otros necesitan desarrollar un estado de fragilidad para obligar a su familia a relacionarse con ellos y en realidad sólo enferman cuando los miembros de la misma los tratan demasiado bien o demasiado mal.

Entre mis conocidos, el caso más extremo de usar la enfermedad para recuperar la estabilidad haya sido el de una mujer en la que lo que la perturbaba era una carga casi insoportable de culpabilidad.

Desconozco, y probablemente ella también, la naturaleza del trato que mi amiga recibió en la primera infancia y la incontrovertida evidencia que hizo creer a su mente de bebé que ella era *mala*, pero su hermano gemelo, que debió de haber compartido su tormento, se suicidó a los veintiún años. Mi amiga, al tener que soportar el peso adicional de la culpabilidad, aunque fuera irracional, que acompaña de manera inevitable a la muerte del hermano de una persona con carencias afectivas, doblado quizás por la relación más estrecha que mantienen los gemelos, se dedicó a buscar castigos adecuados para equilibrar su situación hasta el punto de poder vivir con aquella carga. El mecanismo estabilizador de su maltrecho *continuum*, adquiriendo su método y pormenores de la cultura de mi amiga, tenía que reducir el peligro de que ella tuviera una vida *próspera*. ¡Antes tendría que pasar por encima del cadáver de su hermano!, por así decirlo. Su condicionamiento, la culpabilidad arrastrada desde su primera infancia, reprimida al principio y más tarde obligada dolorosamente a salir con el suicidio de su hermano, no podía tolerar que ella tuviera la mínima buena suerte.

Al cabo de algunos años tuvo dos hijos ilegítimos: uno, de un hombre de otra raza, y el otro, de un desconocido. Aceptó varios trabajos que eran humillantes para su clase social, contrajo una poliomielitis

que la obligó a estar en una silla de ruedas el resto de su vida, y mientras estaba hospitalizada se contagió de una tuberculosis que le destruyó un pulmón y le dañó seriamente el otro; se tiñó el cabello de un rojo púrpura muy poco favorecedor que estropeaba de un modo increíble su persistente belleza y se fue a vivir con un artista fracasado que tenía muchos más años que ella.

La última vez que hablé con mi amiga me contó con su habitual alegría que, tras una fiesta, mientras limpiaba la casa, se había caído de la silla de ruedas y se había roto una de las piernas paralizadas.

Nunca era negativa ni se quejaba, y a medida que las desgracias le iban ocurriendo una detrás de otra, se veía cada vez más contenta y liberada de su carga interior. En una ocasión le pregunté si era cierto o si sólo eran imaginaciones mías que se sentía más feliz desde que estaba paralizada. Me respondió en el acto que nunca se había sentido tan feliz en toda su vida.

Me vienen a la cabeza media docena de casos del estilo: hombres que se dejaron crecer la barba o se hicieron alguna cicatriz para disfrazar el atractivo físico que hacía que la vida les fuera incómodamente fácil y que las mujeres les amaran de un modo que era incompatible con los sentimientos que tenían de no permitirse ser amados.

Hay hombres y mujeres que sólo se sienten atraídos por las personas que nunca se interesarán por ellos.

La causa de cualquier tipo de fracaso no se encuentra en la falta de habilidad o de suerte, ni en la competencia, sino en la tendencia del sujeto a mantener la condición en la que ha aprendido a sentirse a gusto.

Cuando un bebé se forma una impresión de la relación que mantiene con todo aquello que le rodea, está construyendo el marco de la creencia que se convertirá en su hogar para el resto de su vida, el cual le servirá de referencia, así como para evaluar y equilibrarlo todo. Sus mecanismos estabilizadores intentarán mantenerlo. Un bebé privado de la experiencia necesaria que le habría dado la base para que su potencial

innato floreciera plenamente, quizás no llegará nunca a experimentar ni por un solo momento aquella sensación de incondicional bienestar tan natural en los bebés durante el 99'99% de su historia. Las carencias se mantendrán indiscriminadamente como parte de su desarrollo, según el grado de sufrimiento que le hayan producido el desasosiego y las limitaciones padecidas en la primera infancia. Las fuerzas instintivas no razonan sino que suponen, guiadas por el enorme peso de la experiencia adquirida con el obrar de la naturaleza, que lo mejor para el individuo es estabilizarlo de acuerdo con su experiencia inicial.

El que este tipo de ayuda pueda convertirse en una trampa cruel, en una cadena perpetua en una prisión portátil, es una eventualidad tan remota para el proceso evolutivo, tan reciente en la historia del reino animal, que en nuestra naturaleza hay pocos recursos para aliviar el dolor. Pero existen algunos: las neurosis y las demencias, que aparecen para proteger al que ha tenido grandes carencias afectivas de la dolorosa carga de una realidad insostenible. La insensibilidad que hace llevadero un dolor insoportable. Y la muerte, que libera normalmente al adulto o anciano que seguía sintiendo la intensa necesidad infantil de una figura materna, cuando la persona que desempeñaba aquel papel para él desaparece al morir, al huir con la secretaria o por cualquier otra razón, dejando a aquel individuo dependiente sin ninguna esperanza de encontrar un nuevo apoyo e incapaz de vivir con el vacío tanto interior como exterior que ha dejado la desaparición del ser querido.

Para alguien que haya tenido una primera infancia enriquecedora y que puede, por tanto, enriquecerse con la vida que lleva, la muerte de la pareja con la que ha estado viviendo mucho tiempo no equivale a perderlo *todo*. Su yo no es un recipiente vacío que dependa de otra persona para vivir o estar motivado, sino que su yo adulto llorará la muerte del ser querido y después volverá a reunir fuerzas para adaptarse al cambio, quizás durante un periodo de retiro.

En las culturas desarrolladas y en muchas del mundo civilizado, existen rituales para ayudar en el proceso del duelo —plañimientos comunitarios, ceremonias, reuniones—; en especial, cuando en la cultu-

ra no hay un procedimiento preciso para la nueva vida del sobreviviente ni tampoco viene dictado por las necesidades de los hijos o de otras personas que dependan de él, suele haber un plazo de tiempo para reestructurar la vida que la sociedad apoya. El vestirse de luto con prendas negras o blancas o algunos otros signos de estar fuera de juego —fuera de los colores de la vida— indica que el espíritu está en una crisálida y pide al mismo tiempo el reconocimiento y la tolerancia de la sociedad.

El hecho de que el intelecto de los individuos del mundo civilizado se haya aprovechado de la situación y haya reducido el funcionamiento de esas costumbres de sus formas evolucionadas en unas grotescas exageraciones que no tienen nada que ver con la necesidad real o las haya eliminado por completo no altera la integridad ni la saludable cualidad de sus orígenes. Ni tampoco los estabilizadores del *continuum* dejan de intentar satisfacer la necesidad de los miembros de culturas que tienen unos remedios inadecuados o inexistentes para mitigar el dolor. En cuanto a todas las otras necesidades paralelas, crea un refugio, a menudo bajo la forma de una enfermedad o accidente, en caso de no presentarse una ocasión mejor para un periodo de rehabilitación.

El grado de dolor que causa un cambio en el entorno de una persona depende, como es natural, del grado en que ella haya sido capaz de desarrollar su potencial innato de recuperación, y la medida en que se recupere dependerá también de él.

¿Cómo podemos aprender lo que significa un bebé *continuum* y un bebé *no-continuum*? Podemos empezar a hacerlo observando a personas como los yecuanas y volviendo a contemplar con más atención a los miembros de nuestras culturas. El mundo de los bebés que viven en la Edad de Piedra y mantienen un constante contacto físico con alguien y el mundo de los bebés de las culturas del mundo civilizado son tan diferentes como el día y la noche.

Un bebé *continuum* desde el momento en que nace está siempre en contacto con el cuerpo de alguien. Antes de que el cordón umbilical se desprenda, la vida del bebé ya está llena de acción. La mayor parte del tiempo está durmiendo, pero incluso mientras duerme se acos-

tumbra a las voces de su familia, a los sonidos de las actividades que ésta lleva a cabo, a los topetazos, los zarandeos y los movimientos imprevistos, a las detenciones inesperadas, a los alzamientos y a las presiones que siente en diversas partes del cuerpo mientras su cuidadora lo cambia de postura para poder trabajar mejor o estar más cómoda, a los ritmos del día y de la noche, a los cambios de textura y temperatura de la piel de la madre, y a la segura y correcta sensación de ser sostenido por un cuerpo vivo. Sólo sentiría su apremiante necesidad de estar ahí si lo apartaran de ese lugar. La inequívoca expectativa de encontrarse en estas circunstancias y el hecho de experimentar precisamente estas circunstancias y no otras, mantiene el *continuum* de su especie. Como se siente bien, casi nunca ha de expresar alguna necesidad llorando o hacer otra cosa que no sea mamar cuando el impulso surge y disfrutar colmándolo, y gozar igualmente del impulso de defecar y del placer que ello le produce. Aparte de eso, se dedica a aprender en qué consiste la condición de ser.

Durante la etapa de estar en brazos, la época entre el nacimiento y el periodo en que empieza voluntariamente a gatear, el bebé recibe unas experiencias y con ellas va satisfaciendo sus expectativas innatas, pasando gradualmente a nuevas expectativas o deseos y satisfaciéndolos luego. Mientras está despierto, se mueve muy poco y en general se mantiene en un estado relajado y pasivo. Sus músculos tienen un buen tono; el pequeño no presenta el aspecto de una muñeca de trapo como cuando duerme, pero usa sólo la mínima actividad muscular necesaria para fijarse en los acontecimientos que le interesan en cada etapa y para comer y defecar. También tiene la tarea, adquirida muy pronto, aunque no inmediatamente después de nacer, de equilibrar la cabeza y el cuerpo (para prestar atención, comer y defecar) en una infinita variedad de posturas dependiendo de las acciones y posiciones de quien lo sostenga.

Puede estar tendido en el regazo manteniendo sólo un contacto ocasional con unos brazos y unas manos que están ocupados en algo que hay por encima de él, como remando una canoa, cosiendo o preparando la comida. Luego puede sentir de pronto el regazo que lo

inclina hacia el suelo mientras una mano lo agarra por la cintura. El regazo desaparece y una mano se cierra sobre su cuerpo para levantarlo en medio del aire y ponerlo en contacto con el tronco del cuerpo del que lo sostiene, luego la mano lo suelta y es sujetado por un codo que lo inmoviliza contra una de las caderas y el tórax antes de que el que lo sostiene se agache para recoger algo con la mano que le queda libre, inclinándolo momentáneamente hacia el suelo para después ponerse a caminar, correr y andar de nuevo, meneándolo arriba y abajo con distintos ritmos y zarandeándolo de diversas formas. Después, es posible que sea pasado a otra persona y que sienta que pierde contacto con la primera para sentir la nueva temperatura, textura, olor y sonido de la otra, una más huesuda quizás, o con la voz aflautada de un niño o la resonante de un hombre. O puede que un brazo lo vuelva a alzar y lo sumerja en el agua fría, que lo salpique y acaricie, y después lo frote con el canto de la mano hasta que el agua deja de deslizarse por su cuerpo. Luego puede que su húmeda piel entre en contacto con su lugar, la cadera, que ahora también está húmeda, hasta que la zona de contacto genera un mayor calor mientras que las áreas expuestas al aire se enfrían. Después puede sentir el calor del sol o el frescor adicional de una brisa. O ambas cosas mientras es llevado bajo el sol a través de un sombreado camino que transcurre por la selva. Cuando está casi seco, puede quedar empapado por un aguacero y más tarde volver a sentirse a gusto en un cambio radical, al pasar del frío y la humedad a un refugio y una hoguera situados en la parte más exterior de su cuerpo y que le calienta aquel lado mucho más rápidamente que el otro, que está en contacto con el cuerpo de su compañero.

Si se celebra una fiesta mientras duerme, será zarandeado de una forma bastante violenta mientras su madre salta y golpea el suelo con los pies al ritmo de la música. Mientras duerme durante el día, le ocurren unas aventuras parecidas. Por la noche, su madre duerme junto a él, en contacto con su piel, como siempre, mientras ella respira y se mueve, e incluso algunas veces ronca un poco. La madre se despierta a menudo por la noche para avivar el fuego, manteniendo a su bebé pegado al cuerpo mientras se levanta de la hamaca y se agacha, entonces él

es apretujado entre los muslos y las costillas de su madre mientras ésta echa más leña al fuego. Si se despierta con hambre en medio de la noche y no encuentra el pecho materno, lo expresa con un suave gruñido; entonces ella se lo ofrecerá y el bebé volverá a sentirse a gusto, sin ni siquiera haber forzado lo más mínimo los límites de su *continuum*. Su vida, llena de acción, concuerda con las vidas que sus millones de antecesores han llevado y satisface las expectativas de su naturaleza.

En esta etapa hace muy pocas cosas, pero tiene una gran cantidad de experiencias a través de las aventuras vividas en brazos de una persona ocupada. A medida que sus necesidades van cambiando, cuando las anteriores han sido satisfechas y está psicológicamente desarrollado y preparado para las siguientes, lo expresa según sus impulsos innatos, y las señales que envía son interpretadas correctamente por los correspondientes mecanismos innatos de quienes lo contemplan. Cuando el bebé sonríe y gorjea, esto les provoca placer y les impulsa a imitar los deliciosos sonidos que el pequeño emite durante tanto tiempo y tan a menudo como les es posible. Identifican rápidamente el estímulo correcto y, animados por la gratificante respuesta del bebé, lo repiten. Más tarde, a medida que el nivel de placer y de excitación va disminuyendo con cada repetición, las señales y respuestas del bebé empujan al patrón conductual de quien lo contempla a cambiar para que vuelva a provocar un elevado grado de placer en el pequeño.

Los juegos consistentes en acercarse y apartarse son ejemplos de ello. Pueden iniciarse besando cariñosamente el rostro o el cuerpo del bebé. Él sonríe y gorjea. El niño recibe otro beso. El bebé emite más señales de placer y ánimo. El tono de su alegre voz y el brillo de sus ojos no indican que desee tranquilidad, silencio ni consuelo, ni tampoco comer o ser cambiado de posición, sino que desea excitación. Instintivamente, su cómplice le acaricia el pecho con la nariz y cuando este acto tiene éxito, crea enseguida señales más alegres si cabe al emitir un vibrante *b-b-b-b-b* con los labios rozando la piel del pequeño.

El bebé, anticipándose a su propia reacción, empieza ahora a gorjear y a dar chillidos excitado mientras la placentera boca se acerca.

El hombre, la mujer o el niño a quien pertenece la boca descubre que los gratificantes sonidos del bebé pueden aumentar al jugar con él, es decir, al retrasar el acercamiento de la boca el tiempo justo para conseguir el máximo efecto: sin esperar demasiado para que el bebé siga atento y sin hacerlo enseguida para obtener la máxima respuesta inducida por la espera.

El siguiente paso en el juego consiste en sostener al bebé con los brazos extendidos y después acercarlo al cuerpo o hasta una posición segura. El contraste entre la zona periférica y la zona segura, la relación entre alejarlo y acercarlo sin que le ocurra nada, el triunfo de haber abandonado la zona segura y haber pasado la prueba con éxito es el inicio de la progresión de los eventos y de la maduración psicobiológica que le conducirá a graduarse con la máxima competencia de la etapa en la que ha mantenido un continuo contacto físico con la madre, con lo que estará ansioso por experimentar las siguientes aventuras de la antiquísima agenda.

Cuando el bebé prueba y domina la postura de ser sostenido con los brazos extendidos, el siguiente paso es lanzarlo al aire mientras las manos que lo agarran lo sueltan un poco cuando está en el punto más alto. Cuando el bebé muestra que está listo para algo más atrevido, es lanzado en el aire y atrapado. Al bebé se le permite ser lanzado más lejos y caer desde mayor altura a medida que su confianza va creciendo y la frontera en la que daba señales de tener miedo retrocede y el radio de su confianza aumenta.

Los bebés también aprenden de sus compañeros juegos que ponen a prueba las mismas cualidades en el contexto de los distintos sentidos. La tranquilizadora visión de la figura materna o de un familiar desaparece y reaparece de manera progresiva, igual que en los juegos de esconderse y reaparecer para hacer reír al bebé. El bebé es sorprendido con sonidos que van aumentando gradualmente de frecuencia y volumen como, por ejemplo, con "¡Bu!" seguido por la tranquilizadora noticia de que sólo se trata de mamá o quienquiera que sea y que no tiene por qué asustarse. Los juguetes, como las cajas de sorpresa, trans-

fieren el estímulo que causa sorpresa al mundo exterior y ponen a prueba mayores grados de resistencia. Puede haber juegos que sigan este modelo, pero son iniciados por un adulto. Los yecuanas se aprovechan de la predisposición del bebé a este tipo de actuación y, manteniendo sus reglas y respetando las señales del pequeño de que se siga adelante, lo van sumergiendo en aguas cada vez más desafiantes. Desde el momento en que nace recibirá su rutinario baño diario, pero cada bebé es sumergido también en ríos impetuosos, primero sólo los pies, después las piernas y luego el cuerpo entero. Paulatinamente va entrando en contacto con corrientes cada vez más rápidas y es sumergido en rápidos y cataratas, y el tiempo que está en el agua también se va alargando a medida que la respuesta del bebé revela una creciente confianza. Un bebé yecuana, antes de poder andar o incluso pensar, ya está aprendiendo a ser un experto en juzgar la fuerza, la dirección y la profundidad del agua a simple vista. Los miembros de su pueblo se cuentan entre los mejores piragüistas de aguas rápidas del mundo.

Los sentidos reciben una enorme cantidad y variedad de eventos y objetos con los que practicar, refinar sus funciones y coordinar sus mensajes con el cerebro.

Las primeras experiencias proceden predominantemente del cuerpo de una madre ocupada. Los movimientos de los desplazamientos son básicos para adoptar el ritmo de una vida activa. El ritmo se vuelve una característica de la vida en el mundo y siempre se relaciona con el bienestar que el yo experimenta, ya que se aprende estando en contacto con el cuerpo de la madre.

Si un bebé es sostenido la mayor parte del tiempo por alguien que sólo está sentado e inmóvil, esta experiencia no le servirá para aprender la cualidad de la vida y la acción, aunque esto impida que el pequeño experimente sentimientos negativos de abandono, aislamiento y gran parte del peor tormento: el deseo insatisfecho. El hecho de que los bebés animan activamente a que alguien los entretenga con algo excitante indica que esperan y necesitan la acción para desarrollarse. Una madre sentada quieta condicionará a un bebé a pensar que la vida

es aburrida y lenta, él se sentirá inquieto y manifestará con frecuencia reacciones incitadoras para fomentar más estimulación. Se pondrá a botar de arriba a abajo para mostrar lo que quiere o agitará los bracitos para iniciar un ritmo más rápido en las acciones de la madre. De igual modo, si ella insiste en tratar al bebé como si fuera frágil, le estará sugiriendo que lo es. Pero si lo maneja de una forma natural y con una cierta brusquedad, el bebé pensará que es fuerte y adaptable a una gran variedad de circunstancias y se sentirá a gusto en ellas. Sentirse frágil no sólo es desagradable sino que también afecta a la eficacia del desarrollo del niño y más tarde a la del adulto.

Las imágenes, sonidos, olores, texturas y sabores proceden principalmente del cuerpo que lo protege, y más tarde, al desarrollar el bebé facultades más complejas, incluirá una variedad más amplia de acontecimientos y de objetos. El pequeño hace asociaciones. La oscuridad de la cabaña está siempre presente cuando ésta huele a comida y casi siempre cuando huele a humo de leña. La luz brilla durante los baños y en la mayor parte de los bamboleantes paseos. La temperatura de un ambiente oscuro es en general más agradable que la del iluminado espacio del exterior, donde hace un calor infernal o una fría temperatura con viento y lluvia; pero cualquier cambio resulta grato, y las variaciones son esperadas, ya que en la experiencia del bebé siempre ha habido variedad. Como la condición básica de estar en contacto con el cuerpo de la madre ha sido satisfecha, el bebé está libre para ser estimulado y enriquecerse con todo lo que capta. Un bebé pegado al cuerpo de su cuidadora apenas nota unos sucesos que asustarían a un adulto desprevenido: figuras surgiendo de pronto sobre sus ojos, copas de árboles girando sobre su cabeza, objetos apagándose o iluminándose sin avisar... Al pequeño no le asustan los rayos ni los truenos, los perros ladrando, el ensordecedor rugido de las cataratas, los árboles partiéndose, las hogueras ardiendo ni la sorpresa de quedar empapado con la lluvia o con el agua del río. En cambio, dadas las condiciones en la que su especie ha evolucionado, el silencio o una prolongada falta de cambio en los estímulos sensoriales sí que le alarman.

Cuando el bebé llora durante unos momentos por alguna razón mientras un grupo de adultos está conversando, la madre le susurra algo en el oído para distraerle. Si esto no funciona, se lo lleva a otra parte hasta que el pequeño se tranquiliza. No le impone su voluntad, sino que se va con él sin manifestar la menor señal de juzgarle o estar molesta por su comportamiento. Cuando babea encima suyo, ella apenas lo nota. Si le limpia la boca con el dorso de la mano lo hace medio distraída, igual que cuando ella se arregla. Cuando el bebé empieza a hacer pipí o defecar, ella se echa a reír y, como raras veces está sola, sus compañeras también, y luego aparta al bebé de su cuerpo lo más rápidamente posible hasta que él termina. El ver lo rápido que puede apartarlo se convierte en una especie de juego, y cuando se lleva la peor parte, se ríe a carcajadas. Después limpia enseguida el suelo sucio con agua y recoge los excrementos en el acto con hojas. Vomitar o escupir, un acto cotidiano en la vida de nuestros bebés, es tan inusual que en todos los años que viví con los indios sólo recuerdo haberlo visto en una ocasión, y aquel bebé tenía mucha fiebre.

Aunque parezca mentira, la idea de que la naturaleza ha creado una especie que sufre de indigestión cada vez que ingiere la leche de su madre no ha sido puesta en duda por los expertos del mundo civilizado. Cuando el bebé eructa, se recomienda darle palmaditas en la espalda mientras se le sostiene contra el hombro para ayudarle a *sacar el aire que ha tragado*. Entonces el niño suele vomitar en el hombro. Nuestros bebés, estresados como están, no es de extrañar que estén crónicamente enfermos. Estar tenso, patalear, doblar y flexionar el cuerpo y chillar son síntomas de la misma turbación constante y profunda. Los bebés yecuanas, después de comer, no necesitan ningún tratamiento especial, al igual que las crías de los otros animales. Quizás en parte se deba al hecho de que a estos pequeños se les da el pecho durante el día y la noche con mucha más frecuencia que a los bebés del mundo civilizado. Pero lo más probable es que la respuesta se encuentre en nuestro permanente estado de estrés, ya que incluso cuando los bebés yecuanas son cuidados por niños la mayor parte del día y de la noche y no pue-

den recurrir a sus madres cuando lo desean, no muestran signo alguno de padecer cólicos³.

Más tarde, cuando tiene lugar la educación doméstica, si el pequeño ensucia el suelo de la cabaña es echado de ella. Pero en ese momento ya está tan acostumbrado a sentirse y a ser considerado adecuado o *bueno*, que sus impulsos sociales, a medida que se van desarrollando, están en armonía con los de los miembros de su tribu. Cuando uno de sus actos es rechazado, el niño no siente que sea él sino su acto el que es condenado, y siente el deseo de cooperar. No tiene ningún impulso de defenderse de nadie ni de ver en realidad la situación desde ningún otro punto de vista que no sea el de los miembros de su tribu, ya que éstos son sus verdaderos aliados, como ha podido comprobar.

Y aunque resulte una terrible ironía, esto es lo que significa ser un animal social, lo cual saca a relucir el tema de las experiencias de los bebés *no-continuum* de las culturas contemporáneas occidentales.

La criatura es la misma. Aunque nosotros tengamos una historia reciente muy distinta, nuestra historia evolutiva —los millones de años de formación que han producido el animal del ser humano— es común tanto a los yecuanas como a nosotros. Los varios miles de años de alejamiento del *continuum* que han experimentado las personas del mundo civilizado no son importantes en el tiempo de la evolución. En un periodo tan corto no puede haber tenido lugar ninguna evolución importante o perceptible. Así, tanto los bebés que han seguido el *continuum* y tienen unos predecesores que no han padecido carencias experienciales, como los bebés cuyos nacimientos pueden haber sido inducidos para que los obstetras aburguesados fueran a jugar la partida de golf que habían concertado, tienen las mismas expectativas.

³ El Dr. Frank Lake (ver la Introducción) me contó que su investigación reveló que los problemas digestivos son la principal expresión física del estrés infantil y que, en cambio, las afecciones cutáneas (eczema, psoriasis, erupciones, etc.) eran los resultados típicos, que a veces aparecían mucho más tarde, del sufrimiento experimentado en el útero.

Como ya se ha visto, los bebés de la especie humana están tan preparados para la labor de nacer como cualquier animal de otra especie. La experiencia del nacimiento forma parte de nuestro repertorio de capacidades de adaptación procedentes del hecho de haber evolucionado de acuerdo a las experiencias de nuestros predecesores, las cuales se remontan a la aparición de los mamíferos e incluso a una época anterior que exigía la misma capacidad de adaptación. Los acontecimientos esperados son aquéllos que siguen el precedente formativo. En cambio, los acontecimientos inesperados carecen de mecanismos estabilizadores creados a través de la evolución para poder asimilarlos. También existe el peligro de que los acontecimientos inesperados en el nacimiento no sólo acompañen sino que reemplacen a aquéllos que son esperados y necesarios para unas determinadas líneas de desarrollo. En la naturaleza se desaprovechan muy pocas cosas. La esencia del sistema evolucionado es la relación económica que hay entre cada uno de sus aspectos, que funciona a la vez como causa y efecto en el proceso de desarrollo.

Todo ello significa que la falta de cualquier detalle establecido de la experiencia le costará al individuo un cierto grado de bienestar, quizás un grado tan sutil que no puede percibirse o que sea tan normal haberlo perdido que ya no lo reconozcamos como una pérdida. Las investigaciones ya han demostrado, como se verá más tarde, que la falta de la experiencia de gatear sobre las manos y rodillas tiene unos efectos perjudiciales en las capacidades verbales que se desarrollan en una etapa posterior. También podría ser igual de sorprendente el hecho de que el no haber sido sostenido en distintas posiciones, el no haber quedado empapado por la lluvia durante una mínima cantidad de tiempo o el no haber experimentado el paso natural del día a la noche durante la primera infancia, fuera el causante más tarde de la incapacidad de andar con pie firme, de la poca resistencia a los cambios de temperatura o de la tendencia a marearse con facilidad. Con respecto a andar con pie firme, algún investigador podría intentar aislar algún factor de la experiencia de los bebés mohawk que no hubiera ocurrido en la nuestra, que explicara su falta de vértigo y también los distintos grados en que nosotros lo padecemos. (Tampoco los yecuanas, sanemas y quizás ninguna

de las tribus de indios sudamericanos tienen vértigo, pero los mohawks tienen ahora muchas otras experiencias que han aprendido de nosotros, y las que son distintas a las nuestras pueden ser más fáciles de tamizar para buscar el factor en cuestión).

El principio del *continuum*, al aplicarse al fenómeno de los traumas natales de los sujetos del mundo civilizado, sugiere que las causas que han contribuido a ellos podrían ser el uso del instrumental de acero, las brillantes luces, los guantes de goma, el olor de los antisépticos y los anestésicos y las fuertes voces o el sonido de la maquinaria sanitaria. Lo que experimenta un bebé en un nacimiento sin traumas deben de ser aquéllas y solamente aquéllas que corresponden a las antiguas expectativas del bebé y a las antiguas expectativas de su madre. Muchas culturas buenas y sensatas dejan que la madre dé a luz sin recibir ninguna ayuda, en cambio otras culturas igual de sensatas recomiendan que haya alguien a su lado para ayudarla. Pero en ambos casos el bebé mantiene un estrecho contacto con el cuerpo de la madre desde el momento en que sale del útero. Cuando el bebé ha empezado a respirar por sí mismo y descansa tranquilamente sobre su madre, después de que ella lo haya estado acariciando hasta que él se ha calmado y de que el cordón umbilical haya sido cortado al dejar de latir, al pequeño se le da el pecho enseguida para después poder lavarlo, pesarlo, examinarlo o hacerle cualquier otra cosa. En este preciso momento, tan pronto como el nacimiento ha finalizado y la madre y el bebé se encuentran por primera vez como individuos separados, es cuando el trascendental acontecimiento de la imprimación debe de tener lugar. Es de sobras conocido que muchas crías de animales experimentan el aprendizaje de reconocer a la madre en el momento de nacer. Las crías de oca tan pronto salen del cascarón reconocen como su madre al primer objeto cercano que ven moviéndose. De hecho, tendría que haber sido su madre, pero aunque sólo sea un juguete mecánico o Konrad Lorenz, sienten el impulso, a causa de su naturaleza evolucionada, de seguirlo por todas partes. Su vida depende de la imprimación, del aprendizaje de reconocer a la madre, ya que ésta no podría ponerse a seguir a todas sus crías de golpe y éstas no podrían satisfacer sus propias necesidades sin ella. En

nuestra especie, a diferencia de la mayoría de otras especies, es la madre la que es objeto de la imprimación y reconoce a su bebé, porque un bebé humano es demasiado desvalido como para seguir a nadie o hacer cualquier otra cosa, a fin de mantener un contacto con su madre, que no sea enviarle señales si ella no satisface sus expectativas.

Este impulso fundamental de la imprimación está tan arraigado en la madre humana que tiene prioridad sobre cualquier otro deseo que ella pueda tener; por más cansada, hambrienta, sedienta que esté o por cualquier otra cosa que sienta, ella desea ante todo alimentar y tranquilizar a este absoluto desconocido cuyo aspecto no es demasiado bonito. Si no fuera así, no habríamos sobrevivido todos esos cientos de miles de generaciones. La imprimación o vínculo afectivo, preparado en la secuencia de acontecimientos desencadenados hormonalmente durante el parto, debe de tener lugar en aquel preciso momento o si no será demasiado tarde; como una madre prehistórica no podría haber permanecido indiferente a un recién nacido ni siquiera por unos minutos, el poderoso impulso ha de ser inmediato. En el *continuum* de los eventos, la imprimación constituye un requisito esencial para la fluida sucesión de estímulos y respuestas que aparecerán más tarde a medida que la madre y el bebé empiecen a vivir juntos.

Pero ¿qué ocurre si la imprimación no puede tener lugar, si el bebé es retirado cuando la madre siente el deseo de acariciarlo, de ponerlo junto a su pecho, en sus brazos o sobre su corazón o si está demasiado drogada como para experimentar plenamente el vínculo afectivo que se forma en aquel momento? Parece ser que el estímulo de la imprimación, si no se satisface con el esperado encuentro con el bebé, produce un estado de profunda tristeza. En los siglos formativos de los partos humanos, cuando no había ningún objeto que despertara la ternura de la madre era porque el bebé había nacido muerto. La respuesta psicobiológica era la de llorar la pérdida de un ser querido. Cuando el momento se pierde, el estímulo no recibe ninguna respuesta y las fuerzas del *continuum* suponen que no hay ningún bebé y que el impulso de la imprimación debe anularse.

Así, cuando en un hospital moderno se hace nacer a un bebé horas o incluso minutos después de que la madre haya entrado en un estado fisiológico de llorar la muerte de un ser querido, el resultado suele ser que ella se siente culpable de no haber tenido *instintos maternales* o de no *haber sentido un profundo amor por su bebé* (ver pág. 169), y además sufre la clásica tragedia del mundo civilizado llamada una normal depresión posparto... precisamente cuando la naturaleza la había preparado exquisitamente para uno de los acontecimientos emocionales más profundos e influyentes de su vida.

En esta etapa, una loba fiel al *continuum* de los lobos habría sido una madre más idónea para un bebé humano que la madre biológica del pequeño, la cual yace en la cama a un palmo de distancia de él. La madre loba sería tangible, en cambio la madre humana resulta tan lejana como una marciana.

En los nidos de las maternidades de la civilización occidental hay muy pocas posibilidades de recibir el consuelo de una mamá loba. El recién nacido, cuya piel está pidiendo a gritos volver a sentir aquella carne suave, cálida y viva con la que estaba en contacto, es envuelto en una tela seca e inerte. Es colocado en una caja y dejado ahí, por más que llore, en un limbo donde no hay el menor movimiento (por primera vez en toda la experiencia de su cuerpo, en los siglos de evolución o en la eternidad vivida en el útero). Los únicos sonidos que puede oír son los gemidos de otras víctimas que están sufriendo el mismo indescriptible tormento. Puede que los sonidos no signifiquen nada para él. El bebé no cesa de llorar; sus pulmones, que no están acostumbrados al aire, se sobreesfuerzan con la desesperación que hay en su corazón. No acude nadie. Confiando en la perfección de la vida, como debe hacer por naturaleza, efectúa el único acto que puede hacer, llorar. Hasta que, después de haber pasado un tiempo que para él es una eternidad, se duerme agotado.

Más tarde se despierta en el vago terror que le produce el silencio, la inmovilidad. Se echa a llorar. Todo su cuerpo, desde la cabeza hasta la punta de los pies, está embargado por un ardiente anhelo y

deseo, por una intolerable impaciencia. Respira con dificultad y chilla hasta sentir que su palpitante cabeza está a punto de estallar. Lloro hasta que el pecho y la garganta le duelen. Ya no puede soportar más el dolor y sus sollozos se van apagando hasta calmarse. Ahora se pone a escuchar. Abre las manos y las vuelve a cerrar apretando los puños. Mueve la cabeza de un lado a otro. Nada parece ayudarle. El sufrimiento es insoportable. Se echa de nuevo a llorar, pero supone demasiado esfuerzo para su dolorida garganta y al cabo de poco vuelve a callarse. Tensa su atormentado y anhelante cuerpo y siente un poco de consuelo. Agita las manos y patalea con los pies. Se detiene, sufriendo, incapaz de pensar o de tener esperanzas. Se pone a escuchar. De nuevo cae dormido.

Al despertar se hace pipí en los pañales y el suceso le distrae de su tormento. Pero el agradable acto de orinar y la cálida, húmeda y fluida sensación que siente en la parte inferior de su cuerpo desaparecen rápidamente. El calor se inmoviliza ahora y se vuelve frío y pegajoso. El pequeño patalea, tensa el cuerpo, llora a lágrima viva. Desesperado a causa del intenso deseo de contacto que le acucia, rodeado de un entorno inerte, húmedo e incómodo, expresa llorando desconsoladamente su infelicidad hasta que se tranquiliza con su solitario sueño.

De pronto, alguien lo levanta; vuelve a creer que va a obtener aquello que tanto desea. Le sacan el pañal. Se siente aliviado. Unas manos vivas le tocan la piel. Levantándole los pies, le envuelven el bajo vientre con otro paño seco y sin vida. Al cabo de un momento es como si las manos y el pañal húmedo no hubieran existido nunca. No hay ningún recuerdo consciente, ninguna chispa de esperanza. Se encuentra en medio de un vacío insoportable, eterno, inmóvil y silencioso, lleno de un intenso, intensísimo deseo de vital contacto. Su *continuum* intenta utilizar las medidas de emergencia de que dispone, pero todas están concebidas para unir los breves espacios de tiempo en los que permanecerá sin recibir el trato correcto o para pedir consuelo a alguien (que se supone) que desea dárselo. Su *continuum* no tiene ninguna solución para una situación tan extrema. Esta supera su vasta experiencia. La naturaleza del bebé, aunque el pequeño sólo haga algunas horas que respire, ha llegado a tal punto de desorientación que la situación supera a

la fuerza salvadora de su poderoso *continuum*. La experiencia vivida en el útero ha sido la que probablemente más se acercará de todas al estado de bienestar que, de acuerdo a sus expectativas innatas, tendría que experimentar durante toda su vida. Su naturaleza se basa en la suposición de que su madre se está comportando correctamente y de que las motivaciones que la impulsan y las consiguientes acciones se beneficiarán sin duda unas a otras.

Alguien llega y lo levanta deliciosamente en medio del aire. Vuelve a la vida. Lo llevan de una manera demasiado delicada para su gusto, pero al menos experimenta algún movimiento. Después se encuentra en su lugar. Todo el sufrimiento que ha padecido ahora ya no existe. Descansa en unos brazos que lo envuelven y, aunque su piel al entrar en contacto con la ropa de la madre no le envíe ningún mensaje de encontrar consuelo ni sienta el contacto de una piel viva, sus manos y su boca le comunican que se sienten bien. El positivo placer que produce la vida, el estado normal para el *continuum*, es casi completo. El sabor y la textura del pecho materno están presentes, la cálida leche fluye a su hambrienta boca, oye los latidos de un corazón que debería haber sido su vínculo, el sonido que le confirma la continuidad de la existencia vivida en el útero; las formas moviéndose anuncian con claridad que hay vida. El sonido de la voz también es correcto. Sólo hay algo que falta en la ropa y en el olor que percibe (la madre se ha puesto colonia). El bebé succiona la leche y cuando está lleno y con las mejillas sonrosadas, se queda dormido.

Al despertar, se encuentra en un infierno. No tiene ningún recuerdo, esperanza ni pensamiento de la visita que le ha hecho su madre que pueda tranquilizarle en este inhóspito purgatorio. Las horas, los días y las noches van transcurriendo. El bebé se echa a llorar, queda agotado, cae dormido. Se despierta y se hace pipí en el pañal. Ahora este acto ya no le resulta agradable. El efímero placer que le producen sus aliviadas tripas se torna en un dolor cada vez más punzante cuando la orina caliente y ácida entra en contacto con su irritada piel. Chilla; sus cansados pulmones necesitan gritar para no sentir el doloroso escozor. Lloro hasta que el dolor y el llanto lo agotan, hasta caer dormido.

En este hospital, que es de lo más normal, las ocupadas enfermeras cambian los pañales de los recién nacidos a unas determinadas horas, tanto si están secos como si hace poco o mucho que están húmedos, y mandan a los bebés a sus casas totalmente escaldados para que los cuide alguien que tenga tiempo para ello.

El bebé, cuando se traslada al hogar de su madre (sin duda no puede decirse que sea el hogar del pequeño), ya conoce a fondo cómo es la vida. A un nivel preconsciente que determinará todas sus impresiones posteriores, al igual que las determina ahora, sabe que la vida es insoportablemente solitaria, que no responde a sus señales y que está llena de sufrimiento.

Pero aún no se ha rendido. Su fuerza vital intentará siempre recuperar el equilibrio mientras haya vida en él.

El hogar en el que se encuentra sólo se diferencia de la unidad de neonatología de la maternidad en que ahora no tiene la piel irritada. Durante las horas en las que el bebé está despierto, anhela, ansia el contacto físico y espera interminablemente que el silencioso vacío sea reemplazado por la situación correcta. Durante algunos minutos al día su intenso deseo cesa momentáneamente, y la terrible necesidad de su piel de ser tocada, sostenida y movida es satisfecha. Su madre es la persona que, después de habérselo pensado mucho, ha decidido dejarle acceder a su pecho. Ella lo quiere con una ternura que nunca antes había sentido. Al principio, a la madre le resulta difícil dejar a su hijo en la cuna después de haberle dado el pecho, sobre todo porque él se echa a llorar desconsoladamente. Pero está convencida de que debe hacerlo, ya que su madre le ha dicho (y ella debe saberlo) que si ahora le hace caso lo malcriará, y más tarde su hijo le causará problemas. Ella desea hacerlo todo correctamente; por unos momentos siente que la pequeña vida que sostiene entre sus brazos es más importante que cualquier otra cosa en el mundo.

Suspira y deja suavemente a su hijo en la cuna, decorada con patitos amarillos a juego con la habitación. Ha puesto mucho esfuerzo para decorarla con unas cortinas suaves y sedosas, una alfombra en

forma de un enorme oso panda, un tocador blanco, una bañera y un vestidor equipado con polvos de talco, aceite, jabón, champú y un cepillo, todo fabricado y envasado con colores especiales para bebés. La pared está decorada con imágenes de crías de animales vestidas como personas; los cajones de la cómoda, llenos de camisitas, peleles, patucos, gorritos, mitones y pañales. Sobre la cómoda, colocados de lado en un cautivador ángulo, hay un corderito de peluche y un jarrón con flores recién cortadas, ya que a su madre también le "encantan" las flores.

Ella le estira la camisita y lo arropa con una sábana bordada y una manta decorada con las iniciales del pequeño. Ella lo contempla llena de satisfacción. Ella y su marido no han reparado en gastos para decorar la habitación de su bebé a la perfección, aunque no hayan podido comprar aún los muebles que han elegido para el resto de la casa. Se inclina para besarle la sedosa mejilla y se dirige hacia la puerta mientras el primer agonizante chillido hace estremecer el cuerpo del bebé.

Cierra con suavidad la puerta de la habitación. Le ha declarado la guerra. Su voluntad debe imponerse a la de su hijo. A través de la puerta oye un sonido parecido a alguien que es torturado. El sentido de su *continuum* lo reconoce como tal. La naturaleza no envía unas señales claras de que alguien está siendo torturado a no ser que sea éste el caso. *La tortura es precisamente tan seria como suena.*

La madre duda, su corazón desea volver con su hijo, pero se resiste y se aleja. Acaba de cambiar y alimentar a su bebé. Como está segura de que no necesita realmente nada, lo deja llorar hasta que el pequeño se queda agotado.

El se despierta y se echa a llorar de nuevo. Su madre entreabre la puerta para asegurarse de que el pequeño está bien. Después vuelve a cerrarla con suavidad para que su hijo no piense que va a recibir la atención que está pidiendo. Después se apresura a volver a la cocina para reanudar lo que estaba haciendo y deja la puerta abierta para poder oír a su hijo *por si le ocurriera algo.*

El llanto del bebé se va transformando en temblorosos gemidos. Al no recibir ninguna respuesta, la fuerza del móvil de la señal se pierde en la confusión de un estéril vacío al que el consuelo tendría que haber llegado hace mucho tiempo. El bebé mira a su alrededor. Más allá de las barras de la cuna hay una pared. La luz es tenue. No puede darse la vuelta. Sólo ve los barrotes, inmóviles, y la pared. Oye los sonidos sin sentido de un mundo lejano. Cerca no hay ningún sonido. Contempla la pared hasta que los ojos se le cierran. Al volver a abrirlos, los barrotes y la pared siguen exactamente en el mismo lugar que antes con la única diferencia de que ahora la luz es más tenue.

Entre la eternidad que pasa contemplando los barrotes y la pared pasa otra eternidad mirando los barrotes de ambos lados, así como el lejano techo. A lo lejos, a un lado, observa formas estáticas que siempre están ahí.

Hay momentos en los que siente algún movimiento y algo cubriéndole los oídos, un sonido apagado y un montón de ropa sobre él. Cuando esto ocurre, puede ver desde el interior la esquina blanca de plástico del cochecito y a veces, cuando está boca arriba, el cielo, el interior de la capota del cochecito y, de vez en cuando, grandes bloques de casas deslizándose a lo lejos. Ve también las lejanas copas de los árboles que tampoco tienen nada que ver con él, y a veces personas mirándole que hablan normalmente entre ellas o en ocasiones con él.

Más a menudo, estas personas agitan un objeto que hace ruido frente a él y el bebé siente, al estar tan cerca, que se encuentra cerca de la vida y alarga la mano y agita los brazos deseando encontrarse en su lugar. Cuando le acercan el sonajero a la mano, lo coge y se lo mete en la boca. Pero no recibe la sensación que estaba esperando. Agita las manos y el sonajero vuela por los aires. Una persona se lo vuelve a traer. Como desea que esta prometedora figura regrese, se dedica a arrojar el sonajero o cualquier otro objeto que tenga a mano mientras el truco funcione. Cuando ya no se lo devuelven más, se dedica a mirar el vacío cielo y la capota del cochecito.

Cuando llora en el cochecito, a veces es recompensado con signos de vida. Su madre mueve el cochecito porque ha aprendido que esto tiende a hacerle callar. Su intenso deseo de movimiento y experiencias, todo aquello que sus antepasados tuvieron en sus primeros meses de vida, se calma un poco cuando su madre mueve el cochecito, lo cual de una manera muy pobre le ofrece al menos alguna experiencia. Como no asocia las voces que oye a su alrededor con nada que le ocurra a él, tienen muy poco valor porque no anuncian que vayan a colmar sus expectativas. Sin embargo, son más gratificantes que el silencio que reinaba en la maternidad. El cociente de la experiencia de su *continuum* está casi a cero; su principal experiencia real es la del deseo.

Su madre lo pesa con regularidad y se siente orgullosa del progreso de su hijo.

Las únicas experiencias útiles corresponden a los pocos minutos al día que le permiten estar en brazos y algunas otras pequeñas experiencias vividas de manera irregular que le sirven para sus otras necesidades y que se van agregando a sus cuotas. Mientras el bebé está en el regazo de su cuidadora, puede acercarse corriendo un niño gritando y añadir la emoción de crear un poco de acción a su alrededor mientras el bebé se siente seguro. El pequeño oye el agradable zumbido del motor del automóvil mientras es zarandeado plácidamente en el regazo de su madre cuando el tráfico se detiene y cuando vuelve a circular. Oye ladridos de perros y otros ruidos repentinos. Aunque algunos no perturben al bebé mientras está en el cochecito, otros en cambio le asustarían si no estuviera en brazos.

Los objetos a su alcance sirven para imitar aquello que al niño le está faltando. La tradición dicta que los juguetes consuelan a los bebés que están sufriendo, pero de algún modo lo hacen sin reconocer el sufrimiento de los mismos.

En primer lugar, está el osito o cualquier otro muñeco suave similar que sirve *para dormir*. Está concebido para dar al bebé la sensación de tener un constante compañero. El intenso cariño que a veces un niño acaba sintiendo por él se considera un encantador capricho infan-

til en vez de verse como la manifestación de una grave carencia afectiva que le ha llevado a aferrarse a un objeto inanimado en su necesidad de encontrar un compañero que no le abandone. Los cochecitos con juguetes que suenan y las cunas que se balancean son otra pobre imitación. Pero el movimiento sustituye de una manera tan pobre y tosca el movimiento que un niño experimenta mientras su madre lo transporta, que satisface muy poco el intenso deseo del solitario bebé. A parte de ser inadecuado, suele también ser infrecuente. Están también los juguetes que se cuelgan en las cunas y los cochecitos que suenan, tintinean o repiquetean cuando el bebé los toca. La habitación del bebé se suele adornar con móviles de vivos colores, un nuevo objeto que el pequeño puede contemplar aparte de las paredes. Los móviles atraen su atención, pero sólo se cambian de vez en cuando y no llegan a llenar la necesidad que tiene el niño para su desarrollo de disfrutar de una variada experiencia visual y auditiva.

A pesar de su escasez, los objetos que se mueven, balancean, suenan, tintinean y que poseen vivos colores no se desperdician. El *continuum*, que siempre está esperando satisfacer sus expectativas, acepta cualquier porción o fracción de ellas que pueda recibir. Aunque esta experiencia llegue por rachas y con poca frecuencia, y no esté combinada como la experiencia de un bebé *continuum* (cuando la madre lo lleva encima, las imágenes, sonidos, movimientos, olores y sabores que el niño capta actúan sobre sus expectantes sentidos en un patrón armonioso al igual que ocurrió con nuestros antepasados comunes), y aunque algunas experiencias se repitan con relativa frecuencia y otras no lleguen a ocurrir, esto no impide que el bebé las acepte como un material adecuado. La fluida continuidad de la experiencia, que se manifiesta en el tiempo de modo horizontal y vertical, engaña a nuestros sentidos apareciendo como una única operación. Pero puede verse que cada componente actúa por separado, para que cualquier siguiente necesidad de una línea de desarrollo en concreto pueda ser reconocida y, si es suficientemente satisfecha, dar paso a la siguiente necesidad de esa línea. Se puede demostrar que los detalles de la conducta que parecen mantener una relación de causa y efecto están motivados independientemente.

Este hecho puede verse con más claridad quizás en la satisfacción de las necesidades conductuales de otros animales cuyas expresiones no son inhibidas por la necesidad de dar una explicación racional por hacer aquello que se sienten impulsados a hacer.

Una mona capuchina que traje de mi primera expedición se dedicaba a comer su plátano (pelado y entregado por mí) como si le gustara mucho, y, después, con una expresión de no hacer nada en particular, envolvía lo que le quedaba en una servilleta de papel como si no fuera consciente de lo que sus manos estaban haciendo. Luego caminaba alrededor de la zona adoptando la postura de un casual paseante, descubría de pronto el misterioso paquete y, mostrando una creciente excitación, rompía el papel para descubrir lo que guardaba. ¡Y quién lo iba a decir! ¡Dentro había un plátano medio comido! ¡Cáspita! Pero entonces la farsa perdía fuerza. Como había acabado de comer, no podía abalanzarse sobre su presa. Entonces volvía a envolver el preocupante plátano con los pedacitos de la servilleta rota y empezaba de nuevo la actuación. Me convenció de que su impulso, su necesidad de buscar y abrir objetos que contuvieran comida, como pieles de frutas y cáscaras de frutos secos, era algo totalmente distinto e independiente de su impulso de comer. Yo había eliminado, con toda la buena intención del mundo, el acto de cazar y descascarillar de la secuencia que la naturaleza había siempre exigido a sus antepasados en evolución (y que hubiera satisfecho sus expectativas experienciales). Pensé que *le estaba haciendo un favor*. Pero en aquella época yo no comprendía el *continuum*. La mona siguió primero su primer impulso y después ingirió la comida. A medida que aquel impulso disminuía al sentirse saciada, el siguiente impulso más fuerte empezó a destacar. Ella deseaba cazar. Pero las condiciones no eran propicias para ello, ya que el plátano estaba pelado y era visible. Su solución fue crear el escenario y salir a cazar. Mientras deshacía el paquete no fingía estar excitada. Estoy segura de que su frecuencia cardíaca había aumentado y que mostraba todas las indicaciones fisiológicas de estar esperando realmente algo, aunque el supuesto objetivo de aquella expectativa, el comer, ya hubiera sido alcanzado. Al igual que cada componente de la experiencia del *continuum* es causa,

efecto y objetivo al mismo tiempo, el verdadero propósito de la conducta de cazar era satisfacer la necesidad de la propia experiencia de cazar.

El objetivo de la vida es la vida misma; el objetivo del bienestar es fomentar una conducta que produzca sensación de bienestar. El objetivo de la procreación es crear procreadores. El efecto circular, en vez de ser tan inútil que resulta decepcionante, es el mejor y el único de todos los efectos posibles. El que nuestra naturaleza se complete a sí misma es lo que hace que sea *buena*, aunque *buena* sea un término relativo. Con relación al potencial humano, es la mejor de todas las alternativas posibles.

Hay numerosos ejemplos humanos de conductas que satisfacen sus propias necesidades en una secuencia que excluye cualquier otro propósito. Con más frecuencia que de lo contrario, son unas necesidades de la experiencia del *continuum* que se han excluido de la secuencia original a causa de un patrón cultural, por orden del intelecto, porque representan una pérdida de tiempo o debido a la incompetencia o a la maldad. Más adelante trataré a fondo algunas de estas expresiones, pero un ejemplo muy parecido al de la mona es el fenómeno de cazar no para comer sino como deporte. Los hombres que pueden pagárselo, gastan los restos de sus impulsos de hacer actividades manuales en los campos de golf, en el taller que se han montado en casa o en el deporte de la vela; los menos afortunados se contentan cuidando el jardín, iniciando proyectos de bricolaje, construyendo objetos en miniatura y cocinando por afición. Las mujeres, normalmente las que no han podido ni siquiera ser amas de casa, los gastan en tapicería, bordado, flores, té o colaborando en un montón de pequeños trabajos benéficos en hospitales con una dotación insuficiente de personal, en organizaciones que recogen ropa usada o en comedores benéficos.

El bebé va almacenando cada experiencia positiva que va adquiriendo, por pequeña que sea, independientemente de su secuencia o de lo incompleta que sea. Sin embargo, al final del proceso de acumular experiencias, ha de poseer la mínima cantidad requerida de cualquier experiencia para poder usarla como base para la siguiente serie de expe-

riencias. Si no ha alcanzado la cantidad necesaria, las experiencias de la siguiente etapa, aunque ocurran mil veces, no contribuirán a la maduración del individuo.

Mientras va almacenando cualquier vestigio de experiencia, el bebé privado de estar en contacto con el cuerpo de su madre desarrolla también una conducta compensadora para aliviar su tortura. Patalea con toda su fuerza para mitigar el hormigueo de su ansiosa piel, agita los bracitos, mueve la cabeza de un lado a otro para embotar sus sentidos y agarrota el cuerpo y dobla la espalda tensándola lo máximo posible para no sentirla. Descubre que el pulgar le produce un cierto placer porque calma un poco el incesante deseo de su boca. Pero en realidad se lo chupa pocas veces, porque al alimentarlo lo suficiente como para satisfacer su apetito, sólo necesita chuparse el dedo cuando desea comer antes de la hora fijada. Normalmente se limita a meterse el dedo en la boca para aplacar el insoportable vacío, la eterna soledad y el sentimiento de que el centro de todo se encuentra en otro lugar.

Su madre lo consulta con su propia madre y su progenitora le cuenta la repetida historia de que chuparse el dedo puede estropear la posición de los futuros dientes. Preocupada por el bienestar de su hijo, le cubre los dedos con un producto disuasorio de sabor amargo y cuando el bebé, movido por su imperiosa necesidad, sigue chupándose un pulgar, ella le ata las muñecas a los barrotes de la cuna. Pero más tarde descubre que al girar su hijo con tanta frecuencia los brazos para intentar desatarlos, ha retorcido los nudos y ahora éstos han empezado a restringirle la circulación de una de las manos y pronto le ocurrirá lo mismo con la otra. La batalla sigue hasta que la madre le comenta el problema al dentista. Éste le asegura que su madre le ha aconsejado mal, y deja que el bebé disfrute de su pequeño consuelo. Al cabo de poco, el niño aprende a sonreír y gorjear cuando alguien se acerca lo bastante como para ser señalado. Si esa persona no lo coge en brazos pero le presta algún tipo de atención apreciable, el bebé sonríe y chilla para obtener más atención. Si es cogido en brazos, la misión de sonreír es alcanzada y vuelve a hacerlo sólo para alentar otra nueva conducta agradable en su

compañero, como que le divierta con algún sonido, le cosquillee en la barriguita, le haga botar sobre una rodilla o juegue a pellizcarle la nariz.

Como cuando la madre se acerca a su hijo éste le sonrío para animarla a hacerle algo nuevo, ella está convencida de que es la querida mamá de un bebé feliz. La amarga tortura que el pequeño vive el resto del tiempo en el que está despierto no le crea ningún sentimiento negativo hacia su madre, al contrario, hace que se sienta más desesperado por estar con ella.

Con la maduración del bebé y de sus facultades cognitivas, el pequeño aprende a reconocer que su madre se comporta de una manera distinta cuando tiene que cambiarle los pañales. Ella lanza un claro sonido de disgusto. Gira la cabeza hacia un lado mostrando que no le gusta limpiarle ni hacer que él se sienta cómodo. Mueve las manos bruscamente e intenta tocar su piel lo menos posible. Lo mira con frialdad y no le sonrío. A medida que el bebé va interpretando esta actitud con más agudeza, el placer que siente cuando su madre le cambia el pañal, lo limpia, toca y calma temporalmente la piel que siempre tiene un poco irritada, empieza a mezclarse con una sensación de desconcierto que es la precursora de un sentimiento de miedo o culpa.

El miedo a desagradar a su madre va creciendo con la cognición y la cantidad de acciones suyas que le molestan cada vez es mayor, entre las que se incluyen tirarle del pelo, derramar la comida, babear sobre su ropa (y, misteriosamente, si lo hace sobre determinadas prendas su madre se disgusta más que con otras), meterle los dedos en la boca, tirarle del collar, arrojar el sonajero o el osito fuera del cochecito o tirar sin querer una taza de té al patear.

Al bebé le cuesta relacionar la mayoría de estos actos con la reacción que le muestra su madre. No se ha dado cuenta de que la taza se ha caído ni comprende por qué cuando le tira del collar ella lo trata de pronto como si fuera odioso. Tampoco sabe que le está manchando la ropa al babear y sólo se da cuenta levemente de que al volcar el bol de avena para llamar la atención, provoca la reacción equivocada. Pero siente que esto es mejor que no recibir ninguna atención y decide tirar-

lo de un golpe del aparato en el que ahora está atrapado mientras le dan de comer. Cuando la madre intenta darle la comida con una cuchara, agita los bracitos y la golpea chillando para intentar convertir aquel momento en una situación más satisfactoria. Desea experimentar la sensación de bienestar que debería encontrar en alguna parte de los ingredientes: la presencia de su madre, la comida y él. Pero a pesar de sus señales, no la recibe. En su lugar, cambia la atención que ella le estaba prestando por un tipo de rechazo que, con el paso del tiempo, le resultará más fácil de interpretar, a diferencia de todas las eternidades pasadas que no supo entender en las que no cuidaron de él. La falta de atención y el intenso deseo que sintió se han convertido ya en unas cualidades fundamentales de la vida. Nunca conoció nada más. La única realidad que existe para él es que no cesa de desear algo y que los demás se lo niegan, no le responden o se oponen a ello. Aunque esta situación pueda continuar durante toda su vida, es posible que no la note por la simple razón de que no puede concebir ningún otro tipo de relación entre uno mismo y los demás.

Las experiencias de la etapa de estar en brazos que se ha perdido, el consiguiente espacio vacío que ha quedado en su vida que debería estar ocupado por sus sentimientos de confianza y su indescriptible estado de alienación condicionarán e influirán en todo aquello en lo que él se irá convirtiendo a medida que vaya creciendo al borde del abismo en el que podría haber florecido un rico sentido del yo. Pero es necesario comprender que en su primera infancia no hay ningún mecanismo que pueda tener en cuenta a una madre inadecuada con un *continuum* que no funciona, a una madre que no responde a las señales de su bebé y que no ha sido preparada para satisfacer las expectativas de su hijo sino para ir en contra de ellas. Más tarde, a medida que su intelecto se va desarrollando, él puede *comprender* que los intereses de su madre y los suyos están enfrentados, y mientras va creciendo posiblemente se esfuerce por comportarse de manera independiente para salvarse. Pero en el fondo nunca podrá llegar a creer del todo que su madre no lo ame incondicionalmente, sólo porque él existe, aunque pregone a los cuatro vientos que quien mejor lo sabe es él. Toda la evidencia que le demues-

tra lo contrario, toda la comprensión intelectual que él tiene de los hechos, todas sus protestas y el rechazo que siente hacia su madre y los actos de rebelión contra ella basados en las evidencias de la postura adversa que su madre adopta hacia él no pueden liberarle de su innata suposición de que ella lo ama, de que de algún modo debe amarlo a pesar de todo. El *odio* hacia una madre —o hacia una figura materna— es la expresión de haber perdido la batalla para liberarse de esa idea.

Poder ser cada vez más independiente y madurar emocionalmente procede en gran parte de la relación que se ha mantenido durante la etapa de estar en brazos en todos sus aspectos. Por tanto, uno sólo puede independizarse de su madre a través de ella, por medio del papel correcto que ésta desempeña, brindándole la experiencia de la etapa de estar en brazos y permitiéndole que se gradúe plenamente en ella. Pero es imposible liberarse de una madre *no-continuum*. La necesidad de estar con ella sigue. Uno sólo puede debatirse en el anzuelo, como el *ateo* que agita el puño ante el trono de Dios en los cielos gritando *¡No creo en ti!*, y lanza blasfemias que sólo vale la pena pronunciar porque toman el nombre de Dios en vano.

La Organización Mundial de la Salud encargó al doctor John Bowlby, de la Tavistock Clinic de Londres, un informe sobre el destino de *los niños sin hogar en su tierra natal* con relación al estado de salud mental que presentaban⁴. Los sujetos investigados eran los casos más extremos de cada país que habían sido privados del amor de una madre, y había miles de casos. La información reunida por sus colaboradores cubría muchos años y situaciones: niños que habían vivido en instituciones desde la primera infancia o en hogares de acogida; niños desatendidos por sus padres; bebés y niños que habían estado en hospitales durante unos meses o años críticos para su temprano desarrollo; niños evacuados por la guerra y víctimas de cualquier tipo de circunstancia que no habían podido mantener ni siquiera el exiguo grado de contacto con la madre conocido como normal.

⁴ J. Bowlby, *Maternal Care and Mental Health*, OMS, 1951.

En el estudio se eliminó todo cuanto no fuera la causa de *una carencia afectiva por falta de cuidados maternos* sólo después de haber examinado minuciosamente las evidencias. Las descripciones y estadísticas del informe revelaron una imagen horrenda de torturas personales que iba mucho más allá de lo que la mente humana es capaz de concebir y narra la vacía vida que sigue a esas privaciones, el *carácter frío* de la mayoría de quienes habían sufrido grandes carencias afectivas, de aquéllos que habían perdido para siempre la capacidad de cogerle cariño a algo, es decir, de conocer el valor de la vida misma. Describe los tormentos de los que siguen luchando por obtener la medida de amor que les pertenece por derecho natural, mintiendo, robando, atacando brutalmente o aferrándose con la intensidad de una sanguijuela a una figura materna, volviendo a una conducta infantil con la esperanza de que por fin lo traten como al bebé que sigue viviendo en su interior sediento de recibir la experiencia que no ha tenido. Contiene la perpetuación de esas personas desesperadas que al tener hijos a los que no pueden amar los crían de tal forma que éstos se vuelven como ellos, autodestructivos, antisociales, incapaces de dar, destinados a estar hambrientos para siempre.

Para cualquiera que dude de ello, constituyen unas detalladas e irrefutables evidencias, ejemplos y pruebas de que la experiencia de la primera infancia tiene una importancia capital en la personalidad humana. La extrema naturaleza de estos casos no es más que una lupa a través de la cual podemos ver con más claridad las carencias afectivas y los efectos que conllevan del más amplio, variado y sutil campo del que se compone la normalidad. Estas carencias "normales" están en la actualidad tan enredadas con el tejido de nuestra cultura que apenas se perciben, salvo cuando llegan al extremo de manifestarse a nuestra costa y ponernos en peligro (a través de la violencia, la locura y el crimen, por ejemplo) e incluso entonces se las considera sin apenas entenderlas.

Desde que el intelecto, con el montón de teorías de las que alardea, se encargó de cuidar de los bebés, las vicisitudes que éstos han experimentado han sido numerosas y terribles. Las razones para cambiar o modificar radicalmente la forma de cuidarlos nunca se han parecido

demasiado a las "razones" del *continuum*, y cuando se han dirigido hacia la dirección correcta, pero sin mantener una relación con el principio del *continuum*, han sido incompletas e inútiles. Una de estas teorías se puso en práctica en la unidad de neonatología de una maternidad americana, donde a alguien se le ocurrió transmitir por un altavoz los latidos del corazón a unos bebés que habían sufrido sus primeras tormentas de carencias experienciales. El efecto de esta pequeña contribución fue tan tranquilizador y mejoró tanto la salud de los bebés que el experimento interesó al mundo entero.

Un especialista en el cuidado de bebés prematuros realizó otro experimento similar de manera independiente. Demostró que al mantener las incubadoras en movimiento con una máquina, el desarrollo de los pequeñines mejoraba notablemente. En ambas situaciones, los bebés ganaron peso con más rapidez y lloraron menos.

Harry Harlow efectuó unos experimentos espectaculares que demostraron la importancia que tenían los mimos y abrazos de una madre mona para el desarrollo psicológico de sus crías⁵.

Jane Van Lawick-Goodall⁶, en lo que debe de ser sin duda una de las mayores ironías de todos los tiempos, descubrió más ejemplos inspiradores sobre el cuidado de los bebés en sus amigos chimpancés, cuya conducta, aunque sea otra especie, se parece más a la del *continuum* humano que la de los seres humanos actuales. Al hablar sobre la aplicación de su ejemplo en su propio hijo, escribe: *No lo dejé solo llorando en la cuna. Iba a todas partes con nosotros y aunque su entorno solía cambiar, la relación que mantenía con sus padres siguió siendo estable*⁶. Más tarde dice que su hijo, con cuatro años, es *obediente, está muy alerta y lleno de vida, se mezcla con los adultos tan bien como con los otros niños, es bastante valiente y amable con los demás*. Pero quizás su frase más importante sea: *Además, al contrario de lo que nos habían pronosticado*

⁵ H. F. Harlow, *The Development of Affectioned Patterns in Infant Monkey's* (Brian M. Foss, *Determinants of Infant Behaviour*, Londres, 1961).

⁶ J. Van Lawick-Goodall, *In the Shadow of Man*, Boston, 1971.

muchos amigos nuestros, es muy independiente. Sin embargo, al desconocer los principios subyacentes, ella aísla después su fragmento de verdad de futuros descubrimientos al decir: Pero, por supuesto, lo habría sido de todas maneras aun que lo hubiéramos criado de otro modo muy distinto.

Se podría realizar una esclarecedora investigación sobre la influencia que tuvo el que la Reina Victoria aceptara el cochecito (haciendo que se usara comúnmente) sobre el carácter de las siguientes generaciones y el efecto que ejerció en la vida de las familias occidentales. ¡El invento del cochecito tendría que haber corrido la misma suerte que el parque que vi inventar un día en un pueblo yecuana!

Cuando me fijé en lo que Tududu estaba construyendo ya estaba casi terminado. Se componía de unas ramitas colocadas verticalmente que se habían atado con lianas a un marco cuadrado superior y a otro de inferior, era como la versión de una tira cómica de un parque prehistórico. Tududu había trabajado mucho para construirlo, y al cortar la punta de la última rama que sobresalía parecía estar orgulloso de sí mismo. Buscó a Cananasinyuwana, su hijo, que hacía una semana había empezado a caminar. En cuanto Tududu divisó al pequeño lo alzó y lo metió triunfalmente dentro de su nuevo invento. Cananasinyuwana se mantuvo de pie en el centro desconcertado durante unos segundos, después se dirigió a uno de los lados, se giró, y comprendió que estaba atrapado. Al cabo de unos instantes lanzaba gritando un mensaje de estar aterrado, un sonido que pocas veces se oía en los niños de su sociedad. Era inconfundible. El parque era un error inadecuado para los bebés humanos. El sentido del *continuum* de Tududu, tan fuerte como el de cualquier yecuana, no dudó ni un momento en interpretar los chillidos de su hijo. Lo sacó del parque y dejó que fuera corriendo a lanzarse sobre su madre durante los minutos que necesitó para contrarrestar el *shock* que había sufrido antes de estar listo para volver a jugar. Tududu aceptó el fracaso de su experimento sin ponerlo en duda: después de echar una última mirada a su obra, cogió un hacha y la hizo añicos, y como la madera que había usado era verde, sus esfuerzos matutinos ni siquiera le sirvieron para reunir una pila de leña para el fuego. Sin duda éste no sería el primero ni el último invento de un yecuana, pero

su sentido del *continuum* nunca permitiría que un error tan evidente durara demasiado. Si nuestro sentido del *continuum* no hubiera sido de un modo tan primario una fuerza en la conducta humana para nuestros dos millones de años de estabilidad, no habría sido capaz de contener los peligros inherentes a nuestro intelecto tan desarrollado. Que últimamente haya perdido la fuerza hasta el punto de que la inestabilidad, o *el progreso*, nos parecen el destino más glorioso que jamás hayamos tenido no altera un ápice el hecho de que el sentido del *continuum* sea intrínseco a nuestra propia humanidad. Nosotros hemos evolucionado para ser un Tududu destruyendo el parque, es lo que habríamos seguido siendo si nuestro sentido no se hubiera nublado, si no hubiera sido engañado por aquello que lo desbarató, dejándonos hasta tal punto en la peligrosa ignorancia de las manos del intelecto.

Desarrollo

Cuando el bebé ha recibido plenamente la protección y el estímulo que le brinda la experiencia de la etapa de estar en brazos, puede entonces empezar a desear conocer otra cosa, el exterior, el mundo que está más allá de su madre, sintiéndose seguro de sí mismo y acostumbrado al bienestar que su naturaleza tiende a mantener. El bebé está ansioso por vivir la siguiente serie de experiencias adecuadas. Empieza a gatear y se vuelve a menudo para comprobar que su madre está a su alcance. Al descubrir que ella siempre lo está, se aventura a ir más lejos y cada vez tarda más en regresar a medida que gatea valiéndose de los codos, la parte interior de la pierna y el estómago; luego pasa a gatear con las manos y rodillas, y su creciente agilidad se desarrolla, al mismo ritmo que la curiosidad que siente por el terreno que le rodea, a medida que el *continuum* se la va proporcionando.

La necesidad de contacto físico va disminuyendo rápidamente cuando el bebé ha recibido la cuota de experiencia necesaria, y un bebé, un niño pequeño, un niño o un adulto sólo necesitarán el refuerzo que les proporciona el contacto físico con la madre en los momentos de estrés que superen sus actuales fuerzas. Sin embargo, esos momentos se van volviendo cada vez menos frecuentes, y la independencia crece a una velocidad, profundidad y amplitud que le parecería prodigiosa a cualquiera que sólo haya conocido a niños del mundo civilizado que no han vivido la experiencia completa de la etapa de estar en brazos. A los niños que tienen algunas líneas de desarrollo completadas antes de tiempo y otras que están en cambio esperando completarse, este estado les crea una separación: puede que nunca sean capaces de querer algo sin desear también ser el centro de atención, que no puedan concentrarse en el problema que tienen delante porque una parte suya sigue deseando sentir la ingenua euforia de un bebé que está en brazos de alguien que le soluciona todos los problemas. No pueden usar toda la fuerza y habilidad que están desarrollando porque otra parte suya desea estar como un bebé en brazos. Cada esfuerzo entra en conflicto en cierto grado con el deseo oculto por el fácil éxito de un querido pequeñín.

Un niño con unos sólidos antecedentes de experiencias del *continuum* sólo recurre al consuelo que le proporciona el contacto físico materno en situaciones de emergencia. Un chico yecuauna vino a verme aferrado a su madre y gritando a pleno pulmón porque le dolía una muela. Tenía unos diez años y era siempre tan independiente y servicial que yo había creído que estaba muy disciplinado. Según mi opinión, inspirada en el mundo civilizado, creía que era un maestro en el arte de no expresar sus emociones y, por tanto, pensé que en esta situación haría un gran esfuerzo por no llorar o dejar que sus compañeros lo vieran en aquel estado. Pero era evidente que no intentaba en absoluto ocultar su reacción ante el dolor o su necesidad de recibir el primordial consuelo en brazos de su madre.

Nadie se metió con él, al contrario, todo el mundo lo comprendió. Algunos de sus compañeros de juego se quedaron para ver cómo le sacaba la muela. No tuvieron ningún problema en aceptar el repentino abandono de su valiente carácter cuando él recurrió a su madre con una dependencia infantil; tampoco dieron la menor señal de burlarse ni avergonzarse de él. Su madre se limitaba a estar ahí, a su alcance, mientras él se sometía a la extracción. Cuando le toqué la muela se encogió y gritó con más fuerza aún varias veces, pero nunca se apartó de mí ni me lanzó una mirada de odio por haberle hecho daño. Cuando por fin logré liberar la muela de la encía y taponé el orificio con una gasa, estaba blanco como la cera y se dirigió agotado a su hamaca. Pero aún no había pasado una hora cuando reapareció solo y con las mejillas sonrosadas; había recuperado la serenidad. No me dijo nada, pero me sonrió y estuvo fisgoneando por los alrededores durante unos minutos para mostrarme que se encontraba bien; después desapareció entre los otros niños.

En otra ocasión fue un joven de unos veinte años: yo estaba intentando hacer todo cuanto podía por salvarle el dedo gordo de uno de los pies que empezaba a gangrenarse. Él debía estar sintiendo un terrible dolor. Mientras le limpiaba la herida con un cuchillo de caza, él, sin ofrecer ninguna resistencia, se echó a llorar abiertamente sobre el regazo de su mujer. Mientras hundía la cabeza en su regazo cuando el

dolor era más acuciante o movía la cabeza de un lado a otro al sollozar, su esposa, igual que la madre de aquel chico, se mantuvo totalmente relajada y no se puso en la piel de su esposo sino que permaneció serenamente accesible. El hecho de que medio poblado acabara presenciando la escena no pareció haberle motivado en absoluto a intentar controlarse ni a exagerar el dolor.

Como las mujeres yecuanas viven normalmente con sus madres hasta que éstas fallecen, y los maridos dejan a las suyas para ir a vivir con la familia de su esposa, es muy común ver que la mujer adopta una postura maternal hacia su esposo cuando él atraviesa una situación difícil. La esposa puede recurrir a su propia madre, pero instintivamente da un apoyo maternal a su hombre cuando él lo necesita. También existe la costumbre de que los adultos huérfanos sean adoptados por una familia, los recursos de la cual apenas menguan con ello, ya que el yecuaña adulto ayuda a su nueva familia mucho más de lo que pueda llegar a consumir en ella, y ésta le ofrece a su vez la tácita garantía de darle apoyo siempre. Esta seguridad, aunque nunca llegue a expresarse de viva voz, es un factor estabilizador. Entre los yecuanas, la necesidad de tener un seguro emocional se acepta como parte de la naturaleza humana, necesidad que la sociedad se encarga de honrar. Es otra medida para evitar que cualquiera de sus miembros se vuelva antisocial por la presión que las circunstancias pudieran ejercer sobre su sociabilidad natural. Este respeto por las necesidades del *continuum* de cada individuo es, sin duda, el medio más eficaz para prevenir el crimen.

Con el comienzo del gateo, el bebé empieza a sacar provecho de la fuerza que ha acumulado pasivamente de su experiencia anterior combinada con el desarrollo fisiológico. En general, sus primeras expediciones son breves y cautelosas, y apenas es necesario que la madre o la cuidadora intervengan en sus actividades. Como cualquier otra cría de animal, tiene un gran talento para la conservación y un sentido realista de sus capacidades. Si su madre sugiere a sus instintos sociales que él debe dejar que ella se encargue de velar por él, el niño lo aceptará. Si la madre lo vigila constantemente y lo guía para que vaya adonde ella

piensa que debe ir, si lo detiene y sale corriendo detrás de él cuando el niño desea explorar el mundo, pronto aprende a dejar de ser responsable de sí mismo mientras ella le demuestra qué es lo que espera de él.

Uno de los impulsos más profundos en cada animal humano social es hacer aquello que percibe que se espera de él, lo que no supone que uno tenga que hacer lo que los otros le digan que haga. Sus incipientes capacidades intelectuales son débiles, pero sus tendencias instintivas son tan fuertes tanto en el primer momento de su vida como en el último. La combinación de estas dos fuerzas, una lógica, dependiente del aprendizaje, y otra instintiva, perfectamente versada en la misma clase de conocimiento innato que guía a otros animales a lo largo de su vida — el resultado de su interacción— es el carácter y potencial exclusivamente humanos para una eficiencia instintiva refinada intelectualmente.

El bebé, aparte de su tendencia a experimentar y a ser cauteloso, tiene, como siempre, unas expectativas. Espera recibir la variedad de experiencias de las que sus antepasados gozaron. Espera no sólo disponer de espacio y libertad para moverse en él, sino también tener una variedad de encuentros. Ahora él es más flexible en aquello que espera. Las rigurosas necesidades de la experiencia de la primera infancia se han ido ensanchando durante la etapa de estar en brazos y en las de arrastrarse y gatear, y ahora espera cada vez más recibir experiencias en lugar de situaciones o tratos concretos.

Pero sigue habiendo unos márgenes en los que la experiencia del bebé debe mantenerse para que éstas le sean útiles. El bebé no puede desarrollarse adecuadamente sin el tipo, la variedad de oportunidades y la clase de participación que necesita de los demás. Los objetos, las situaciones y las personas disponibles deben de ser más de las que él puede usar para descubrir y ampliar sus capacidades entre ellos; y naturalmente han de cambiar con el grado y frecuencia adecuados, pero no de manera radical o frecuente. Aquello que es adecuado viene dictado siempre por lo precedente, por el carácter de la experiencia que nuestros antepasados en estado de evolución tuvieron en la primera infancia.

En un pueblo yecuaana, por ejemplo, un bebé en la etapa de gateo con las manos y rodillas puede disfrutar de curiosidades, peligros y asociaciones que superan con creces la cantidad y calidad adecuadas. Cuando hace sus primeras incursiones, lo prueba todo. Evalúa su propia fuerza y agilidad y prueba todo cuanto encuentra, formándose conceptos y haciendo distinciones en el tiempo, espacio y forma. También crea una nueva relación con su madre, que va progresando gradualmente desde tener una dependencia directa de ella hasta conocer su Habilidad y recurrir cada vez menos a ella para recibir apoyo.

Entre los yecuanas, la actitud de la madre o cuidadora de un bebé es dedicarse de forma relajada y atenta a alguna otra ocupación además de cuidar del niño, pero estando receptivos todo el tiempo a la visita del pequeño aventurero que está arrastrándose o gateando. La madre no deja de cocinar ni de hacer cualquier otra tarea a no ser que algo requiera toda su atención. Tampoco recibe al pequeño buscador con los brazos abiertos para tranquilizarle sino que con su serena actitud deja que el bebé disfrute de su persona o se lo lleva colgado de la cadera si tiene que ir a otra parte.

La madre sólo inicia los contactos o contribuye a hacerlos de una manera pasiva. Es el bebé el que la va a buscar y le muestra con su conducta lo que desea. Ella accede a sus deseos plena y gustosamente pero no añade nada más. Él es activo; ella, un agente pasivo. El bebé se acerca a ella para dormir cuando está cansado y para comer cuando está hambriento. Contrasta y refuerza sus exploraciones del ancho mundo recurriendo a ella porque sabe que siempre está disponible.

El bebé no pide ni recibe toda la atención de la madre, ya que no tiene ningún anhelo acumulado, ningún antiguo deseo que roa su devoción al aquí y ahora. Consecuente con el carácter económico de la naturaleza, no desea más de lo que necesita.

Al avanzar sobre las manos y rodillas, un bebé puede moverse a gran velocidad. Cuando estaba con los yecuanas contemplé inquieta cómo un bebé que gateaba avanzaba a toda prisa hacia un hoyo de metro y medio de profundidad que habían cavado en un terreno para

sacar barro con el que construir las paredes de una cabaña, y se detenía en el borde. Mientras progresaba por el terreno, hizo lo mismo varias veces al día. El bebé, con la actitud distraída de un animal pastando por el borde de un precipicio, se caía quedándose sentado cerca de él, pero siempre haciéndolo de cara al hoyo. Ocupado con un palito, una piedra o con los dedos de las manos o los pies, jugaba y rodaba hacia cualquier dirección, dando la impresión de no ser consciente del hoyo hasta que uno se daba cuenta de que iba siempre a parar a todas partes menos a la zona peligrosa. Los mecanismos de conservación que no dirigía el intelecto funcionaban indefectiblemente y, al ser tan precisos en sus cálculos, funcionaban igual de bien a cualquier distancia del hoyo, empezando por el borde mismo. El propio bebé, sin nadie que lo vigilara o, la mayoría de las veces, siendo tenido en cuenta aunque sin ser el centro de atención por un grupo de niños que también jugaba sin que el hoyo les infundiera el menor respeto, se encargó de las relaciones que mantenía con todas las posibilidades de su entorno. La única sugerencia de los miembros de su familia y de la sociedad en la que vivía era que esperaban que él supiera cuidarse solo. Aunque aún no pudiera andar, sabía adonde ir a buscar consuelo si lo deseaba, pero raras veces lo hizo. Si su madre iba al río o a un lejano huerto, solía llevárselo con ella, levantándolo por el antebrazo y contando con su ayuda para que se sostuviera sobre su cadera o en una especie de canguro. Dondequiera que fuera, si dejaba a su hijo en un lugar seguro, esperaba que él supiera mantenerse a salvo sin ser vigilado.

Un bebé no tiene inclinaciones suicidas y posee perfectos mecanismos de supervivencia: desde los sentidos, a un nivel más burdo, hasta lo que parece ser una telepatía cotidiana muy práctica, a unos niveles menos explicables. Se comporta como una cría de animal que no puede recurrir a la experiencia para juzgar algo; elige lo más seguro sin saber que está tomando una decisión. Protege de manera natural su bienestar, su gente así lo espera de él y es capaz de hacerlo a través de sus capacidades innatas y de su etapa de desarrollo y experiencia. Pero esta última es tan escasa a sus seis, ocho o diez meses de edad que, en cualquier caso, ayuda muy poco, y casi nada en situaciones nuevas. Su

instinto es el que vela por su conservación. Pero él ya no es sólo un mamífero convertido en primate, sino que empieza a adquirir determinadas características humanas. Cada día aprende más la cultura de su pueblo. En esta época, empieza a distinguir el papel que el padre y la madre desempeñan en su vida. Su madre sigue representando con firmeza el papel que ha sido hasta ahora el de todos los pueblos: el de una dadora y una cuidadora lo único que espera a cambio es la satisfacción de haber dado. Ella lo cuida simplemente porque él está ahí; la existencia de su hijo es una razón suficiente para garantizarle su amor. La incondicional aceptación de la madre se mantiene constante a medida que el padre del niño va emergiendo como una figura importante interesada en la conducta social que el hijo está desarrollando y en su progreso hacia la independencia. El constante amor del padre tiene el mismo carácter que el de la madre, pero revestido de un matiz de aprobación que depende de la actuación del niño. Así, la naturaleza asegura tanto la estabilidad como el aliciente para ser social. Más tarde, el padre se irá revelando cada vez con mayor claridad como el representante de la sociedad y guiará a su hijo mostrándole con el ejemplo lo que espera de él para que elija comportarse de una manera adecuada en relación a las actividades en las que participará.

Los hermanos, las hermanas y las otras personas empezarán a ocupar distintos lugares en su mundo. Durante algún tiempo habrá un elemento maternal, aunque éste irá disminuyendo en todas las personas que se relacionan con él. Mientras va creciendo hacia la independencia, necesitará que respeten su experiencia y que lo protejan. Continuará enviando señales según sus necesidades, las cuales seguirán siendo irresistibles para sus mayores hasta que desaparezcan con la adolescencia. Mientras tanto, él empezará a captar las tiernas señales de los niños más pequeños y se comportará con ellos de forma maternal mientras emite unas señales similares a los niños más desarrollados y a los adultos de los que él aún depende, según el sistema de vida de su pueblo.

Para los niños, los hombres serán la fuente más importante de inspiración y ejemplo para aprender el papel a desempeñar, ya que así funciona en su sociedad. Las niñas imitarán a las mujeres cuando su

etapa de desarrollo les dicte que la relación ha llegado a un punto en el que el siguiente paso es su participación.

Si las herramientas son difíciles de fabricar, los adultos se las suministrarán. Por ejemplo, un niño es capaz de manejar una canoa o jugar a hacerlo mucho antes de poder tallar una pala para él. Llegado el momento, el niño o la niña recibe una pala más pequeña hecha por un adulto. A los niños, antes de saber hablar, ya les dan flechas y arcos pequeños que les permiten adquirir una valiosa práctica, ya que las flechas son rectas y reflejan con precisión la habilidad de los pequeños.

Presenció los primeros momentos de la vida de una niña en los que empezó a trabajar; tenía unos dos años. La había visto con las mujeres y las niñas jugando mientras otras rallaban mandioca sobre un recipiente. Ahora había decidido coger un trozo de mandioca de una pila y frotarla en el rallador de una niña cercana. El trozo era demasiado grande y se le cayó varias veces al intentar deslizado por la áspera tabla. Su vecina le lanzó una cariñosa sonrisa y le entregó un trozo más pequeño de mandioca, y la madre de la niña, preparada para el inevitable impulso que acababa de manifestarse, le entregó una diminuta tabla de rallar hecha especialmente para ella. La pequeña había visto a las mujeres rallando mandioca desde que tenía uso de razón y enseguida se puso a restregar el trozo de mandioca de arriba a abajo, como las demás.

En menos de un minuto, perdió el interés y se fue corriendo, dejando su pequeño rallador en el recipiente sin que hubiera en él nada de ralladura. Nadie le hizo sentir que su gesto había sido gracioso o una *sorpresa*. En realidad, las mujeres esperaban verlo tarde o temprano, ya que todas están acostumbradas a que los niños se unan a su cultura, aunque el acercamiento y el ritmo de éstos estén dictados por las fuerzas de su interior. Es evidente que el resultado final es un acto social, cooperativo y totalmente voluntario. Los adultos y los otros niños sólo le ayudan con la colaboración y el material que el niño no pueda conseguir por sí mismo. Un niño que aún no sepa hablar es perfectamente capaz de expresar lo que necesita; así, no tiene ningún sentido ofrecerle nada que no le haga falta; *el objetivo de las actividades de un niño, des-*

pués de todo, es desarrollar la independencia. Ofrecerle más o menos ayuda de la que verdaderamente necesita tiende a frustrar el propósito.

Los cuidados, como la ayuda prestada, se prodigan sólo si el niño los pide. El alimento para sustentar el cuerpo y las caricias para alimentar el alma ni se ofrecen ni se niegan, sino que por norma siempre están disponibles de una manera sencilla y elegante. Sobre todo, el niño es respetado como algo bueno en todos los sentidos. No existe el concepto de *niño malo* ni tampoco cualquier distinción hecha con los *niños buenos*. Se supone que un niño es social y no antisocial en sus motivos. Lo que hace es aceptado como el acto de una criatura innatamente *correcta*. Esta suposición de corrección o socialibilidad, como característica inherente a la naturaleza humana, es la esencia de la actitud yecua- na hacia los demás al margen de la edad que uno tenga. También es la piedra angular sobre la que el desarrollo del niño es fomentado por los que se relacionan con él, por sus padres o por otras personas.

Educar, en sentido original, es *dirigir*, pero aunque esto tenga algunas ventajas sobre la interpretación más extendida de *machacar algo para que entre en la cabeza*, ninguno de estos medios es consecuente con las expectativas evolucionadas del niño. Ser dirigido o guiado por una persona mayor equivale a interferir en el desarrollo del niño, ya que lo aleja de su eficaz camino natural para llevarlo a otro que no lo es tanto. *La suposición de una sociabilidad innata* está reñida con la extendida y universal creencia del mundo civilizado de que los impulsos del niño necesitan ser dominados para que éste sea social. Hay quienes piensan que para dominarlo, es mejor razonar con él y suplicarle que *coopere* que las amenazas o los insultos mentales y físicos. Pero la suposición de que la naturaleza de los niños es antisocial, que debe ser manipulada para que pueda ser aceptado socialmente está relacionada con estos dos puntos de vista y con todos los otros más comunes que se encuentran entre ambos extremos. En las sociedades *continuum*, como la yecua- na, si hay algo que sea fundamentalmente ajeno a nosotros es esta suposición de sociabilidad innata. Es partiendo de esta suposición y sus implicaciones que puede entenderse el aparente insalvable espacio que existe entre su

extraña conducta, resultando en un alto grado de bienestar, y nuestros cuidadosos cálculos, con un grado bajísimo de bienestar.

Como ya hemos visto, ofrecer a un niño más o menos ayuda de la que pide es perjudicial para su desarrollo. Las iniciativas exteriores, por tanto, o la guía no solicitada, no son acciones positivas para él, quien no puede hacer más progresos de los que sus propias motivaciones le brindan. *La curiosidad y el deseo de un niño de hacer cosas por sí mismo son la definición de su capacidad para aprender sin sacrificar ninguna parte de su desarrollo. Guiarlo sólo aumentará determinadas habilidades a expensas de otras, pero nada puede aumentar el espectro de sus capacidades más allá de sus límites innatos.* El precio que un niño pagará por ser guiado a aquello que sus padres consideran lo mejor para él —o para ellos— será la disminución de su totalidad. Su completo bienestar, reflejo de aspectos alimentados o insatisfechos, se ve afectado directamente. Sus mayores se esfuerzan por hacer que el niño elija comportarse guiado por el ejemplo que le dan y por lo que el niño percibe que ellos esperan de él, pero no podrán añadir nada a su totalidad si sustituyen los motivos del niño por los suyos o si le dicen *qué es lo que debe hacer.*

Lo ideal es que el ejemplo o la guía que se da a un niño no tenga la intención de influirle sino que signifique que uno está haciendo la tarea que normalmente debe hacer: sin prestar una especial atención al niño y creando una atmósfera de estar ocupado tranquilamente en algo que tiene prioridad, percatándose del pequeño sólo cuando él lo pida y sin hacerlo más de lo necesario. Un niño que tenga todo el complemento de la experiencia de estar en brazos no necesitará pedir más atención de la que requieren sus necesidades físicas, ya que no precisará, a diferencia de los niños del mundo civilizado, que lo tranquilicen para confirmar su existencia o lo adorable que es.

Aplicando el principio en la situación más fácil, una madre del mundo civilizado podría hacer las tareas domésticas con su hija que se interesa por todo cuanto ella hace, pero dejándola barrer el suelo con una escoba pequeña cuando la niña desee hacerlo o quitar el polvo o pasar la aspiradora (si sabe manejar el modelo que hay en su casa) o ayu-

dar a lavar los platos de pie sobre una silla. Los platos que rompa serán muy pocos, y la pequeña no se caerá de la silla a no ser que su madre sea tan clara en sus expectativas de un posible desastre que el impulso social de la niña (a hacer aquello que entiende que se espera de ella) la empuje a hacerlo. Una mirada inquieta, una palabra que transmita lo que la madre está pensando, *¡Que no se te caiga!*, o una "promesa": *¡Ten cuidado! ¡Te vas a caer!*, aunque sea contraria al instinto de conservación y a las tendencias imitativas de la niña, pueden, si uno persiste en ello, acabar por hacer que ella obedezca y se le caiga un plato, se caiga de la silla o le ocurran ambas cosas.

Una de las características únicas del hombre como especie es la capacidad del intelecto de ir en contra de su naturaleza evolucionada. Una vez el *continuum* se ha desbaratado y sus estabilizadores han perdido el equilibrio hasta el punto de la impotencia, las aberraciones aparecen por doquier y con rapidez a medida que el intelecto tiende a hacer más daño que bien con sus consideraciones infundadas, bienintencionadas y unilaterales sobre la incalculable cantidad de factores relevantes a cualquier conducta.

Uno de los resultados más curiosos de la pérdida de fe en el *continuum* es la capacidad de los adultos de hacer que sus hijos huyan de ellos. Nada podría ser tan cercano al corazón del *continuum* de un bebé que mantenerse cerca de su madre en territorio desconocido. Todos nuestros parientes mamíferos, los pájaros, los reptiles, así como los peces son seguidos por sus crías, ya que sin duda a éstas les conviene hacerlo. Un niño pequeño yecwana tampoco soñaría con alejarse de su madre en un sendero del bosque, ya que ella no se da la vuelta para comprobar si él la está siguiendo; ni tampoco le sugiere que él pueda elegir hacer otra cosa o que la labor de su madre es asegurarse de que se mantengan juntos; ella se limita a reducir el ritmo de su paso a uno que su hijo pueda mantener. Sabiéndolo, el pequeño se echará a llorar si no puede seguirlo por una razón u otra. Una pequeña caída en la que pueda levantarse por sí solo y correr un poco para recuperar los segundos perdidos raras veces acaba mereciendo siquiera aquella llamada de socorro. La actitud de la madre le muestra que ella es práctica, pero que

será paciente si tiene que esperarlo. Sabe que él no tardará más tiempo del dignamente necesario para poder seguir recorriendo juntos el camino. Ella no lo juzga. Su suposición de la innata sociabilidad del pequeño actúa con la tendencia de su hijo a hacer lo que percibe que su madre espera de él. Tanto si el niño se detiene como si avanza, esta suposición básica sigue sin cambiar ni ser cuestionada.

No obstante, a pesar de los millones de años de precedentes y de los consecuentes ejemplos de nuestros compañeros los animales y todavía de algunos de nuestros compañeros los hombres, hemos logrado convencer a nuestros pequeños de que se escapen.

Tras la cuarta expedición, me sorprendió ver en el Central Park de Manhattan un gran número de adultos persiguiendo a niños pequeños. Vi a madres y niñeras como locas, con los brazos en jarras en una postura poco favorecedora, alargando las manos y suplicando con voz estridente a los pequeños fugitivos con unas amenazas poco convincentes que volvieran en el acto. Intentaban distraerse de aquello que les destrozaba los nervios conversando unas con otras en los bancos del parque mientras llamaban al niño a su cargo que se estaba acercando a los límites de la distancia permitida; o las mujeres se levantaban de un salto para perseguir a los descarados fugitivos que, habiendo entendido las reglas del juego, tomaban el primer momento en el que la vigilancia se relajaba como la señal para echar a correr.

Una simple sugerencia como *¡No vayas adonde no pueda verte!* pronunciada con un ligero tono de aprehensión produce mucho trabajo en los departamentos de niños desaparecidos y, cuando se mezcla con un *¡Ten cuidado, te vas a hacer daño!*, promete una buena cantidad de ahogamientos, caídas y accidentes viales. El pequeño rival, consciente la mayor parte del tiempo de jugar el papel que se espera de él en esta batalla de voluntades emprendida contra su cuidadora, no mantiene un equilibrio responsable con su entorno y, además, su sistema de conservación está dañado. Por eso se ve obligado, de forma inconsciente, a seguir la absurda orden de lastimarse a sí mismo. Sin embargo, si se des-

pierta en el hospital, no se sorprenderá demasiado al enterarse de que un coche lo ha atropellado, ya que su cuidadora *VIP* le había prometido muchas veces que le iba a ocurrir.

El inconsciente no razona. Su mecanismo para convertir la experiencia en hábito, para automatizar la conducta repetida a fin de liberar la mente consciente, para estabilizar y mantener, para catalogar y reenviar la información es demasiado para una facultad tan poco fiable como la de la razón, su propia antítesis. El inconsciente es demasiado perspicaz como para creer que lo que esa persona le dice es cierto cuando su voz y sus acciones lo contradicen. Un niño puede comprender el razonamiento de la cuidadora e incluso razonar como ella y, en cambio, tener el impulso de comportarse de la forma contraria. Es decir, tenderá más a hacer aquello que *siente que se espera de él* que lo que se le pide que haga. Sus ansias crónicas e insatisfechas de ser aceptado por su madre pueden reforzar hasta el punto de la autodestrucción su necesidad de hacer lo que siente que su madre o los otros adultos esperan. Un niño *continuum* tendrá sus tendencias innatas en activo para hacer lo adecuado, como imitar, explorar, examinar, no lastimarse ni hacer daño a los demás, refugiarse de la lluvia, hacer ruidos y expresiones agradables cuando la gente se comporte correctamente, responder a las señales que envían los niños de menor edad, etc.; pero un niño con carencias o uno del cual se espere un comportamiento antisocial, puede transgredir su sentido innato de lo adecuado según el grado en que sus necesidades y su sensibilidad a las expectativas de los demás hayan sido transgredidas.

Los recursos familiares de alabar o criticar causan estragos en los niños, en especial en los más pequeños. Si el niño hace algo útil, como vestirse solo, dar de comer al perro, ofrecer un ramito de flores silvestres o moldear un cenicero con un trozo de barro, nada puede ser más desalentador que una expresión de sorpresa por el hecho de haberse comportado sociablemente: *¡Oh, qué niña más buena! ¡Mira lo que Laura ha hecho ella solita!* y exclamaciones parecidas que implican que la sociabilidad no es esperada, característica ni habitual en el niño. El intelecto de la pequeña puede que se sienta contento, pero ella tendrá la desazonadora sensación de no haber hecho lo que se esperaba de ella,

aquello que realmente hace que forme parte de su cultura, tribu y familia. Incluso entre los mismos niños, una frase como *¡Caramba, fíjate en lo que María ha hecho en la escuela!*, pronunciada en tono de asombro, hará que María se sienta incómodamente apartada de sus compañeros de juego, como si hubieran dicho en el mismo tono *¡Caramba, qué gorda está María!*, o delgada, alta, baja, inteligente, estúpida, pero de algún modo no es como se esperaba que debiera ser. Las acusaciones, en especial si están reforzadas con la etiqueta *¡Siempre lo estás haciendo!*, son también destructivas al sugerir una esperada conducta antisocial. *¡Perder el pañuelo es típico de ti!*, *¡Este niño es la piel del diablo!*, encogerse de hombros demostrando que es un caso perdido, una insultante acusación como *¡Asíson los niños!* que implica que el mal comportamiento es inherente a uno o una simple expresión facial que demuestre que una mala conducta no ha constituido una sorpresa tienen el mismo desastroso efecto que sorprenderse por una conducta social o alabarla.

La creatividad también puede frustrarse al utilizar la necesidad del niño de cooperar. Sólo hace falta decir una simple frase como *¡Llévate las pinturas al jardín, no quiero que ensucies la casa!* El mensaje de que las pinturas lo ensuciarán todo no se perderá, y el impulso creativo tendrá que ser enorme para superar la necesidad por excelencia del niño de hacer lo que su madre espera de él. El dictamen de *niño malo* es igual de eficaz tanto si se expresa con una dulce sonrisa como con un grito de guerra.

La suposición de la sociabilidad innata requiere tener algún conocimiento de su contenido, así como de la forma de las tendencias y expectativas del niño. Es evidente que éstas son imitativas, cooperativas y que tienden a preservar al individuo y especie, pero también incluyen conocimientos tan específicos como saber cuidar de un bebé y tener habilidad para hacerlo. No tener clemencia con el profundo impulso maternal de las niñas pequeñas, encauzarlo hacia las muñecas cuando hay bebés reales alrededor es, entre otras cosas, perjudicar seriamente a los futuros hijos de la pequeña. Incluso antes de poder comprender las instrucciones de su propia madre, una niña pequeña, si se le ofrece la oportunidad, se comporta instintivamente con los bebés exactamente

como ellos necesitan ser cuidados desde tiempos inmemoriales. Y cuando ya es lo suficientemente mayor como para considerar otros métodos alternativos, ya es una experta desde hace mucho tiempo en el cuidado de los bebés y no cree que tenga ninguna ventaja considerar el tema. A lo largo de su infancia ha cuidado de bebés a la menor oportunidad, en su familia o entre los vecinos, y cuando se casa, no sólo no tiene nada que preguntarle al doctor Spocks, famoso pediatra, sino que también cuenta con dos fuertes brazos y un repertorio de posiciones y movimientos con los que poder sostener a un bebé mientras cocina, cuida del huerto, limpia, conduce una canoa, se arregla, duerme, baila, se baña, come o hace cualquier otra cosa. También tiene un arraigado sentido que se rebelará contra cualquier acción inadecuada para su *continuum* o el de su bebé.

Vi a unas niñas yecuanas que desde que tenían tres o cuatro años — a veces parecían incluso más pequeñas — se encargaban por completo de unos bebés. Era evidente que se trataba de su ocupación favorita, pero esto no impedía que realizaran otras tareas al mismo tiempo, como encender el fuego, ir a buscar agua, etc. No se cansaban de su ocupación, como les habría pasado de haber jugado con muñecas. Cuando hay que proteger a un bebé, el *continuum* se manifiesta con toda su fuerza, y la infinita paciencia y el afecto que se necesitan para ello están presentes en cada niño, chicos incluidos. Aunque a los chicos raras veces se les pide que se ocupen todo el tiempo de un bebé, les gusta mucho tomarlos en brazos y jugar con ellos. Los adolescentes, cuando vuelven de sus actividades diarias, van a buscar a los bebés para jugar con ellos. Los arrojan al aire y los atrapan, riendo ruidosamente y compartiendo un rato divertidísimo con los diminutos miembros de la tribu, cuya variedad de experiencias y sensación de ser adorables se enriquece en gran medida.

Quizás respetar la condición de cada individuo de ser su propio dueño sea tan esencial como la suposición de la sociabilidad innata en los niños. La noción de poseer a otras personas no está presente entre los yecuanas. La idea de ser *mi hijo o tu hijo* no existe. Decidir lo que otra persona debe hacer, al margen de la edad que tenga, no existe en el

vocabulario yecuana. Hay un gran interés por lo que todo el mundo hace, pero no existe el impulso de convencer —y menos aún de coaccionar— a nadie. La voluntad de un niño es su propia fuerza motivado- ra. No hay esclavitud, ya que ¿acaso se puede describir de otra forma el imponer la voluntad de uno a otra persona y coaccionarla con amenazas o castigos? Los yecuanas no creen que la menor fuerza de un niño y la dependencia que éste tiene de ellos implique que deba tratarse con menos respeto que a un adulto. A los niños no se les da ninguna orden que vaya en contra de sus inclinaciones, como de qué modo deben jugar, comer, dormir o cosas parecidas. Pero en lo que respecta a ayudar, se espera que obedezcan en el acto. Órdenes como *¡Tráeme un poco de agua!*, *¡Corta un poco de leña!*, *¡Dame eso!* o *¡Dale un plátano al bebé!* se dan con la misma suposición de una sociabilidad innata, con la certeza de que el niño desea ser útil y colaborar en el trabajo de su pueblo. Nadie lo vigila para ver si obedece, ya que no cabe duda de que cooperará. Como animal social que es, hace lo que se espera de él sin dudarle un instante y lo mejor que puede.

Funciona de una manera increíble. Pero durante mi segunda expedición me fijé en un niño de cerca de un año que parecía de algún modo haberse extraviado del centro de su *continuum*. No puedo decir qué lo había causado, pero puede que no fuera una coincidencia que su padre, un hombre mayor llamado Benito, fuera el único yecuana de la zona que hablara español, ya que en su juventud había trabajado en la época de auge del caucho, y que su esposa conociera un poco la lengua pemontong, lo cual demostraba que había vivido entre los indios que se encuentran más al este. Puede que sus propios *continuum*s se hubieran cercenado al haber adquirido, en sus vidas cosmopolitas, algunas costumbres de tan imponente autoridad. No lo sé. Pero Wididi, su hijo, era el único niño que vi con una rabieta, gritando a pleno pulmón para protestar por algo en lugar de llorar de la relajada forma en la que los otros bebés solían hacerlo. Después de empezar a andar, a veces pegaba a los otros niños. Es interesante observar que ellos le miraban sin ningún sentimiento. La agresividad les era tan ajena que lo miraban como si hubieran sido golpeados por la rama de un árbol o por alguna otra causa

natural; nunca se les ocurrió devolverle el golpe y siguieron jugando sin ni siquiera excluirlo. Volví a ver a Wididi cuando tenía cinco años. Su padre había muerto y Anchu, el jefe de la aldea, amigo íntimo de Benito, había asumido el papel de padre, o de líder, para Wididi. El niño seguía estando muy alejado de la norma yecwana de ser feliz. En su rostro y en la forma de mover el cuerpo se apreciaba cierta tensión, que recordaba la de un niño del mundo civilizado.

Cuando nos dirigimos a la pista de aterrizaje que habíamos creado limpiando una zona junto al río Canaracuni, Anchu se llevó a Wididi con él, al igual que los otros miembros de nuestro equipo se llevaron a sus hijos pequeños. Wididi era ya un experto en el manejo de la canoa, y como el trabajo más duro se realiza en la proa y las maniobras más sutiles en la popa, él solía remar en la popa, mientras el jefe lo hacía en la proa. Hablaban poco entre ellos, pero en el aire casi se podía palpar la tácita expectativa de Anchu de que Wididi haría lo adecuado. Por el camino, cuando ofrecimos unos trozos redondos de carne, Anchu siempre compartió la suya con Wididi. A veces parecía que el niño se hubiera vuelto tan sereno y eficiente como los otros niños yecuanas.

Pero un día, en el campamento que había junto a la pista de aterrizaje, mientras Anchu se estaba preparando para ir a cazar, Wididi se puso a contemplarlo con una creciente aprensión. Su rostro reflejaba un terrible conflicto, y los labios le empezaron a temblar mientras seguía con la mirada cada movimiento que el jefe hacía. Cuando Anchu acabó de preparar el arco y las flechas, el pecho del niño se puso a temblar por momentos y se echó a llorar. Anchu no había dicho nada ni tampoco le había lanzado ninguna mirada de censura, pero Wididi sabía que los chicos iban a cazar con sus líderes y él no quería hacerlo. Sólo podía discutir consigo mismo, ya que Anchu simplemente se iba a cazar, y lo que Wididi hiciera era cosa suya. Su lado antisocial le decía que no fuera, pero su sociabilidad innata, ahora en proceso de ser liberada por Anchu, le decía que fuera. Anchu cogió el arco y las flechas y empezó a andar por el camino. Todo el cuerpo de Wididi temblaba mientras lloraba. A estas alturas, su motivo y su contramotivo estaban muy igualados, y el niño se limitó a quedarse de pie, dando alaridos, atormentado por la

indecisión. En aquella época yo no sabía nada acerca de los principios que había en juego. Sólo vi que estaba sufriendo mucho porque no había ido con Anchu. Me acerqué a él, y poniéndole mis manos sobre sus hombros le dije que se apresurara a seguir el camino. Me dirigí corriendo con él hacia la sabana que Anchu estaba abandonando para adentrarse en la selva que había a un lado. Le llamé para que nos esperara, pero Anchu no se volvió ni aminoró el paso. Volví a llamarle, esta vez con más fuerza, pero desapareció en el bosque. Animé a Widi para que siguiera andando y le pedí que se apresurara. Creí que estaba ayudando a Widi y evitando que Anchu se decepcionara pero, como es natural, sólo estaba interfiriendo, y con la torpeza típica de mi cultura, estaba sustituyendo la voluntad del niño por la mía al intentar que él hiciera lo correcto. Puede que mi contribución estropeará el progreso de Widi durante varias semanas. Es posible que el sistema de Anchu hubiera estado a punto de desconcertar a Widi al no presionarlo en lo más mínimo para que el impulso natural del niño de formar parte de las cosas pudiera vencer aquello que había hecho que se rebelara.

A mí me resultó difícil creer o comprender aquella total ausencia de presión que ejerce la persuasión, la imposición de la voluntad de un individuo sobre la de otro, a pesar de la perseverancia de los yecuanas en mostrarme ejemplos de ello.

Al inicio de la tercera expedición, mientras nos estábamos preparando para remontar el río, le pedí a Anchu si Tadehah, un niño de unos nueve o diez años, podría acompañarnos. Estábamos filmando, y él era especialmente fotogénico. Anchu se acercó al niño y a su madre adoptiva y les comentó mi invitación. Tadehah dijo que quería ir, y la madre me mandó con Anchu el mensaje en el que me pedía que después de la expedición no me llevara a su hijo con mi propia madre. Le prometí que se lo traería de vuelta; el día que empezamos la expedición, con cinco hombres yecuanas para ayudarnos, Tadehah se llevó su hamaca y se reservó un lugar en una de las canoas.

Una semana más tarde tuvimos un desacuerdo, y los hombres yecuanas decidieron de pronto abandonar el campamento y regresar a casa. Volviéndose en el último momento, dijeron a Tadehah, cuya hamaca seguía atada al refugio: *¡Mahtyeh!* [¡Ven!]. El niño sólo dijo en voz baja *Ahkay* [No], y los otros emprendieron el camino de vuelta.

No intentaron obligarle, ni siquiera persuadirle para que volviera con ellos. Él se pertenecía a sí mismo, como cualquier otra persona. Su decisión era expresión de ello y resultado de su destino. Nadie supuso que podía anular su derecho a decidir por sí mismo porque fuera lo bastante pequeño y débil como para ser dominado físicamente o porque tuviera menos experiencia para tomar una decisión.

Entre los yecuanas, se considera que una persona tiene el criterio adecuado para tomar cualquier decisión que se sienta empujada a tomar. El impulso de tomarla demuestra la capacidad para hacerlo adecuadamente. Los niños pequeños no toman grandes decisiones; están principalmente interesados en su propia conservación, y sobre los asuntos que están más allá de su poder de comprensión, recurren a los mayores para juzgar qué es lo mejor. Dejar que el niño decida desde una edad muy temprana hace que su criterio, tanto para delegar como para tomar decisiones, actúe con la máxima eficacia. La precaución se impone a sí misma en relación a la responsabilidad y se cometen, por tanto, los mínimos errores. Una decisión tomada de ese modo no recibe la oposición del niño y es armoniosa y agradable para todos los partícipes.

A esa edad, Tadehah era capaz de asumir lo que a mí me pareció un enorme compromiso para un niño. Eligió no marcharse con los miembros de su tribu para quedarse con tres extranjeros desconocidos, a mitad del trayecto del gran río, sin los miembros de la expedición y sin palas, porque yo no tenía la intención de canjearlas por ninguna de las nuestras, ya que los hombres se fueron llevándose las suyas.

Tadehah conocía su capacidad y deseaba vivir aventuras. En los meses siguientes, tendríamos muchas, pero él estuvo siempre a la altura de las circunstancias, ayudando en todo momento y mostrándose siempre feliz.

En la cuarta expedición, los yecuanas me inculcaron hasta qué punto no deseaban la presión entre ellos cuando André, un belga, y yo fuimos demorados por Anchu a pesar de nuestro deseo. También he de decir que esta aparente contradicción de imponer su voluntad podía explicarse porque los yecuanas no nos veían a nosotros ni a las tribus sanemas como personas, y en parte porque el yecuana nos impidió marchar —para que yo siguiera prestándoles atención médica— con la excusa de no acompañarnos en el regreso, viaje que dos personas no podían hacer solas. Nos alimentaron y nos construyeron una cabaña, y, aunque nunca rehusaron abiertamente las peticiones que les hicimos de acompañarnos en el viaje de regreso, sí las esquivaron siempre. Es decir, nadie nos obligó a nada; lo único que hicieron fue no ayudarnos.

Había dos hombres, uno vivía en la aldea y otro, cerca de ella, muy enfermos. Uno tenía apendicitis con complicaciones, y el otro, dos fístulas en la espalda. A medida que las semanas y los meses iban transcurriendo sin que mejoraran, era evidente que ambos iban a morir, a pesar de mis intentos por mantenerles con vida a base de antibióticos.

Al principio de esta ardua lucha —la primera vez, en realidad, que realizaba una *visita a domicilio* río arriba para ver al joven con apendicitis—, le dije a su padre que debía llevarlo a Ciudad Bolívar, a un médico de verdad, para que lo operaran. Le expliqué que debían abrirle el cuerpo para extraerle el problema y le mostré la cicatriz que a mí me había dejado la apendicectomía. Accedió, pero me dijo que Masawiu no podía ir a una ciudad venezolana porque no hablaba español. No me sugirió directamente que yo lo llevara, aunque quería mucho a su único hijo. Era evidente que hubiera dejado morir a Masawiu antes de pedirme algo que pudiera crearme alguna complicación. El sólo me había expuesto el problema, ésa fue la única persuasión a la que recurrió.

Le dije que llevaría a su hijo para que lo curaran, pero que él debía ir a ver a Anchu e insistir en que nos dejaran partir de inmediato. Al oírlo, me miró perplejo, a pesar de que yo le repetí enérgicamente que debía hablar con Anchu porque si no su hijo moriría. Pero en nin-

gún momento le insistió al jefe, aunque puede que le mencionara la situación cuando se mudó con toda su familia a la aldea para que yo pudiera tratar a Masawiu. Sus relaciones con Anchu siguieron siendo igual de casuales que si la vida de su hijo no estuviera en manos del jefe.

Cuatro meses más tarde, cuando por fin fui *liberada* para poder hacer el largo y dificultoso viaje con mis pacientes, el padre y toda su familia nos acompañaron en otra canoa para esperar en un río cercano a que Masawiu se curara para llevárselo después a casa. O sea, que la negativa del anciano a presionar a alguien para obtener algo no se debía a que su hijo no le importara.

Lo mismo ocurrió cuando le pedí a Nahakadi, una especial amiga mía y gran amiga y hermana de adopción de Anchu, que le presionara para que nos *liberara* con el objetivo de poder llevar a su esposo, que se estaba muriendo, al hospital. Veía al jefe a menudo y tuvo un montón de oportunidades para pedírselo, pero las conversaciones que mantuvo con él siempre fueron tranquilas y agradables, aunque estuviera sólo a varios palmos de distancia de la hamaca en la que su querido esposo yacía consumiéndose y sufriendo de dolor.

Durante los meses en los que lo traté, ella vino a verme varias veces para sugerirme que practicara una incisión en la espalda de su esposo para drenar la fístula. Yo me negué por miedo a mi propio desconocimiento quirúrgico, y al final ella intentó hacerlo por su cuenta, pero fue incapaz de introducir la punta del arpón que estaba usando en la espalda de su marido y envió a su hijo a buscarme. Al ver lo que pretendía hacer, le prometí que lo haría yo misma porque era mejor que correr el mayor riesgo que implicaba su antihigiénico método. Si ella había intentado convencerme con un *chantaje moral* lo había logrado, pero no me impuso su voluntad de una manera directa.

Al final conseguí llevar a los dos hombres con vida al hospital. Sobrevivieron y regresaron con su gente.

Anchu hizo oídos sordos a mis insistentes peticiones para que nos dejara marchar. Siempre cambiaba de tema y me preguntaba si no

me gustaba la cabaña que habían construido para nosotros o la comida que nos daban. Después de repetirle día tras día el peligro que corría la vida de los dos hombres con el retraso, al final respondió pintándose, adornándose con todas sus cuentas y encerrándose con los dos enfermos durante una semana para dedicarse a cantar acompañado del sonido de los cascabeles de la tradición chamánica yecuana. Cuando hacía sus siestas, otros lo reemplazaban en los cánticos. Su tratamiento no mejoró a los pacientes, pero al menos evitó que los demás pensaran que a Anchu no le importaba la vida de su gente. Con ello no quiero decir que estuviera fingiendo. No era uno de los grandes chamanes yecuanas, pero es muy posible que estuviera haciendo todo cuanto podía y probablemente creía que a la larga era mejor seguir manteniéndome allí para que yo sirviera a su gente como médico que dejarme marchar para intentar salvar dos casos que parecían no tener cura.

El hecho de que un yecuana no quiera nunca engatusar a otro no parece ser una elección hecha por el individuo. Al parecer, es una prohibición evolucionada por el *continuum* y sustentada por su cultura. En cambio, con otras especies sí son capaces de recurrir a la fuerza: adiestran a los perros de caza según una estricta disciplina y castigos que incluyen golpes con los puños, con palos y piedras y cortarles las orejas. Pero no impondrán su voluntad a los hombres de su tribu, ni siquiera a los niños, como ya se ha visto.

Hubo una excepción que confirmó la regla, como el incidente del parque. Un día vi a un padre joven perder la paciencia con su hijo de un año. Mientras lo observaba, gritó al pequeño e hizo un movimiento violento e incluso puede que llegara a pegarle. El bebé se echó a llorar con unos gritos ensordecedores e inconfundibles de terror. El padre se quedó de pie castigado por el espantoso sonido que había causado, era obvio que había ofendido a la naturaleza. Yo veía a aquella familia a menudo porque vivía en la puerta de al lado, pero nunca volví a ver que él perdiera el respeto por la dignidad de su hijo.

Sin embargo, la actitud de los padres no es *permissiva*. Aunque honren la autonomía de sus hijos y asuman que se comportarán como seres sociales, establecen muchos de los modelos que sus hijos siguen.

Desde la perspectiva de una persona del mundo civilizado, las comidas de una familia yequana parecen estar rodeadas de un ambiente solemne cuando la madre deja en silencio las esteras y calabazas ante el padre, y los hijos sentados junto a él se ponen a comer o se pasan la comida sin decir una palabra. La madre dice algo en voz baja, con suavidad: uno de sus hijos salta a sus pies para ir a buscar una calabaza para el padre o para ella. La acción es rápida, silenciosa y eficaz, aunque él sea un niño pequeño. A mí me dio la impresión de ser la recortada acción dictada por el miedo, como si todo el ritual estuviera concebido para no hacer enfadar al *pater familias*, que representaba una especie de egocéntrica amenaza para los demás. Pero no era así.

Tras observarlo con más atención, descubrí que todos los miembros estaban completamente relajados y que el silencio no albergaba ninguna amenaza, en realidad no abrigaba otra responsabilidad que la de la comprensión y confianza mutuas en hacer las cosas tal como deben hacerse. Me di cuenta de que la *solemnidad* carecía de tensión, era simplemente paz. La ausencia de conversaciones significaba que estaban relajados, y no lo contrario. Si el hijo o los hijos tenían algo que decir, lo hacían sin el menor vestigio de timidez o estridencia, pero normalmente estaban callados. La costumbre yequana es cenar en silencio *presidiendo la mesa* para fomentar un ambiente sereno, y lo poco que se dice se hace de acuerdo a este espíritu.

La llegada del padre es lo que calma a la mujer y a los hijos. Es también bajo la mirada del padre y de los hombres en general que la esposa y los hijos se enorgullecen de hacer todo cuanto pueden por estar a la altura, tanto de las expectativas de los hombres como de las que tienen entre sí. A los niños en especial les gusta compararse con sus padres, y a las niñas les encanta servirles. Para una niña pequeña, el hecho de poder llevar un trozo de mandioca fresca a su padre y que éste lo coja de sus manos ya es todo un premio. El padre, a través de su conducta,

de su propia dignidad y de su maestría en todo cuanto hace, muestra a los jóvenes cómo deben comportarse en la sociedad en la que viven. Si un bebé llora mientras los hombres se han reunido para hablar, la madre se lo lleva a un lugar donde no puedan oírle. Si el bebé ensucia el suelo antes de haber aprendido a no hacerlo, pero es lo suficientemente mayor como para comprender lo que ha hecho, se le pide duramente que salga afuera. Se le dice que no ha de ensuciar el suelo, pero no que sea malo o que siempre está haciendo lo que no debe. El nunca siente que sea malo; sólo, como máximo, que es un niño querido haciendo un acto indeseable. El propio niño desea dejar de hacer aquello que es desagradable para su pueblo. Es social de manera innata. Si un niño se aparta de la conducta adecuada, aunque sea una excepción accidental, ni la madre ni el padre tratan el problema con una actitud suave; tampoco miman a su hijo. Como hacía Anchu durante las crisis de Wididi, sus modelos siguen siendo los mismos.

Cuando un niño se lastima, la madre tampoco se compadece de él. Espera a que se levante solo y la alcance, si esto es todo cuanto él necesita. En el caso de una lesión o enfermedad graves, se hace todo lo posible para curarlo dándole medicinas o por medio del chamanismo, a veces cantando sin cesar durante días y noches, dirigiéndose al demonio que ha entrado en el cuerpo del niño pero sin expresar lástima por el paciente, que hace las paces con su dolencia lo máximo posible para no molestar a nadie innecesariamente.

Cuando yo vivía allí me llevaban o enviaban niños enfermos para que los tratase. En estas ocasiones, la gran diferencia que existe entre los niños *continuum* y los niños *no-continuum* era especialmente patente. Los niños yecuanas, que habían sido tratados correctamente durante la etapa de estar en brazos y sabían que eran adorables, no buscaban recibir ninguna atención maternal extra para compensar su dolor a no ser que éste fuera insoportable; en cambio, los niños de nuestro mundo civilizado, a los cuales se les reconoce tácitamente que soportan una carga permanente de dolor debido al intenso deseo de recibir más contacto materno del que han tenido, reciben abrazos, besos y palabras cariñosas al mínimo golpe. Puede que esto no ayude a sus rasguñadas

rodillas, pero toda la carga de dolor que soportan es aligerada en un momento en el que resulta especialmente pesada.

Es posible que esperar despertar compasión sea en gran parte una conducta aprendida. Estoy casi totalmente segura de que así es, pero la confianza en sí mismos y en los demás (en este caso en una extranjera) que me demostraron los niños pequeños cuando los trataba indicaba algo mucho más positivo que sólo no esperar recibir mimos.

En una expedición anterior a la tierra de los yecuanas, mientras me encontraba en Wanania, la aldea de Anchu, un niño de unos cuatro años vino a verme. Se acercó tímidamente sin saber si sería bien recibido. Cuando nuestras miradas se encontraron, después de haber intercambiado una tranquilizadora sonrisa, él levantó el pulgar para que yo pudiera verlo. En su rostro no había ninguna expresión de autocom- padecerse o intentar despertar lástima, sólo una radiante sonrisa. La punta del pulgar y parte de la uña estaban casi separadas del dedo, sólo unidas por un trocito de piel. La sangre medio seca mantenía la punta pegada al dedo pero sin que estuviera alineada. Mientras la limpiaba y realinaba, el dolor hizo que sus grandes ojos de cervatillo se empañaran de lágrimas; a veces su manita temblaba mientras la mantenía tendida hacia mí, pero en ninguno momento la retiró ni lanzó mayor sonido que un quejido en los momentos especialmente malos. La mayor parte del tiempo se mantuvo relajado y con su rostro tranquilo. Después de vendarle el pulgar se lo señalé diciendo *¡Tuunah, ahkeyl* [¡Agua no!], y él repitió con su musical voccecita *¡Tunnah ahkey!* Después le dije *Hwaynamah ehtah* [Mañana aquí], y se fue. Su conducta contradujo mis suposiciones sobre el comportamiento de los niños, el trato que debían recibir en una situación de emergencia, la importancia de tranquilizarlos como parte del tratamiento médico, etc. Apenas podía creer lo que acababa de ver.

En un viaje posterior, una mañana me despertó un niño de dos años llamándome con su suave voz aflamada: *¡Si Si!* Era su mejor intento de pronunciar *Shi*, mi nombre yecuana. Eché un vistazo desde

mi hamaca y ahí estaba Cananasi, totalmente solo, con un corte que necesitaba ser curado. No lloró en absoluto ni me pidió que lo abrazara o tranquilizara. Esperó hasta que acabé de vendarle escuchando mi advertencia de que no metiera la mano en el agua y de que volviera al día siguiente, y se fue corriendo a jugar.

Al inspeccionarle la mano a la mañana siguiente, vi que la venda estaba mojada y sucia. Con dos años, su comprensión intelectual era insuficiente para obedecer una orden que debía recordar todo el día, pero la solidez de la experiencia vivida de *yo* y los *demás* durante dos buenos años, constituida por una rica etapa de estar en brazos y otra llena de oportunidades para poner en práctica la propia independencia en un mundo desafiante, hicieron que fuera capaz de venir a verme y aceptar el tratamiento sin ningún apoyo, compasión ni otra cosa más que un mínimo de atención. Supongo que su madre vio el corte y le dijo: *Ve a ver a Jean*, y Cananasi había hecho el resto.

Hubo otro incidente que fue muy revelador para mí, aunque ocurrió muchos meses después de familiarizarme con la casual actitud yecuaña relacionada con la atención médica. Awadahu, el segundo hijo de Anchu, de casi nueve años, llegó un día solo a mi cabaña con una herida en el abdomen. Al final no resultó ser peligrosamente profunda, pero a simple vista temí por el daño en un punto tan vulnerable. *¿Nehkuhmuhduh?* [¿Con qué te lo has hecho?], le pregunté.

—Shimada [una flecha] —me contestó amablemente.

—¿Amadhay? [¿era tuya?] —proseguí.

—Katawehu —dijo nombrando a su hermano de nueve años con la misma emoción que si yo le hubiera preguntado el nombre de una flor.

Mientras me puse a limpiar la herida, que tenía un aspecto horrible, Katawehu y algunos otros niños vinieron a ver lo que estaba haciendo. En el ambiente no había el menor signo de que Katawehu se sintiera culpable ni de que Awadahu estuviera enojado. Había sido simplemente un accidente. Su madre se acercó, preguntó qué había ocurri-

do, y se le dijo brevemente que una flecha lanzada por su hijo mayor había herido a su segundo hijo en la orilla del río.

—¿Yeheduhmuh? [¿de veras?] —dijo en voz baja.

Antes de que yo terminara de curarle, ya se había apartado del grupo de espectadores para proseguir con sus tareas. No era necesario que ella se quedara porque su hijo estaba siendo cuidado sin que él la hubiera ido a buscar. La única que estaba preocupada era yo. Lo que había ocurrido ya no podía evitarse; el niño estaba recibiendo los mejores cuidados que había disponibles y como ni siquiera era necesario que los otros niños esperaran a que yo acabara, se fueron corriendo a jugar. Awadahu no necesitaba ningún apoyo moral, y cuando le puse la última tiritita volvió al río para reunirse con ellos.

Su madre supuso que si él la necesitaba iría a buscarla, y ella estaba a su alcance para tal eventualidad.

Al mencionar estos incidentes puede que haya dado la falsa impresión de que los niños yecuanas tienen muchos accidentes, pero comparados con los niños occidentales de clase media de la misma edad es sorprendente los pocos que tienen. No es una coincidencia que los niños occidentales, los que quizás han estado más protegidos en la historia, sean de los que menos se espera sepan cuidar de sí mismos.

Un buen ejemplo es la historia que oí de una familia americana preocupada por el peligro que la piscina suponía para su hijo pequeño. Sabían que la piscina no iba a levantarse ni a tragarse a su hijo, pero temían que el niño pudiera caer o tirarse a ella. La rodearon con una valla y cerraron con llave la puerta de entrada. Lo más probable es que la mente lógica del niño —no su razón— ayudada por las explicaciones de sus padres, captase la sugerencia de la valla y la puerta cerrada con llave. Comprendió tan bien lo que se esperaba de él que al encontrar un día la puerta abierta entró, se cayó a la piscina y se ahogó.

Cuando oí la historia, contada para mostrarme que a los niños hay que vigilarlos constantemente para que no se hagan daño, no pude evitar pensar en aquel hoyo que había en un terreno de Wanania

alrededor del que los niños jugaban todo el día sin ser vigilados y sin que ocurriera ningún accidente. Estos dos casos aislados no significan gran cosa, como es natural, pero representan con exactitud una diferencia entre las dos culturas. Entre los yecuanas, hay muchas otras situaciones peligrosas en potencia. Una de las más impactantes es la omnipresencia de machetes y cuchillos, todos afiladísimos, en lugares donde uno puede pisarlos fácilmente, caerse sobre ellos o cogerlos para jugar. Los bebés, demasiado pequeños para haber aprendido la utilidad de los mangos, los cogían por la hoja y, mientras yo los observaba, los agitaban en el aire sosteniéndolos con sus gordezuelos puños. No sólo no se cortaban los dedos ni se hacían daño sino que si estaban en brazos de la madre, también lograban no hacerle daño a ella.

Del mismo modo, un bebé que jugaba con una tea, tropezando y cayendo mientras la sostenía y entrando y saliendo de su casa con ella trepando por un umbral de dos palmos, nunca llegó a tocar con ella la madera, las hojas de palmera que colgaban del tejado, su propio cabello o el pelo de otro. Los bebés jugaban como cachorrillos junto a la hoguera de la familia sin que los mayores les dijeran nada.

A los dieciocho meses de vida, los niños ya saben manejar el arco disparando flechas afiladas, y los más entusiastas no se separan de sus arcos y flechas la mayor parte del tiempo en que están despiertos. No hay ninguna zona reservada para ello ni de hecho tampoco unas *normas de seguridad*. Durante los dos años y medio que viví en aquel lugar, la única herida causada por una flecha que vi es la ya mencionada.

En la selva, aparte de los peligros más conocidos como serpientes, escorpiones o jaguares, hay también otros riesgos, como la gran facilidad con la que uno puede perderse en su inexplorada inmensidad o herirse los pies descalzos y el cuerpo desnudo al caminar.

Y también están los ríos: los rápidos son incluso más frecuentes y peligrosos que las anacondas o los cocodrilos, y un niño que nade en una corriente que supere su fuerza y habilidad, tiene muchas posibilidades de estrellarse contra las rocas o contra una de las muchas ramas sumergidas. Como la profundidad y rapidez de una parte conocida del

río cambia muchísimo de un día para otro según la cantidad de lluvia que haya caído río arriba; conocer los peligros de hoy puede que no sirva de nada al día siguiente. Los niños que se bañan y juegan en el río deben evaluar cada día su habilidad bajo cualquier condición.

El factor operativo parece ser la adjudicación de responsabilidad. En la mayoría de niños del mundo civilizado, el mecanismo para cuidar de sí mismos sólo se usa parcialmente, ya que gran parte de la carga la han asumido los adultos que cuidan de ellos. El *continuum*, con su característico aborrecimiento por la redundancia, deja de dar la tutela que ha sido asumida por otros. El resultado es una menor eficacia porque nadie puede estar atento a las circunstancias de otro de una manera tan constante o completa como uno mismo. Es otro ejemplo de intentar ser mejores que la naturaleza, de desconfiar de las facultades que no están controladas intelectualmente y de la usurpación de sus funciones cometida por el intelecto, el cual es incapaz de tener en cuenta toda la información relevante.

Esta tendencia nuestra a interferir con la adjudicación de responsabilidad que la naturaleza ha conferido a la facultad que es más eficaz, aparte de hacer que los niños del mundo civilizado tengan más accidentes, crea además innumerables peligros. Un conocido ejemplo son los incendios accidentales.

No hace mucho, durante el invierno, en una ciudad de la región central de Estados Unidos se desató una tormenta de nieve que interrumpió totalmente el tráfico y, por tanto, la circulación de los coches de bomberos durante varios días. El jefe de bomberos, acostumbrado a afrontar un promedio de cuarenta incendios diarios de poca trascendencia, salió por la televisión para pedir a la gente que tuviera un especial cuidado en no provocar ningún incendio durante la emergencia. Les advirtió de que si había algún incendio, tendrían que afrontarlo solos. Gracias a ello, el promedio diario descendió a cuatro incendios, hasta que las calles pudieron limpiarse, después de lo cual la cantidad de incendios volvió a ser la de antes.

Es inconcebible que los cuarenta incendios habituales fueran provocados, pero quienes los causaban accidentalmente sabían sin duda que no era realmente necesario ser demasiado cuidadoso cuando el cuerpo de bomberos era tan rápido y eficiente. Al informarles del cambio en la adjudicación de la responsabilidad, redujeron inconscientemente los incendios al 90%.

De igual modo, Tokio tiene siempre menos incendios que la mayoría de ciudades importantes, al parecer porque muchas de las casas son de madera y papel, y el fuego se extendería con una rapidez catastrófica, ya que al equipo contra incendios le resultaría muy difícil moverse por las abarrotadas calles. Los ciudadanos conocen las condiciones en las que viven y se comportan de acuerdo a ellas.

Esta adjudicación de la responsabilidad es un aspecto de la expectativa, de la fuerza que puede verse demostrando su poder en la conducta de niños y adultos. ¿Acaso podríamos describirnos como criaturas sociales si no tuviéramos la fuerte propensión a comportarnos como sentimos que se espera que hagamos?

Para cualquiera que desee aplicar los principios del *continuum* en la vida del mundo civilizado, este cambio de confiar en la capacidad del niño para protegerse a sí mismo es uno de los asuntos más difíciles. Estamos tan poco acostumbrados a ello, que dejar a nuestro hijo en manos de sus propios mecanismos, basándonos en la teoría de que funcionarán mejor sin nuestra vigilancia, es más de lo que mucha gente puede hacer. La mayoría de nosotros seguiríamos al menos lanzándoles miradas aprensivas, corriendo el riesgo de que el niño las captara y las interpretara como una expectativa de ineficacia. ¿Y qué podría darnos la fe necesaria para dejar jugar a nuestro bebé con un cuchillo afilado, la fe que los yecuanas han adquirido a través de una larga experiencia? No se trata de la experiencia de que los bebés jueguen con cuchillos, ya que la introducción del metal ha sido muy reciente, sino lo familiarizados que están con la capacidad de sus bebés para captar los factores más sutiles de su entorno y comportarse con prudencia.

No tenemos más remedio que recuperar aquel conocimiento común a los yecuanas y a nuestros antepasados por medio del uso del intelecto. Es casi como si nos obligáramos, para creer en Dios, a ir a una iglesia y rezar: primero tendríamos que actuar como si creyéramos en Él lo mejor que pudiéramos. Algunos serán mejores actores y actrices que otros, pero cada madre o padre inquieto confía un poco más que antes en el instinto de conservación de su bebé, y la experiencia resultante de la capacidad del bebé permitirá que los padres confíen en él más aún.

El lenguaje es el último de los desarrollos del asombroso catálogo de capacidades animales. La capacidad para formar una sucesión de conceptos de creciente complejidad se refleja en la capacidad lingüística de un niño en desarrollo. Su visión del universo y la relación que mantiene con los demás cambia forzosamente con aquel desarrollo y con su concepto del tiempo condicionado por el paso del mismo.

Como resultado, existe una distancia conceptual entre los distintos grupos etarios. A pesar de la reciente moda de hablar de algo con los niños y de *razonar* con ellos, sigue habiendo un abismo insalvable entre lo que un niño de seis años quiere decir o entiende en su universo y lo que una persona de treinta quiere decir o entiende en el suyo. El lenguaje tiene un limitado valor en la relación que mantienen.

Entre los yecuanas, es interesante advertir que los adultos y los niños sólo mantienen una especie de comunicación verbal muy básica compuesta por *Espera aquí* o *Dame eso*. Hay un sistema de conversación estratificado consistente en unos intercambios verbales muy completos entre los niños que tienen aproximadamente la misma edad, pero la comunicación disminuye a medida que las edades difieren. Los niños y las niñas, cuyas vidas e intereses son muy distintos entre sí, charlan muy poco entre ellos y raras veces, incluso en la adultez, parecen tener la ocasión de mantener largas conversaciones.

Cuando los adultos conversan, los niños en general escuchan. No hablan entre ellos. En ningún momento alguien, tenga la edad que tenga, es invitado a hablar para dar un punto de vista falso, como nosotros hacemos con nuestros hijos. Los adultos yecuanas dicen lo que tie-

nen que decir delante de sus hijos, y éstos les escuchan y comprenden según su capacidad. Cuando a un niño le llega el momento de unirse al mundo de los adultos, ya ha comprendido, a su propio ritmo, la lengua, los patrones y los puntos de vista de los mismos sin necesidad de tener que desacreditar una serie de patrones y puntos de vista que aquéllos han confeccionado para sus hijos.

Los niños de cada grupo etario captan las estructuras conceptuales adecuadas a su desarrollo y siguen las huellas de los niños mayores hasta adquirir el complemento de formas de pensamiento verbales —y culturales— capaces de asimilar las opiniones de los adultos y todo el contenido del que han dispuesto desde la primera infancia.

Nuestro propio sistema de intentar adivinar qué o cuánto puede asimilar la mente de un niño produce un diálogo de sordos, malentendidos, decepciones, cólera y una pérdida general de armonía. La desastrosa costumbre de enseñar a los niños que lo *bueno* siempre será recompensado, y lo *malo*, castigado, que las promesas siempre se cumplen, que los adultos nunca mienten y cosas por el estilo, no sólo hace que más tarde haya que despertarlos de una bofetada por ser *poco realistas e inmaduros* si por casualidad llegaron a creer en esos cuentos de hadas, sino que también crea una sensación de desilusión que en general suele presentarse mientras crecen y en lo que ellos creyeron que era la cultura que se esperaba siguieran. El resultado es que se sienten confundidos sobre su comportamiento a medida que les van arrebatando la base para la acción y desconfían de todo lo que su cultura les dice.

De nuevo es el intelecto intentando *decidir* qué es lo que un niño puede entender; en cambio, el modo de obrar del *continuum* sólo permite al niño absorber lo que puede asimilar de todo el entorno verbal, que no está distorsionado ni recortado. Es imposible dañar la mente de un niño con unos conceptos que no puede entender siempre y cuando a esa mente se le permita dejar lo que no pueda asimilar. Pero coger a un niño por los hombros e intentar obligarle a comprender algo puede crear un triste conflicto entre lo que puede comprender y lo que siente que se espera de él. Dejar que los niños escuchen libremente y entien-

dan lo que puedan elimina cualquier sugerencia sobre cuánto se espera de ellos y evita ese ruinoso conflicto.

Mientras que las niñas yecuanas pasan gran parte de su infancia con las mujeres, participando desde muy temprano en las tareas domésticas o en los huertos, los niños se dedican a corretear juntos la mayor parte del tiempo; sus padres les permiten ir con ellos sólo cuando la velocidad y la resistencia no son esenciales. Mientras tanto, los pequeños se dedican a lanzar un millar de veces flechas a los saltamontes y, más tarde, a los pajaritos; en cambio, un adulto sólo cazará una o dos veces al día, lo cual daría al niño pocas oportunidades para desarrollar su habilidad, salvo en el juego de encontrar y cobrar la pieza.

Tanto los niños como las niñas van a nadar casi a diario. También son expertos en el manejo de las canoas a una edad increíblemente temprana, navegando con pesadas piraguas por difíciles corrientes y rápidos, a veces sin ningún tripulante a bordo mayor de seis o siete años. Los niños y las niñas suelen remar juntos en una misma canoa. No hay ninguna clase de tabú que les impida relacionarse, sólo una habitual falta de coincidencia en las actividades que realizan.

Al mismo tiempo, cada niño yecua, libre de la necesidad de ser tranquilizado, es capaz de hacer cosas por su cuenta. Los niños y los adultos de ambos sexos suelen ir a pescar solos. Los niños y los hombres fabrican cestas y armas y reparan objetos trabajando solos. Las mujeres y las niñas fabrican los ralladores para desmenuzar la mandioca, tejen brazaletes o hamacas y cocinan solas o acompañadas de un bebé.

Pero los yecuanas nunca se permiten sufrir de aburrimiento o soledad. La gran parte del tiempo la pasan en compañía de personas de su edad. Los hombres suelen ir a cazar y pescar y a veces fabrican una canoa o construyen una casa juntos. Emprenden viajes en grupos para intercambiar sus productos, y varios de ellos limpian y queman al mismo tiempo las zonas donde plantan sus huertos. Las mujeres y las niñas van a los huertos, preparan la mandioca, recogen agua, encienden el fuego y realizan otras actividades similares en grupos. Los niños practican lanzando flechas y dardos, juegan, nadan, exploran o recogen

comida, casi siempre en grupo. Los hombres, las mujeres, las niñas, los niños o las familias, cuando hacen alguna actividad conjunta, mantienen largas y animadas conversaciones con muy buen humor. La frecuencia de las risas es impresionante, y los jóvenes suelen gritar alegremente a coro al final de una buena historia, una noticia o una broma. Esta festiva atmósfera es lo normal de cada día. En realidad, las fiestas que organizan no superan demasiado el alto nivel de diversión que suele reinar entre ellos.

Una de las diferencias más sorprendentes que he observado entre los niños yecuanas y los otros niños es que los primeros nunca se pelean ni discuten entre ellos. No hay competitividad, y los seguidores de un líder lo establecen por iniciativa propia. Durante los años que viví con ellos nunca vi a un niño discutir con otro y, menos aún, pelearse. Las únicas palabras irritadas que oí fueron dos o tres ataques de impaciencia de un adulto ante un niño que había cometido un acto indeseable. Después le lanzó una pequeña diatriba protestando mientras el niño permanecía de pie con una expresión preocupada o se apresuraba a corregir el error, y una vez resuelto el problema ni el niño ni el adulto se guardaron ningún rencor.

Aunque haya visto muchas fiestas en las que todos, tanto los hombres, las mujeres como los niños yecuanas estaban ebrios, nunca he presenciado el inicio de ningún altercado, lo cual me lleva a pensar que son realmente como la imagen que dan, personas que conviven armoniosamente y que se encuentran a gusto en su propia piel.

La falta de las experiencias
esenciales

La vida del mundo civilizado no puede considerarse adecuadamente sin tener en cuenta el hecho de que nos han privado de casi toda la experiencia de la etapa de estar en brazos y de gran parte de la experiencia posterior que esperábamos, y que seguimos intentando satisfacer, de una manera metódica pero inconsciente, estas expectativas en su inalterable secuencia.

Al nacer nos desconectan de nuestro *continuum* humano y nos dejan en cunas y cochecitos sin satisfacer nuestras ansias de vivir experiencias, apartados del río de la vida. A medida que nos convertimos en jóvenes y adultos, algunas partes nuestras continúan siendo infantiles y no pueden contribuir positivamente en nuestra vida. Pero no podemos dejarlas atrás. El deseo de vivir la experiencia de estar en brazos sigue ahí, junto con el desarrollo de la mente y el cuerpo, esperando ser satisfecho.

En el mundo civilizado compartimos unas determinadas dolencias del *continuum*. Odiarse o dudar de uno mismo son actitudes que están muy extendidas entre nosotros, dependiendo de cómo el complejo de carencias afectivas haya afectado a nuestras cualidades heredadas y de cuándo lo hizo. Con el paso de los años, y a medida que vamos creciendo, la búsqueda de la experiencia de estar en brazos adopta muchas formas. La pérdida del esencial estado de bienestar que deberíamos haber sentido en la época en que estábamos en brazos nos lleva a emprender búsquedas y a intentar sustituirla con algo. La felicidad deja de ser el estado normal de estar vivo y se convierte en una meta. La meta es perseguida con planes a corto y largo plazo.

Al tener presente las vidas de los yecuanas, resulta cada vez más claro por qué hacemos tantas cosas en apariencia inútiles.

La falta de la experiencia de estar en brazos se expresa quizás más comúnmente como una sensación latente de descontento en el aquí y ahora. Uno se siente descentrado, como si le faltara algo; hay una vaga

sensación de pérdida, de desear algo indefinible. El deseo suele aferrarse a un objeto o acontecimiento que se encuentra en un futuro no lejano; traducido en palabras, sería: *Me sentiría bien si sólo...*, seguido del propósito de experimentar un cambio, como conseguir un traje nuevo, un coche nuevo, una promoción o un aumento de sueldo, un trabajo diferente, la oportunidad de salir de casa un fin de semana o permanentemente o un hombre, una mujer o un niño a quien amar si uno no tiene ya uno.

Cuando se consigue el objetivo, el futuro no lejano, el espacio de tiempo en el que la inalcanzable madre una vez estuvo, es pronto reemplazado por un nuevo *si sólo*, y la distancia entre este objetivo y uno mismo se convierte en la nueva medida del espacio entre uno mismo y el *bienestar buscado: el sentirse bien en el aquí y el ahora*.

Uno se alimenta de las esperanzas que le dan una serie de objetivos que podrá obtener al cabo de un determinado tiempo, dictado por el grado de inalcanzabilidad que uno necesite para sentirse *bien*, es decir, guarda la misma relación que uno mantenía con su madre cuando se le negó la experiencia de estar en brazos. La dificultad de mantener los objetivos a una prudente distancia puede conducir al desastre. No suele ocurrir, ya que la mayoría de personas puede imaginar fácilmente un constante desfile de cosas que no tiene, por más cosas que posea. Pero de vez en cuando la imaginación se queda corta al alcanzar las metas fijadas de una forma demasiado rápida o completa.

No hace muchos años, una famosa estrella de cine rubia fue víctima de lo que pareció un insoportable desequilibrio entre su necesidad de desear y las cosas que le quedaban por obtener. Fue la estrella más famosa del mundo, la mujer más deseada. Había conseguido a hombres atractivos e inteligentes, se había casado con ellos y más tarde, divorciado. Según los modelos de su imaginación, tenía todo cuanto deseaba. Su desconcierto por no haber experimentado la sensación de *bienestar* que le faltaba, hizo que diseñara nuevos planes para conseguir algo deseable que no pudiera obtener en el acto y, al no lograrlo, no pudo seguir alimentando la esperanza de encontrar la paz y se suicidó.

Muchas otras chicas y mujeres, con metas parecidas a las suyas, se preguntaban cómo podía haber hecho semejante cosa si lo tenía todo. Pero esa parte del Sueño Americano no sufrió un serio daño, ya que en el corazón de cada mujer perpleja estaba la certeza de *si sólo...* Si sólo consiguiera tener en la vida tantas cosas deseables como esa estrella de cine, la felicidad no estaría demasiado lejos, lograría ser feliz.

Abundan los ejemplos de suicidios cometidos por la misma razón, pero es mucho más común aún la conducta desesperada de los triunfadores, cuyo instinto de conservación les impide dar el último paso hacia el olvido pero cuyas vidas están plagadas de alcohol, drogas, divorcios y melancolía. La mayoría de personas ricas pueden y ansian ser más ricas aún; las poderosas desean tener más poder y el vivo deseo que sienten de la primera infancia adopta esta forma. Sólo los pocos que han llegado hasta el final o han conseguido todo cuanto se habían propuesto han de afrontar la insatisfactoria cualidad de su vivo deseo. No pueden recordar su forma original: el vivo deseo que sintieron en la primera infancia de estar en brazos de su madre. En realidad, se encuentran contemplando un abismo sin fondo, preguntándose, sin obtener ninguna respuesta, de qué les han servido sus esfuerzos, cuando en el pasado estaban seguros de que era el dinero, la fama o el éxito lo que deseaban.

En el mundo civilizado, el matrimonio se ha convertido, en muchos casos, en un contrato doble; una de las cláusulas puede rezar: *...Y seré tu madre si tú eres mi madre*. Las siempre presentes necesidades infantiles de los dos miembros de la pareja se expresan cuando la implícita —a menudo explícita— declaración es: *Te quiero, te deseo, te necesito*. La primera de las dos terceras partes de esta frase es adecuada para hombres y mujeres maduros, pero habitualmente la idea de necesitar a alguien, aunque sea románticamente aceptable en nuestra cultura, entraña la necesidad de recibir una cierta cantidad de mimos. Puede abarcar desde hablar en el lenguaje de un bebé —*¿me quieres un poquito?*— hasta el tácito acuerdo de no prestar más que una atención superficial a las otras personas. A menudo, la necesidad dominante es ser el objeto de atención (la continuación de los llantos del bebé reclamando la atención de su madre que deberían haberlo transferido al centro de la

vida pero que, al ser desatendidos, acabaron convirtiéndose sólo en un interminable deseo de atención), y la pareja puede llegar a una división bastante amistosa sobre los periodos en los que cada uno será el centro de atención.

El noviazgo suele ser un terreno de pruebas para determinar hasta qué punto las necesidades infantiles de cada miembro de la pareja serán satisfechas. Para las personas con grandes carencias —aquellas que en la primera infancia sufrieron suficientes carencias afectivas como para no comprometerse nunca satisfactoriamente con otra persona y con las necesidades de ésta—, la búsqueda de una pareja suele ser triste e interminable. Traicionadas en la primera infancia, tienen unos deseos muy grandes y profundos. El miedo que sienten a ser traicionadas de nuevo puede ser tan intenso que en el momento en que corren el menor peligro de encontrar un compañero huyen aterradas para evitar poner al candidato a prueba y al recordarles, de manera insoportable, que nadie puede amarles de una forma tan incondicional como ellas necesitan. Durante el noviazgo, innumerables hombres y mujeres han sido víctimas de un *patrón* conductual que demuestra un terror inexplicable a ser felices. Incluso cuando es fácil superar el miedo a encontrar una pareja, los novios cancelan la boda cuando están a punto de llegar al altar y las novias siguen llorando angustiadas cuando llega el momento de dar el gran paso y reclamar su felicidad. Pero muchos de ellos siguen así durante años, cambiando de pareja, buscando una relación que no pueden definir, incapaces de comprometerse con nadie tan mísero como un hombre o una mujer que no sea más famoso o importante que ellos.

La dificultad para encontrar una pareja aceptable se ha complicado más aún con las imágenes culturales que aparecen en las películas, la televisión, las novelas, las revistas y los anuncios. Las cinematográficas imágenes que empequeñecen al espectador crean la ilusión de ser la persona o la madre *adecuada* que habíamos perdido hacía tanto tiempo. Confiamos de una manera irracional en estas gigantescas criaturas y dotamos a los propios actores del aura de perfección que nuestra mente anhela. Ellos no pueden hacer nada malo, están más allá de las opiniones que nos formamos los unos sobre los otros. Y para com-

plicar más aún las cosas, los personajes que representan, por más irrealistas que sean, fijan unos modelos para nuestros deseos que hace que las personas del mundo real parezcan más inadecuadas que nunca.

Los anuncios han capitalizado los vivos deseos del público privado de la experiencia de estar en brazos al presentar promesas que parecen decir *Si lo tuvieras, volverías a sentirte bien*. El eslogan de un refresco es: *Es lo auténtico*. Su principal rival apela a la sensación perdida de sentirse a gusto con *Formas parte de la generación Pepsi* o con imágenes de *personas Pepsi* con aspecto de sentirse *bien*. Una compañía sugiere que el vivo deseo se satisface con *Un diamante es para siempre*. Este anuncio supone que poseer un objeto de valor da al propietario el mismo valor de permanencia, invulnerabilidad y perfección. Es como si para ser amado uno no necesitara hacerse querer si lleva un diamante, un anillo mágico que atrae a cualquier persona en cualquier momento. Los abrigos de piel y los coches lujosos, un piso en un buen barrio y otras cosas similares también atraen la aceptación deseada. Al tiempo, estos objetos, aunque rodeen a uno de una sensación de seguridad en medio de la incertidumbre, no son como los envolventes brazos que nunca tuvo. Sea lo que sea lo que nuestra cultura considere adecuado poseer, lo que realmente queremos es estar *dentro*, ya que nos sentimos crónicamente *fuera*, aunque intentemos convencernos de que estamos *dentro*, incluso mientras hacemos nuevos esfuerzos por creérnoslo.

Aunque la mayoría de nosotros no podamos recordar habernos sentido nunca totalmente bien, en el momento presente solemos transferir la ilusión de que así ha sido en el pasado y también será en el futuro. Hablamos de los días dorados de la infancia o de los buenos viejos tiempos alimentando la ilusión de que nos sentiremos *bien* en un futuro cercano. La inocencia de la primera infancia, que creemos nos protegió de la cruel realidad, estuvo acompañada de desconcierto y confusión por la contradicción entre lo que nos dijeron y lo que vivimos; la sensación de faltarnos algo siempre estuvo ahí, entonces y ahora, aunque en aquella época la ilusión era que cuando creyéramos y nos relacionáramos con personas de la edad *adecuada*, nos sentiríamos *bien*.

Pero no sospechábamos que las personas de la edad adecuada siempre seguirían estando delante de nosotros, a un palmo de distancia, hasta que el paso del tiempo nos hizo creer que ahora estaban detrás nuestro, a otro palmo de distancia más o menos.

La idea de que la plenitud, la sensación de bienestar, llega a través de la competición y el triunfo es una prolongación de lo que Freud llamó *la rivalidad entre hermanos*. Freud creía que todos habíamos tenido que afrontar la envidia y el odio de nuestros hermanos y hermanas, que nos amenazaban con impedirnos estar con nuestra madre. Pero todos los conocidos de Freud padecían carencias afectivas. Si hubiera tenido la oportunidad de conocer a los yecuanas habría descubierto que la idea de competir y ganar como un fin en sí mismo era totalmente desconocida para ellos. Por tanto, no puede considerarse una parte intrínseca de la personalidad humana. Cuando un bebé ha recibido todo cuanto necesitaba de la experiencia de la etapa de estar en brazos de su madre y se separa de ella por su propio deseo, puede recibir sin ningún problema la llegada de un nuevo bebé que ocupará el espacio que él ha abandonado voluntariamente. Cuando no le han quitado nada de lo que necesita no hay ninguna razón para la rivalidad.

Entre los yecuanas, hay diversos motivos para desear cosas y personas, pero ganar no se encuentra entre ellos. Aunque tengan juegos, no son juegos de competición. Las luchas que organizan no constituyen ningún campeonato, son sólo una serie de combates entre pares de hombres. La constante práctica de disparar flechas siempre se hace para alcanzar la maestría pero nunca para competir con otros chicos, y entre los hombres la caza tampoco es un juego de competición. Como los yecuanas no necesitan este tipo de actividades para su vida emocional, su cultura no se las ofrece. A nosotros nos cuesta imaginar la vida sin competir, nos cuesta tanto como sentirnos bien tal como somos.

Lo mismo ocurre con la búsqueda de cosas nuevas. Una de las características de la etapa actual de nuestra cultura es que nuestra resistencia natural al cambio se ha distorsionado. Casi parece haberse

convertido en una compulsión a cambiar con tanta regularidad que es como entrar en la monotonía o en la falta de cambio.

Hace poco apareció la idea de que lo más nuevo es lo mejor. Los anuncios se encargan de fomentar la carrera de desear cosas nuevas. No hay descanso ni respiro. Nada llega a ser nunca lo bastante bueno, lo bastante satisfactorio. Nuestro latente descontento se canaliza deseando las últimas novedades.

Entre ellas, las más destacadas son las que nos ahorran trabajo. Este tipo de aparatos ejercen una doble atracción, alimentada por dos aspectos de la falta de la experiencia de la etapa de estar en brazos. La primera, la de adquirir algo *bueno*, es reforzada por la segunda, adquirir la mayor cantidad de bienestar con el mínimo esfuerzo. En una persona con un *continuum* completo, la capacidad que tuvo en la primera infancia de obtener lo que deseaba sin necesidad de hacer nada le produjo un creciente deseo de ejercitar su capacidad para trabajar. En cambio, alguien que haya sido en el pasado un bebé pasivo que no ha experimentado aquello que deseaba, tiende a pulsar botones y a ahorrarse trabajo como si esto le asegurara que todo está siendo hecho y de que no se espera que él haga nada. El acto de pulsar un botón es parecido al de dar una señal a nuestra cuidadora, pero esta vez podemos hacerlo con la confianza de que nuestros deseos serán satisfechos. El impulso de trabajar que en un *continuum* sano es, sin duda, fuerte, se atrofia; no puede desarrollarse adecuadamente en el estéril suelo de lo poco preparado que uno está para cuidar de sí mismo. El trabajo se convierte en aquello que para la mayoría de nosotros es: una molesta necesidad. Y el aparato ahorrador de trabajo nos seduce con la promesa de la comodidad perdida. Mientras tanto, una solución para el disentimiento entre el deseo adulto de usar sus aptitudes y el deseo infantil de ser un inútil suele encontrarse acertadamente en algo llamado *recreo*.

Un hombre que trabaja por necesidad entre papeles e ideas sin disfrutar de ello, recreará su deseo innato de hacer un trabajo físico por medio de alguna actividad como el golf. El golfista, sin saber que su principal virtud es la inutilidad, camina penosamente bajo el sol acarre-

ando un pesado juego de palos y de vez en cuando se concentra en el problema de obligar a una bola a caer en un hoyo que hay en el suelo, lo que se realiza ineficazmente con el extremo de uno de los palos, en vez de coger simplemente la bola y arrojarla al hoyo. Si al golfista le obligaran a hacerlo se sentiría utilizado, pero como esta actividad se llama *recreo* y le han garantizado que sólo sirve para hacer ejercicio, puede disfrutar de ella como los yecuanas disfrutaban haciendo algún trabajo útil.

Pero ahora hay muchos jugadores de golf que han dejado que el impulso de ahorrar trabajo les estropee parte del placer que este deporte les proporcionaba, ya que un importante sector de la cultura ha sugerido que cargar con los palos no es agradable y, más recientemente, que el paseo que uno debe dar entre hoyo y hoyo cae también en la categoría de trabajo, y para evitarlo se usan unos cochecitos eléctricos. Dentro de poco, para poder recrearse los golfistas después de jugar una partida tendrán que recurrir al tenis.

La necesidad que perdura de vivir las experiencias perdidas de la etapa de estar en brazos nos empuja a comportarnos de una forma muy extraña. No resultaría fácil explicar nuestra afición por las montañas rusas con *loopings* [vueltas de 360° a toda velocidad] o sin ellos y por las norias si no fuera por el hecho de que tenemos una cantidad de tiempo sin llenar en una situación de fiable seguridad con repentinos cambios en la posición y rodeados de imponentes peligros. La atracción de cualquier animal por ser zarandeado y asustado puede sólo explicarse al descubrir qué necesidad puede colmar. Las cómodas emociones que los bebés han ido experimentado a lo largo de millones de años junto al cuerpo de su madre mientras ésta saltaba por los árboles, las sábanas, el agua o por cualquier otro entorno, no podrán vivirlas los últimos desafortunados que sólo disponen del silencio y la inmovilidad de una cuna o del movimiento amortiguado y acolchado de un cochecito, además de disfrutar de algunos brincos sobre las rodillas de alguien y, si tienen suerte, de algunos lanzamientos por al aire efectuados por un padre que aún puede oír la voz de su *continuum*.

El secreto de la atracción se encuentra en la zona segura, el asiento con un cinturón de seguridad del vagón mientras éste se desliza vertiginosamente y desciende por la vía o se eleva en el aire. Es el placer de estar a salvo en medio de lo que, de no ser así, serían unas espantosas circunstancias. La *casa del terror* tiene fantasmas y esqueletos asomándose y dándonos sustos que son agradables mientras sabemos que estamos a salvo; es la intención con la que compramos las entradas. Lo mismo ocurre con la taquillera película de monstruos que miramos desde el asiento del que estamos seguros nos levantaremos ilesos. Si en el cine fuera a entrar realmente un gorila, un dinosaurio o un vampiro en libertad, se venderían muy pocas entradas.

La tarea del bebé pegado al cuerpo de la madre es tener experiencias que le permitirán más tarde estar preparado para seguir desarrollándose para ser independiente. La contemplación y participación pasiva de estos acontecimientos asombrosos, violentos y amenazadores que son el lote diario de un bebé en brazos de su ocupada madre constituyen unos componentes básicos para que confíe en sí mismo. Forman parte de los elementos que componen el sentido del yo.

De una forma más suave, la experiencia de montar a caballo o de conducir un coche, ya sea de juguete o real, y de ir sobre o dentro de cualquier otra cosa que nos transporte, se añade a nuestra cuota sin llenar de aquel aspecto de la experiencia de estar en brazos y disminuye la determinada necesidad que tenemos de ella. La equitación o la conducción suelen ser adictivas, ya que en cuanto muchos de nosotros descubrimos el placer de viajar sobre un caballo o un automóvil nos sentimos decepcionados al volver a estar sobre nuestros pies; pero el papel de la adicción se examinará más adelante.

Las expresiones de la falta de la experiencia de estar en brazos encasilla nuestra vida y empaña las personalidades que nos rodean con tanta frecuencia que tendemos a considerarlas una parte de la naturaleza humana. Un ejemplo es el *Síndrome del Casanova*, que empuja a un hombre a intentar demostrar que es adorable al suplir con sus numero-

sas conquistas la especial cualidad del amor que debía de haber encontrado en su madre, la clase de amor que asegura la propia existencia y el valor de uno; recoger testimonios de su adorabilidad sustituye de algún modo la convicción que le falta. Cada vez que está en brazos de una nueva mujer recupera un poco aquello que le falta, hasta que al final el insaciable Casanova se *cansa* de buscar la sensación de bienestar de aquel modo y es capaz de considerar una postura más avanzada y madura hacia las mujeres. En la mayoría de Casanovas, esto ocurre en una época de la vida razonablemente temprana, pero en algunos casos nunca llegan a liberarse de la ilusión de que la conquista sexual significa apuntarse un tanto y que perfeccionar la técnica de conquistar es el camino para recuperar aquello que misteriosamente les falta en la vida.

Los *gigolós* y las cazafortunas creen que el valor del dinero asociado con las mujeres o los hombres que conquistan es la verdadera medida de su propio valor y normalmente piensan que casarse con alguien rico los convertirá en personas ricas y, por tanto, en personas gratas. Aparte de la ilusión más común que existe de que el dinero equivale a felicidad, tienen de algún modo la impresión de que el dinero equivale a amor. Las influencias culturales que perpetúan estas falacias no son difíciles de descubrir. Sin embargo, destruir la engañosa idea de que el dinero da el amor o la felicidad no resolverá el problema, ya que aquella sensación de falta de bienestar intentará entonces llenarse con algún otro deseo, y lo más probable es que sea otro igual de ilusorio.

El *Síndrome del vago* es otra manifestación de haber sufrido una carencia afectiva en la primera infancia. El vago, al igual que el bebé babeante y despeinado, desea ser amado simplemente porque él existe y descarta la posibilidad de que haya hecho algo para ganarse el aprecio de la gente al comportarse de una forma agradable. Se relame para convencerse de que cualquiera que esté cerca de él se siente complacido al saber que está disfrutando de la comida; impone su presencia física siempre que puede dejando cenizas, manchas o desperdicios para testimoniar su existencia, retando a todos los presentes a rechazarle tanto a él como a su derecho a ser amado. A medida que descubre que es rechazado, refuerza su triste afirmación a la madre cosmos: *¿Lo ves?; Nadie me*

quiere porque ni siquiera te preocupas de limpiarme la barbilla! Y se abre paso a empujones de ese modo, sin lavar, despeinado y pisando sin querer a cualquiera que encuentre a su paso. Su deseo es que la madre cosmos, como cualquier otra madre debe hacer —su *continuum* así se lo dice— se apiade de él por todo lo que ha sufrido y le acoja al final con su incondicional amor. Nunca cerrará la puerta por la que ella ha de volver — ver arreglándose, ya que sería admitir su desesperanza.

El mártir es parecido al vago, también sufre muchísimo, pero hace hincapié en la gran cantidad de sufrimiento por el que al final deberá ser recompensado. Figuras con ojos brillantes se han dirigido incondicionalmente a trincheras, piras, horcas y fauces de leones por cualquier causa. Al darlo todo, creen que al final van a ganarse el lugar correcto que les corresponde. La ventaja es que como los mártires incondicionales no vuelven para quejarse de que los han estafado, la ilusión sigue sin desvelarse para los que tienen esta inclinación, quizás por haber vivido una temprana historia con una madre que manifestaba unos exagerados signos de sentir remordimiento cuando el bebé se lastimaba.

La personalidad del actor siente con gran frecuencia la necesidad de estar en un escenario o rodeado de personas ocupándose de él para demostrar que es el centro de atención, a pesar de la molesta sensación que tiene de ser lo contrario, de ahí su absoluta necesidad de ocupar aquella posición. El exhibicionismo y el narcisismo patológicos pueden ser incluso unos intentos más desesperados si cabe para reclamar aquella esencial atención que al principio de la vida se pidió en vano constantemente. Con frecuencia puede verse que la relación *íntima* entre la madre y el futuro *llamador de atención* consistió en realidad en la madre intentando arrebatarse el centro de atención al bebé como resultado de la apremiante necesidad que ella arrastraba.

El académico compulsivo, incesante obtenedor de licenciaturas y residente perpetuo de universidades en las que se capacita para un campo u otro, ha convertido la antigua universidad en una madre de alquiler bastante adaptable. La institución es mayor y más estable que

él. Recompensa la conducta buena y castiga la conducta mala, como era de esperar. Protege al pueril adulto carente del frío y cruel mundo exterior, demasiado arriesgado para su inadecuado equipamiento emocional. El deseo de una persona adulta de afrontar los retos del mundo para desarrollarse no puede nacer en este tipo de personalidad insegura por más años que tenga.

El aventurero-conquistador, en apariencia radicalmente distinto al académico aferrado a su posición de niño con respecto a la universidad —y al hombre de negocios aferrado durante décadas a las enaguas de una compañía—, tiene la impresión, adquirida quizás de uno de sus padres, que para que los demás le acepten ha de escalar la montaña más alta o cruzar el océano en soledad en una cáscara de cacahuete: una hazaña única que promete arrebatar la atención que reciben los otros rivales. El logro de ser campeón, al alcance de cualquiera que permanezca más tiempo que nadie sobre un mástil, que sea el primer hombre blanco en llegar a alguna parte o que cruce una cascada andando por una cuerda floja se parece mucho a lo que uno quiere hasta que, como es natural, al alcanzarlo pierde el atractivo y se persigue un nuevo proyecto que parece ser lo real, la respuesta, el pasaporte al bienestar.

El viajero compulsivo tiene una clase muy parecida de sustentadora ilusión. Los lugares nuevos prometen ser el lugar perfecto, ya que la ilusión del mágico retorno a los brazos maternos es insostenible en ninguna realidad claramente percibida. Así, el relativo verdor de los lejanos campos brilla tentador para el *si sólo* que cree, por razones que no recuerda ni él mismo, que la plenitud se encuentra en cambiar, yendo a un determinado lugar.

El deseo de estar justamente en el centro de la vida, consecuente con la naturaleza del *continuum* humano y con sus siglos de experiencia, parece ser una prueba de que dicho centro puede alcanzarse. Intentar encontrar la plenitud inalcanzada en el futuro forma parte del diseño humano, ya que sólo de ese modo puede servir como un móvil para completar el desarrollo. Esta creencia, inmune a la razón o a las lecciones aprendidas de la experiencia personal, nos atrae poniendo

un señuelo frente a nosotros como se supone que debe hacer, al margen de lo fuera que esté del contexto o de lo retrasada que esté en el programa. Los *si sólo* de un tipo o de otro explican una enorme cantidad de la fuerza activa que motiva a las personas del mundo civilizado.

Más tristes aún de contemplar son quizás aquellos individuos con señales de padecer carencias afectivas que perpetúan su dolor en otros. Los niños maltratados son los casos más evidentes de entre una multitud de personas que han sufrido en manos de unos padres con carencias afectivas que también sufrían.

El profesor C. Henry Kempe, presidente del Departamento de Pediatría del Centro Médico de Colorado, descubrió en sus investigaciones realizadas con 1.000 familias que el 20% de las mujeres tienen dificultades para *despertar su instinto maternal*. Dijo: *Muchas madres no aman demasiado a sus bebés*⁷. Su desafortunada interpretación de las cifras fue que como muchas madres eran incapaces de amar a sus hijos, el amor materno como instinto natural debía de ser *un mito* (ver pág. 98). Su mensaje fue que era un error esperar que cada madre fuera como una virgen totalmente generosa y protectora con su hijo, y culpó a los grandes maestros de lavar el cerebro de la gente para hacerles creer que así debía ser. Sin embargo, sus descubrimientos hablan por sí mismos en cuanto al maltrato a los bebés: *Todas las investigaciones apuntan a un hecho irrefutable: los niños maltratados se convierten en padres maltratados*. Y se descubrió que una de las circunstancias que producía este tipo de brutalidad en los padres era que de alguna manera durante su niñez *no habían recibido el amor de una madre* a lo largo de la línea de desarrollo al no disponer del maestro, de los amigos, los amantes o del esposo o la esposa adecuados.

Las madres o los padres dice Kempe, que no hayan recibido el amor de una madre son incapaces de ser buenos padres, aunque esperan que su hijo sea capaz de amarlos; esperan mucho más de lo que un bebé es capaz

¹ C. H. Kempe y R. Helfer: *Niños maltratados*, Ed. Morata, Madrid, 1998.

de dar y consideran los llantos de su hijo como un rechazo. Y citó la frase de una madre inteligente y culta que decía: Como cuando él lloraba significaba que no me quería, y yo le pegaba.

Esperar que el propio bebé necesitado de amor acabe ofreciéndoles el amor que ellas están buscando es la tragedia de muchas mujeres. Y, por supuesto, constituye un factor decisivo en la calidad de la carencia afectiva que el niño sufrirá. Al bebé no sólo se le niega una gran cantidad de amor y atención necesarios sino que ha de competir por ellos contra una persona de mucha más edad y fuerza. ¿Acaso puede haber algo más patético que un bebé que llora pidiendo atención y una madre que le pega porque él no le ofrece el amor maternal que ella está deseando?

En este tipo de juego no hay ganador ni villano. Todo cuanto puede descubrirse de un horizonte a otro son víctimas de víctimas.

Los niños con quemaduras constituyen una expresión más indirecta de los padres con carencias afectivas. Los casos suelen catalogarse como un accidente, pero Helen L. Martin, investigadora de la Unidad de Quemados del Hospital para Niños Enfermos de Londres, descubrió que no era así. Al estudiar cincuenta casos durante siete meses llegó a la conclusión de que la mayoría de las quemaduras son en realidad el resultado de *problemas emocionales*. Descubrió que, salvo en cinco casos, el resto de las quemaduras habían ocurrido durante situaciones conflictivas: mientras la madre estaba tensa, entre el niño y algún otro miembro de la familia o entre adultos hostiles. De forma reveladora, sólo dos casos de quemaduras ocurrieron mientras el niño estaba solo.

Los padres que hacen que sus hijos se quemen, al contrario de los maltratadores, no obran abiertamente con la intención de hacerles daño sino que se encuentran divididos entre la ira y la frustración infantil que sienten y los sentimientos protectores que tienen hacia sus hijos. Inconscientemente, la madre infeliz, al usar el arma de la expectativa para sugerir a su hijo que se quemara y fomentar el accidente quizás dejando la sopa hirviendo en un lugar demasiado accesible, puede aparentar ser una madre virtuosa y, al mismo tiempo, castigarse a sí

misma con un sentimiento de culpa mientras se esfuerza para que la madre indignada pueda vivir en la misma piel que la niña destructiva y llena de odio que ella también es.

Al parecer, cerca de la mitad de las madres que no fueron *cuidadas* por sus esposos cuando sus hijos se habían quemado, calificaron la actitud que mantenían hacia su hombre de *distante, indiferente u hostil*. En un grupo de control formado por cincuenta familias de la misma edad y entorno social, Helen Martin sólo encontró a tres que se sintieran de aquel modo.

La criminalidad, cuando constituye un rasgo patológico de la personalidad, también puede proceder de no querer seguir las reglas de los adultos ni ganarse la vida como un adulto más. El ladrón puede que no soporte trabajar para conseguir las cosas que necesita y desea, de algún modo, que su madre se las dé libremente. El hecho de que a menudo deba esforzarse para conseguir algunos pocos objetos *gratis* no importa, ya que lo esencial es que al final cree haber *conseguido algo sin que le cueste nada* de la madre cósmica.

La necesidad de ser castigado o de recibir atención que puede albergar un delincuente suele formar parte de la relación infantil que mantiene con la sociedad, a la cual le roba objetos de valor, los signos de amor que ésta le niega; quienes estudian la conducta civilizada no desconocen estos fenómenos, pero si se consideran como manifestaciones del *continuum* interrumpido se comprenden con más claridad.

Las enfermedades físicas, que pueden interpretarse como un intento del organismo de recuperar la estabilidad mientras sufre un ataque o tras haberlo padecido, desempeñan diversos papeles. Como ya se ha visto, uno de ellos es el efecto *reparador* que el castigo tiene sobre el insoportable dolor producido por un sentimiento de culpa.

En épocas de especial necesidad emocional, el *continuum* puede lograr que enfermemos y dependamos del cuidado de los demás, cuidado que nos cuesta recibir cuando somos adultos sanos. La necesidad de atención puede asignarse a una persona, al círculo familiar y los

amigos o al sistema hospitalario. Un hospital, aunque parezca impersonal, pone al paciente en la posición de un bebé, y aunque carezca del suficiente personal y sea inadecuado, asume la responsabilidad de alimentarlo y decidir por él, situación que no es distinta del trato que el paciente pudo haber recibido mientras era un bebé en manos de una madre poco atenta. Aunque el hospital no le dé forzosamente todo cuanto necesita, es posible que sea lo que más se acerca a ello.

En el Loeb Center for Nursing and Rehabilitation del Montefiore Hospital de Nueva York se encontraron con descubrimientos muy relacionados con los principios del *continuum*. En 1966, el centro logró recortar el índice de reingresos en un 80% a través del método de *aceptar* a los pacientes y animarlos a hablar de sus problemas. Lydia Hall, enfermera, directora y fundadora del centro, dijo que los cuidados de una enfermera equivalían a los de una madre. Afirmó: *Al paciente le damos lo que nos pide en el acto, por más trivial que parezca.*

Genrose Alfano, directora adjunta del centro, al comprender la tendencia a volver o a experimentar una regresión a una postura emocional infantil al estar bajo estrés, dijo: *Muchas personas enferman porque son incapaces de afrontar su vida. Cuando aprenden a resolver sus problemas por sí solas, no necesitan enfermar.*

Por supuesto, antes de enfermar la mayoría de los pacientes estaban afrontando sus propios problemas de un modo u otro, pero cuando la situación les sobrepasó, necesitaron recibir apoyo, como Awadahu, que se agarró a su madre cuando vino a verme por el dolor de muelas o como aquella víctima de gangrena que recurrió a su mujer para superar su dolorosa experiencia. El centro, al poner en práctica la técnica de los cuidados maternos, había descubierto que la recuperación era también más rápida. La enfermera Hall dijo que la fractura de caderas de un paciente sano, una lesión común, se curaba en la mitad del tiempo necesario. La mayoría de pacientes, después de un infarto, tienen que permanecer en cama tres semanas, pero según la cardióloga Ira Rubin, los pacientes del Loeb Center estaban lo suficientemente recuperados como para poder levantarse al final de la segunda semana. La

doctora Rubin dijo: *Si coges a una persona mayor que no tiene contacto con la gente y la pones en un entorno social donde los demás se interesan por ella, donde pueda hablar de sus problemas familiares, recupera el tono muscular con más rapidez.*

En un estudio realizado con 250 pacientes seleccionados al azar, se demostró que sólo el 3'6% de los pacientes del centro tuvieron que ser reingresados al cabo de doce meses, comparados con el 18% de los que recibieron atención domiciliaria. No es difícil interpretar estas cifras como una evidencia de que la atención que más se parece de una forma deliberada al cuidado materno colma con más eficacia la necesidad emocional que llevó al paciente a caer enfermo y ser hospitalizado. Satisfacer la carencia experiencial acorta la necesidad de ser dependiente y da la fuerza necesaria para recuperar el ritmo de vida que un adulto o un niño pueden normalmente llevar.

Quizás las investigaciones confirmarán que de todas las expresiones de haberse visto privado de la experiencia de la etapa de estar en brazos, una de las más directas sea la adicción a narcóticos como la heroína. Sólo las investigaciones podrán determinar la precisa relación que existe entre esta carencia y la adicción, y cuando lo haga, las numerosas formas de adicción —al alcohol, al tabaco, al juego, a los barbitúricos o a morderse las uñas— podrán empezar a tener sentido a la luz del concepto del *continuum* de las necesidades humanas.

Para simplificar, consideraremos sólo al heroinómano. La heroína es químicamente adictiva porque crea en el cuerpo dependencia y porque su efecto disminuye con el uso, con lo que la droga produce cada vez menos el efecto deseado. Al final, el heroinómano ya no busca *colocarse* con la droga, sino eliminar el síndrome de abstinencia. Al intentar llevar la delantera al estrechante círculo de la demanda y el consumo, los heroinómanos se ven a veces empujados a consumir una dosis fatal. Con frecuencia afrontan a posta el tormento del síndrome de abstinencia para *limpiarse* y liberarse del creciente desequilibrio químico causado por el uso. Se liberan a sí mismos de la dependencia física una y otra vez no sólo para poder combatir el síndrome de abstinencia-

cia sino para poder *colocarse* de nuevo. De modo que una gran cantidad del sufrimiento del heroinómano consiste en luchar contra la corriente de la imperiosa necesidad del cuerpo, contra el dolor y la violenta enfermedad del síndrome de abstinencia, para desengancharse y poder empezar de nuevo a estar *colocado*. Saber que deberán pagar por ello teniendo que volver a repetir el terrible ciclo no los detiene.

¿Por qué? Si pueden salir de la llamada adicción una y otra vez, ¿por qué vuelven a engancharse? ¿Qué tiene la sensación de estar colocado para que sea tan irresistible que el mero recuerdo de ella haga que cientos de miles de personas tengan el mono, vuelvan a engancharse, estén a punto de morir, roben, se prostituyan o pierdan sus hogares y sus familias y todo cuanto han amado o poseído?

Creo que la fatal atracción de estar colocado no se ha entendido. Se ha confundido con la necesidad que la droga crea en la química del cuerpo, que le insta a seguir consumiéndola y aumentar su uso una vez que ha alterado el equilibrio químico a su favor. Pero cuando la droga deja de consumirse y el cuerpo se ha limpiado de sus últimos vestigios, la adicción química ha cesado. Sólo permanece el recuerdo, el imborrable recuerdo de la sensación que uno ha tenido.

Un drogadicto de veinticuatro años dijo:

Bueno, la temporada más larga que conseguí por mí mismo estar sin drogarme cuando vivía en la calle fue cuando uno de mis hermanos mayores murió de sobredosis. Yo no quería drogarme. Creo que fueron dos, tres semanas. Pensé que de veras iba a conseguirlo —que iba a limpiarme— por mi hermano. Y entonces un día, mientras paseaba con uno de mis otros hermanos, vi a aquel chico que conocía parado en una esquina. Se encontraba mal. Yo me estaba portando bien, iba bien vestido y llevaba una buena vida. Era feliz. Como se encontraba mal le pregunté: '¿Que te estás chutando? ¿Qué dosis necesitas?' Y él me dijo: 'Dos bolsas', de modo que le di seis pavos. Yo sabía adonde iba, lo que iba a hacer y también lo que iba a sentir. Debí despertar algo que estaba enterrado en el fondo de mi mente. Miré a mi hermano. El sabía lo que me estaba pasando por la cabeza y se encogió de hombros como diciendo 'No me importa'. Así que le dije a aquel

chico: 'Toma, aquí tienes seis dólares. Compra dos bolsas más'. Después fuimos al lavabo de un hotel; él se pinchó primero porque se encontraba mal, después lo hizo mi hermano y después yo preparé la mercancía y me quedé sentado con ella en la mano. No podía dejar de pensar en mi hermano muerto. No quería usarla por lo que le había pasado. Después me dije a mí mismo como si hablara con él: 'Espero que lo entiendas. Ya sabes lo que es'.

Pensó que su hermano iba a perdonarlo por tomarse su muerte menos en serio que la necesidad de volver a experimentar aquella sensación. Su hermano la había conocido personalmente y sabía que uno no podía dejar de volver a ella. El recuerdo de estar colocado surgió, como él dijo, *del fondo de mi mente*. Pero, ¿qué ocurrió realmente? Él sólo puede entreverlo. ¿Cuál es el componente de la mente humana que decide sacrificar todo aquello que se debe sacrificar para satisfacer esta única necesidad?

Otro drogadicto lo explicó del siguiente modo: dijo que los demás deseaban muchas cosas para ser felices: amor, dinero, poder, esposas, hijos, ser atractivos, posición social, ropa, casas bonitas y todo lo demás, pero que el drogadicto sólo deseaba una sola cosa: todo cuanto pedía se lo daba de golpe la droga.

Esta sensación, el estado de estar colocado del que hablan, suele considerarse una sensación extraña que no se parece a ninguna experiencia que pueda tener una persona normal, que no corresponde a nada natural y que no mantiene ninguna relación comprensible con la estructura de la personalidad humana. Normalmente se dice que la droga sólo atrapa a los débiles, inmaduros e irresponsables. Pero esto no explica qué es lo que constituye en la droga una atracción tan poderosa como para vencer a todas las otras numerosas atracciones del mundo civilizado a las que una persona débil puede ser vulnerable. La vida de un heroinómano no es fácil, por no decir algo peor, y tacharlo de debilucho no basta. Aún queda por comprender con claridad la diferencia que existe entre una persona temporalmente *limpia* con tendencia a reengancharse y otra que no haya probado jamás la droga.

Una drogadicta a la que le preguntaron si nunca había mirado por la calle a una chica *convencional* que no se drogara, interrumpió la frase para decir: *¿Y envidiado? Sí. Cada día. Porque ella ignora lo que yo conozco. Nunca podría ser tan convencional como ella. Una vez lo fui, pero cuando me pinché por primera vez ya nada fue como antes porque entonces ya conocía esa sensación. Pero tampoco es explícita ni puede describirla; sólo se refiere a ella como una sensación importantísima: Sabía lo que era estar colocada. Sabía lo que era inyectarme heroína. Incluso cuando corté con la heroína, mi primer vicio y el peor que jamás haya superado, lo hice sólo con mi fuerza de voluntad, pero después seguí con ella.*

Esta chica no era tan débil como parecía porque había pasado por la terrible experiencia de dejar de consumir heroína sin la ayuda de una droga intermedia como la metadona, y no había estado en la cárcel ni en un hospital en el que la imposibilidad de obtenerla pudiera aliviar la constante presión a la que su fuerza de voluntad se veía sometida. Lo que no podía hacer era olvidar lo que conocía, dejar de envidiar a la chica convencional cada día de su vida por desconocer... la sensación de estar colocada.

Según los hechos, me parece sumamente ingenuo asumir que aquellos de nosotros que desconocemos lo que ella conoce nos comportaríamos de una manera muy distinta si lo conociéramos. Se han dado innumerables casos de personas *normales* que han adquirido precisamente la misma clase de adicción, porque al recibir morfina en un hospital por una dolorosa enfermedad se volvieron adictas a ella y se vieron obligadas a llevar la delictiva vida de un drogadicto que debe mantener su vicio sin ayuda médica. Ni los hogares ni las familias han sido lo bastante importantes como para contrarrestar la misteriosa atracción que ejerce la droga. Hay constancia de la devastación resultante.

Los psiquiatras que han realizado profundas investigaciones sobre los drogadictos afirman que la mayoría de ellos son sumamente narcisistas y que su intensa preocupación por la heroína es una manifestación de una preocupación emocional más profunda que tienen con ellos mismos. También muestran su carácter infantil de otro modo. Al

buscar la heroína demuestran tener una inmensa astucia y valor de adulto, pero una vez han obtenido su dosis, estas cualidades desaparecen. Tienen fama de ser muy torpes para evitar ser arrestados: se ocultan en lugares de una ingenua obviedad, se arriesgan incesantemente y siempre culpan a alguien o algo de su detención. Se dice que la característica emocional dominante del adicto es su gran obsesión por no querer responsabilizarse de su propia vida. Un psiquiatra contó que cuando una de sus pacientes drogadictas vio a otra paciente en un pulmón de acero se enfureció y exigió que el aparato fuera para ella⁸.

Según parece, y de modo muy esencial, la sensación que da la heroína es como la sensación que tiene un bebé al estar en brazos. La búsqueda larga y sin rumbo de algo vago finaliza cuando el heroinóma- no experimenta la sensación insatisfecha. Una vez sabe cómo alcanzarla, no puede seguir buscándola de la forma en que el resto de nosotros lo hacemos. Eso es quizás a lo que aquella drogadicta se refería al decir *cuando me pinché por primera vez, ya nada fue como antes, porque entonces ya conocía esa sensación*. El *nada fue como antes* del que habla es el móvil para encontrar el camino que conduce a esa sensación, el tortuoso camino que recorrerá a ciegas, a tientas y que en realidad nunca le llevará hasta allí, es el motivo para comportarse de la manera que uno se comporta al buscarlo. Una persona convencional no llega a conocer la meta de una forma tan inmediata y va avanzando con bastante tranquilidad por el laberinto de ilusiones que parece llevarle hacia la dirección correcta, encontrando a lo largo del camino sus pequeñas y relativas satisfacciones. Pero el drogadicto sabe dónde está, en qué lugar puede obtenerlo, como el bebé que recibe lo que quiere en brazos de su madre; y no puede resistir la tentación de volver, con aire de culpabilidad, acosado, andrajoso y enfermo, a lo que en realidad era su experiencia por derecho de nacimiento. La amenaza de los horrores que rodean la vida de un drogadicto, o incluso la misma muerte, no tienen ninguna fuerza disuasoria ante esta necesidad esencial.

⁸ Se encuentra en la primera parte del artículo de James Mills publicado en *Life* del 29.02.1965.

Si llegan a sobrevivir, la mayoría de los drogadictos dejarán de consumir después de años por la comprensible razón de que ya han pasado las suficientes horas bajo su influencia como para haber satisfecho la necesidad de la experiencia de estar en brazos que tenían desde que eran bebés, y por fin están preparados para pasar emocionalmente a la siguiente serie de motivos, como un bebé yecua que ya lo está antes de cumplir un año de vida. Es difícil explicar de cualquier otro modo el espontáneo cese de la adicción después de haber estado esclavizado a ella durante años, pero el hecho es que apenas hay ancianos drogadictos, y no es porque hayan muerto.

Las investigaciones demostrarán pronto si la psicoterapia del tipo del que se ha hablado en la introducción puede sustituir al consumo de drogas. Si es así, parece que los drogadictos están tan enfermos porque la enfermedad que todos compartimos ha sido cruelmente sacada a la superficie en ellos, su carencia experiencial se ha visto enfrentada a la satisfacción de la necesidad, aunque ésta sea un mortal sustituto de la satisfacción original que les correspondía. Puede que los drogadictos necesiten recibir un tratamiento urgente, aunque algún día se verá que es la única diferencia que hay entre ellos y la mayoría de nosotros.

Vi en televisión un programa que daban el domingo por la noche con una acalorada discusión sobre ética. Había sacerdotes, ateos humanistas y un joven con el pelo largo cuya prioridad era la legalización de la marihuana para mejorar la sociedad; también había una monja y una pareja de escritores que opinaron sobre el comportamiento de la gente. Se me ocurrió que a pesar de sus discrepancias y de toda la emoción que invertían en sus posturas, tenían más cosas en común que diferencias. Todos ellos defendían una u otra línea fuertemente. A su manera, todos eran unos idealistas. Algunos de ellos querían más restricciones, más disciplina; otros, más libertad; pero todos deseaban mejorar la condición humana. Eran unos buscadores, unos *si sólo*, pero sus ideas de lo que ocurriría después de *si sólo* eran muy variadas.

Lo que llamamos el sentido ético era el sentido del *continuum* bajo diversas formas. Había un anhelo por el orden, un orden que satis-

ficiera las necesidades del animal humano, que encajase sin ser una gran carga y permitiese un grado de elección adecuado a los intereses del bienestar. Era la gente de la sociedad que había *cambiado* o *progresado* intentando pensar cómo podía alcanzarse aquella satisfacción estable que los individuos con un *continuum* correcto han obtenido a través de una larga evolución social.

Pero hay dos elementos distintos que contribuyen a la sensación tan general en nosotros de que algo va mal: uno es el sentido del *continuum* del individuo que actúa en él como un indicador de lo que corresponde a sus expectativas; el otro es incluso un sentido más primordial aún. En todas las mitologías existe la premisa común de que todos poseímos en el pasado la serenidad y de que podemos recuperarla en algún momento.

Haber perdido, en una época temprana, nuestro lugar en un *continuum* de un trato y un entorno adecuados no explica totalmente el hecho de estar sujetos universalmente a la convicción de que hemos perdido la serenidad. Incluso individuos como los relajados y alegres yecuanas, que no han sido privados de las experiencias que esperaban, cuentan con una mitología que incluye la pérdida de la gracia divina o dicha, y la idea de que viven fuera de ese estado perdido. Su mitología también les ofrece la esperanza de poder regresar a él por medio del ritual, las costumbres y la vida en el más allá. Describir sus particulares detalles no viene al caso. Lo importante es la estructura básica que la antropología multicultural ha descubierto que es universal en el mito religioso. Por lo visto, basta con ser humano para necesitar explicaciones y promesas que satisfagan unos anhelos inherentes.

Parece ser que en aquel larguísimo periodo que se remonta a cientos de millones de años, antes de que nuestros precursores desarrollaran un intelecto capaz de reflexionar sobre temas problemáticos como nuestra mortalidad y el sentido de la vida, vivíamos realmente de la única forma dichosa que hay: totalmente en el presente. Al igual que el resto de animales, gozábamos de la gran bendición de ser incapaces de preocuparnos. Aunque por naturaleza tuviéramos que soportar moles-

tias, hambre, heridas, miedos y privaciones, la pérdida de la gracia divina, descrita siempre como una elección equivocada, no podrían haberla experimentado unas criaturas sin una mente lo suficientemente desarrollada como para tomar una decisión. La pérdida de la gracia divina sólo es posible con la llegada de la capacidad de elegir. Y la dicha de la inocencia —la incapacidad para elegir erróneamente— sólo desaparece con la elección. Lo que destruye la inocencia no es el hecho de haber elegido mal sino la capacidad de elegir. No es difícil imaginar que aquellos siglos de inocencia han quedado tan grabados en nuestras expectativas más antiguas que tenemos la sensación de que la serenidad que llega con la inocencia puede de algún modo alcanzarse. Gozamos de ella en el útero y la perdemos cuando empezamos a pensar en la primera infancia. Parece estar tan cerca y al mismo tiempo tan lejos... uno casi puede recordarla. Y en los momentos de iluminación o éxtasis sexual incluso parece estar al alcance de la mano, ser asequible, real... hasta que la conciencia del pasado y del futuro, los recuerdos y las especulaciones reaparecen para corromper la pura sensación del presente, la sencilla y perfecta sensación de ser.

En la antiquísima búsqueda de esta sensación de puro *ser*, de esta sensación de *talidad* de las cosas, de todas las cosas, no condicionada por elecciones ni por relatividades, el ser humano ha buscado y encontrado disciplinas y rituales con los que invertir la tendencia a pensar. Se han descubierto métodos para aquietar los galopantes pensamientos del ser humano, para pacificarlo, para permitirle no pensar sino sólo ser. Se ha adiestrado la conciencia con distintos medios para que descance en la vacuidad o en algún objeto, palabra, canto o ejercicio. Las molestias y el dolor se han usado para distraer a la mente de sus desasosegadas correrías, para llevarla al presente, para liberarla de la responsabilidad de estar siempre especulando.

Meditación es la palabra que suele asignarse a este procedimiento de dejar de pensar. Es esencial en muchas escuelas de disciplina que pretenden elevar el nivel de serenidad. Una técnica comúnmente usada es la repetición de un mantra, de una palabra o de una frase como un eliminador de los pensamientos de tipo asociativo que la mente tien-

de a perseguir. A medida que la procesión de pensamientos va disminuyendo y se detiene, el estado fisiológico del sujeto cambia para parecerse, en ciertos aspectos, al de un bebé. La respiración se vuelve más superficial, y los experimentos recientes han demostrado que las ondas cerebrales que aparecen en este estado son distintas de las de un adulto despierto o dormido.

Las personas que meditan regularmente experimentan un aparente aumento de serenidad, a veces llamada espiritualidad, que irradia una influencia estabilizadora el resto del tiempo, durante el cual se deja que los pensamientos se manifiesten libremente. Es como si a pesar de ser, en el caso de las personas del mundo civilizado, individuos a quienes se les privó de la experiencia de estar en brazos, estuvieran llenando aquel espacio de la experiencia no vivida de la primera infancia que les habría provisto de una mayor serenidad, al entrar en un estado como el que les faltó, estado que posiblemente también se alcanza a través de los opiáceos. Las personas con más carencias, las de nuestra cultura occidental, si meditan, necesitarán dedicar mucho tiempo para llegar a alcanzar la quietud que posee un bebé de un año con un *continuum* completo. Les tomará muchísimo más tiempo recuperar la dosis perdida de serenidad que a las personas de otras culturas cuyas infancias incluyeron una mayor proporción de la experiencia de estar en brazos.

Como los orientales, que en general estuvieron menos privados de esta experiencia que el promedio de los occidentales, tienen un cociente de serenidad proporcionalmente mayor, si siguen alguna de sus escuelas de disciplina espiritual —zen, yoga, meditación trascendental o sea cual sea— no necesitarán ir tan lejos para empezar a abrirse paso para recuperar la serenidad que la especie humana perdió al alejarse de la inocencia animal. La necesidad infantil más urgente tiene prioridad, pero a base de tiempo y perseverancia, van pasando de un nivel de paz a otro hasta que, en teoría, alcanzan un estado sencillo e imperturbable que les inmuniza contra las preocupaciones y los problemas que siguen alterándonos al resto de nosotros. Los hombres sensatos, los sabios o los gurús son hombres y mujeres que se han liberado de la tiranía de sus

procesos mentales; no otorgan a las cosas ni a los eventos de su alrededor la relativa importancia que nosotros les damos.

Cuando los conocí, una gran proporción de indios sanemas — mayor que la de sus vecinos yecuanas— se dedicaban a cultivar activamente esta serenidad o espiritualidad extra. Aunque su método incluya el uso ocasional de drogas alucinógenas, consiste principalmente en cantos. El canto, iniciado con la repetición de una única breve frase musical de tres o cuatro sílabas, es continuado, como el mantra, sin ningún esfuerzo hasta que empieza a elaborarse a sí mismo con notas o sílabas cambiadas o añadidas sin que el que canta haga el menor esfuerzo consciente. Los cantores experimentados, como los meditadores experimentados, van refinando rápidamente la ausencia de esfuerzo; cambian de pensar a no pensar fácilmente, pero el principiante debe evitar cualquier esfuerzo, evitar las actividades del intelecto y volver a la frase original siempre que la mente interponga alguna idea que interrumpa los cambios totalmente espontáneos del canto.

Como a los sanemas, igual que a los yecuanas, no les privaron en la primera infancia de las experiencias esperadas, nos llevan una enorme ventaja en el camino hacia la serenidad. Con una personalidad basada sólidamente en la sensación del propio bienestar, el sanema reproduce el gozo de un bebé que no piensa puede irse liberando con frecuencia y durante mucho tiempo de las desventajas que rodean al intelecto con una rapidez y un efecto mucho mayores. La proporción de sanemas que han alcanzado realmente un estado increíble de alegría y armonía con su entorno es asombrosa, y estoy segura de que sería imposible igualarla en ninguna parte de Occidente o de Oriente. En cada clan hay varias personas que viven de una forma tan serena y feliz como los gurús más avanzados. Conozco familias en las que cada uno de los adultos que la conforman goza de estas cualidades tan infrecuentes en el mundo civilizado.

Al poco tiempo de estar con ellos, ya podía adivinar con bastante precisión de entre un grupo de sanemas quiénes eran chamanes por la expresión especial de sus rostros, ya que estas personas sumamen-

te serenas son las que suelen dedicarse al chamanismo. La relación que existe entre el sereno estado del cultivado cantor y los poderes que pueda tener como chamán es complicada y misteriosa, y lo poco que sé acerca de ello no viene al caso, lo importante es el grado de bienestar que alcanza y por qué.

El ritual es otra forma de liberarse de la carga de tener que elegir. Las palabras y la acción se ejecutan usando la mente y el cuerpo siguiendo un patrón predeterminado. El sistema nervioso está ocupado actuando y experimentando, pero no es necesario pensar ni elegir nada. El estado mental en el que uno se encuentra es muy parecido al de un bebé o al de cualquier otra especie animal. Durante el ritual, en especial si uno realiza una parte activa en él como bailar o cantar, el organismo es gobernado por una bandera mucho más antigua que la del intelecto. El intelecto descansa, detiene su continuo deseo de saltar de asociación en asociación, de suposición en suposición, de decisión en decisión. El descanso no sólo renueva al intelecto sino también al sistema nervioso. Añade una medida de serenidad para equilibrar la falta de serenidad producida por los pensamientos.

Durante mucho tiempo, se ha visto en todo el mundo que la repetición se usa con el mismo fin. Tanto si se trata del estable sonido de un tambor, del monótono canto de un rito, de un relajado cabeceo, de los pies repiqueteando en el suelo, de una sesión alucinante en una discoteca o de cincuenta avemarias, el efecto es *purificar*. La serenidad comparece, y la ansiedad se retira. El ansioso bebé de nuestro interior se calma temporalmente; la experiencia no vivida se satisface un poco más o los que sólo desean aplacar su atávica nostalgia por la inocencia la obtienen. Todos los que entregan durante un tiempo las riendas del intelecto al ser que no piensa se benefician de un mayor bienestar.

La sociedad

Aunque a lo largo de la infancia y adultez nos vayamos adaptando cada vez más a una inmensa variedad de circunstancias, siempre hay unos límites dentro de los cuales funcionamos óptimamente. Mientras que para un bebé es principalmente la conducta de sus cuidadores la que debe satisfacer sus necesidades, el individuo en crecimiento necesita cada vez más el apoyo de su sociedad y cultura para colmar sus expectativas innatas. El hombre puede sobrevivir en unas terribles condiciones *anticontinuum* pero, como ser humano completo que es, puede perder el bienestar, la alegría y la plenitud.

Desde muchos puntos de vista sería mejor si hubiera muerto, ya que la fuerza vital, en su incesante tendencia a reparar el daño y completar las fases de desarrollo emplea, como instrumentos la ansiedad, el dolor y toda una serie de otras maneras de señalar que las cosas no van bien. El resultado es la infelicidad en cualquiera de sus formas. En el mundo civilizado, un resultado frecuente del funcionamiento del sistema es sentir una constante desdicha. Con demasiada frecuencia, las antiguas necesidades insatisfechas nos presionan desde dentro, mientras que las circunstancias nos presionan desde fuera, y nuestra preparación inadecuada como especie o nuestra falta de madurez como individuos nos impiden afrontar esta situación. Estamos llevando una vida para la que nuestra evolución no nos ha preparado y en el intento por enfrentarnos a la situación también estamos en una situación de clara desventaja, ya que nuestras facultades están dañadas por carencias personales.

Nuestro nivel de vida sube sin que nuestro nivel de bienestar o calidad de vida aumenten, salvo en raros casos que se presentan en el punto más bajo de la escala socioeconómica, donde problemas como el hambre y el frío siguen siendo factores reales en la pérdida del bienestar. Pero normalmente las causas de la infelicidad no son tan claras.

Posiblemente la causa más común de la pérdida de un nivel existente de bienestar y de la aparición de sensaciones realmente desagradables sea el temor a la capacidad de uno mismo para relacionarse con los demás. El yo, basándose en la antigua sensación de haberle fal-

tado algo que le habría hecho sentirse bien, se ha debilitado en su misma base y es presa con más facilidad de la ansiedad con los reveses diarios. Pero nuestras expectativas también incluyen una cultura adecuada en la que usar nuestras facultades, y siempre que las circunstancias de una persona no puedan mantenerse dentro de los parámetros de esas expectativas experimentará una pérdida del bienestar a medida que vaya descubriendo que no puede adaptarse a ellas.

Es poco práctico, irrealista y utópico describir una cultura a la que la nuestra pudiera cambiar que llenara las necesidades de nuestro *continuum*. Aunque el cambio lograra hacerse, sería inútil, ya que a no ser que fuéramos los primeros en hacerla funcionar, sería un ejercicio poco satisfactorio condenado a una deformación inmediata y al final a la desintegración.

Pero puede ser valioso intentar conocer algunas de las cualidades que una cultura necesitaría tener, en una u otra forma, para poder adaptarse a las necesidades de los *continuum*s de sus miembros. En primer lugar, necesitaría tener un lenguaje en el que el potencial humano para expresarse verbalmente pudiera crecer. Un niño ha de poder oír a los adultos conversando unos con otros y relacionarse con otros niños de su edad con los que pueda comunicarse a su propio nivel de intereses y desarrollo. También es importante que se relacione siempre con otras personas algo mayores que él para tener un sentido de adonde va antes de llegar allí. Esto le ayudará a familiarizarse con el contenido de sus crecientes intereses para poder adoptarlo fácilmente cuando esté preparado para ello.

Del mismo modo, las actividades de un niño necesitan recibir aceptación y ejemplo. Una sociedad que no se los ofrezca reducirá la eficiencia y sociabilidad de sus miembros.

Un signo seguro de que en una sociedad hay una seria carencia es la existencia de la brecha generacional. Si la generación más joven no se enorgullece de ser como sus mayores, significa que la sociedad ha perdido su propio *continuum*, su propia estabilidad, y probablemente no tenga una cultura digna de ser llamada como tal, ya que estará cam-

biando constantemente de una insatisfactoria serie de valores a otra. Si los miembros más jóvenes de la sociedad creen que los mayores son ridículos, que están equivocados o que son aburridos, no tendrán ningún camino natural que seguir. Se sentirán perdidos, degradados, engañados y enojados. Los mayores también se sentirán estafados y resentidos por la pérdida de la continuidad de la cultura y sufrirán como consecuencia la sensación de llevar una vida sin sentido, al igual que los jóvenes.

La constante promesa de *mañana será mejor* —sin la cual nuestras vidas parecerían tan insoportables que apenas podríamos imaginarlo— no tiene ningún interés para los miembros de una sociedad evolucionada, estable, orgullosa y feliz. Su resistencia al cambio conserva sus costumbres y actúa para descartar la innovación. Por otro lado, nuestra insatisfacción, basada en las carencias y en la alienación masiva, aplasta la expresión cultural de nuestra tendencia natural a resistirnos al cambio y hace que sea imperativo poder esperar *algo mejor*, al margen de las *ventajas* que cualquiera de nosotros tenga ahora.

Es necesario un estilo de vida que no cambie y que requiera el trabajo y la cooperación de sus miembros en unas cantidades que no sean excesivas para la naturaleza de éstos. Una persona cuyas primeras necesidades han sido satisfechas ha de tener un trabajo que le guste para que desee comportarse socialmente en libertad y ejercer sus capacidades.

Las familias deben mantener un estrecho contacto con otras familias, y todo el mundo, durante su vida laboral, debería de tener la oportunidad de gozar de compañerismo y cooperación. Una mujer que se queda sola cada día con sus hijos se ve privada del estímulo social y necesita el apoyo emocional e intelectual que ellos no pueden darle. El resultado es malo para la madre, el hijo, la familia y la sociedad.

En nuestra sociedad, las amas de casa, en lugar de desempeñar el papel de resignadas esposas, podrían hacer las tareas domésticas con amigas que vivieran cerca, limpiando quizás juntas una casa y después, la otra. Lo que ahora se llaman grupos de actividades lúdico-educativas contienen todos los ingredientes para que un grupo de trabajo tenga éxito en el que las madres, y también otras personas, puedan dedi-

carse a tareas útiles e interesantes mientras los niños se inventan sus propios juegos o se unen a la actividad sin que los adultos les presten más atención de la que es absolutamente necesaria para que los niños puedan participar en ella. El lugar que ocupan los niños en la periferia, en vez de ser el centro de atención del adulto, les permitirá descubrir sus propios intereses a su propio ritmo sin sentirse presionados, siempre que haya suficiente variedad de materiales y actividades en el área en la que se ejercitan y descubren su potencial. Pero tanto si la actividad principal es tejer como fabricar un producto, pintar, esculpir, reparar o cualquier otra, debe de ser hecha principalmente por y para los adultos, y los niños han de poder unirse a esta actividad sin crear demasiados problemas. Así, todo el mundo se comportará con naturalidad y espontaneidad, sin que los padres sientan la presión de tener que limitar su mente a un nivel infantil ni que los niños se vean obligados a intentar adaptarse a lo que un adulto cree que es lo mejor para ellos, lo cual impediría que la motivación de los pequeños se manifestara sin problemas ni conflictos por iniciativa propia.

Los niños deberían poder acompañar a los adultos casi a todas partes. En culturas como la nuestra, donde esto es ahora en gran parte imposible, las escuelas y los maestros podrían aprender a aprovechar plenamente las tendencias de los niños a imitar y practicar unas habilidades por iniciativa propia en lugar de *enseñárselas*.

En una sociedad con un *continuum* correcto, las distintas generaciones vivirían bajo el mismo techo en provecho de todos. Los abuelos ayudarían tanto como pudieran, y los adultos que están en la plenitud de sus fuerzas para trabajar no envidiarían el apoyo que les falta de sus mayores ni el de sus hijos. Pero de nuevo la verdadera cohabitación enriquecedora de las generaciones depende de que la personalidad de cada uno de sus miembros esté ya realizada y no se absorban las emociones unos a otros, como la mayoría de nosotros haríamos, para colmar las necesidades infantiles insatisfechas de atención y cuidados.

Los líderes surgirían de manera natural entre los miembros de una sociedad, al igual que ocurre entre los niños, y se limitarían a tomar

iniciativas sólo cuando las individuales fueran poco prácticas. Los seguidores han de ser los que decidan a quién seguir y han de poder cambiar de líderes según les convenga. En una cultura *continuum* como la de los yecuanas, la actuación de los líderes es mínima, y cualquier individuo es libre de no seguir su decisión si así lo desea; pero tendrá que pasar mucho tiempo antes de que podamos llevar con éxito una vida tan cercana a la anarquía. Sin embargo, vale la pena tenerla en cuenta como una dirección hacia la que podemos dirigirnos cuando las presiones ejercidas por nuestras culturas y nuestra población lo permitan.

La cantidad de personas que vivirían y trabajarían juntas variaría de algunas familias a varios centenares, de modo que el individuo procuraría mantener buenas relaciones con todas las personas con las que se relacionara. Saber que uno se seguirá relacionando con las mismas personas es un fuerte motivo para tratarlas con justicia y respeto, incluso en nuestro mundo, donde un grupo fijo de vecinos, como ocurre en las comunidades rurales o en los pueblos pequeños, se agrupan espontáneamente formando una sociedad. El animal humano no puede vivir realmente con miles o millones de personas. Sólo puede relacionarse con una cantidad limitada, y en las grandes ciudades puede verse que entre las muchedumbres, cada individuo tiene a nivel laboral y social un círculo de personas del tamaño más o menos de una tribu. Sin embargo, el resto de personas de su alrededor ejercen el efecto de hacerle sentir que tiene una infinita cantidad de oportunidades para establecer nuevas relaciones si deja que las antiguas fracasen.

Los yecuanas me enseñaron unas formas mucho más refinadas de relacionarme con la gente que las que yo conocía del mundo civilizado. Su manera de recibir a los visitantes me impresionó muchísimo.

Me di cuenta de ello cuando llegué a una aldea yecuanana con dos viajeros yecuanas procedentes de otra lejana aldea. Como por aquel entonces no se esperaba que yo supiera cómo debía comportarme, Benito, el anciano que había vivido con los venezolanos en su juventud y que hablaba un poco de español, se acercó y me recibió con la típica palmadita en los hombros de los venezolanos y después de conversar un

poco conmigo, me mostró dónde podía poner la hamaca. Pero a mis dos compañeros los trataron de una manera muy distinta. Se sentaron cerca de mí, bajo un gran tejado redondo sin decir una palabra a nadie ni sin que nadie les dijera nada, sin mirarse ni hablar entre ellos. Los residentes iban y venían a un lado y a otro mientras se dedicaban a sus labores, pero ninguno se fijó demasiado en los visitantes. Durante cerca de una hora y media los dos estuvieron sentados sin moverse ni hablar; después, una mujer se acercó silenciosamente y tras dejar en el suelo un poco de comida ante ellos, se alejó. No empezaron a comer en el acto sino que esperaron un poco y lo hicieron sin decir una palabra. Luego les retiraron los boles en silencio y pasó más tiempo.

Al fin, un hombre se acercó lentamente y se quedó de pie apoyado contra uno de los postes que sostenían el tejado, detrás de los visitantes. Al rato pronunció algunas sílabas en voz baja. Transcurrieron dos minutos antes de que el visitante de más edad respondiera también brevemente. De nuevo guardaron silencio. Cuando volvieron a hablar era como si cada palabra regresara al silencio reinante del que había surgido. El ritmo y la dignidad personal de cada hombre no sufría ninguna imposición. A medida que el intercambio se fue haciendo más vivo, fueron llegando otros, se quedaron ahí un rato y participaron de la conversación. En cada hombre parecía haber una sensación de serenidad que debía ser preservada. Nadie interrumpió a nadie; la voz de cada uno de ellos carecía del menor rastro de presión emocional. Cada hombre permanecía equilibrado en su propio centro. Al poco tiempo, la risa florecía ya entre la conversación elevándose y cayendo al unísono como una oleada en medio de las conversaciones que mantenían una docena y pico de hombres. Al ponerse el sol, una mujer sirvió la cena a los reunidos, que ahora eran ya todos los habitantes de la aldea. Se habían intercambiado las noticias y reían muy a menudo. Tantos los residentes como los visitantes se habían integrado perfectamente en el ambiente sin tener que recurrir a la falsedad o al nerviosismo. El silencio no había sido un signo de interrupción de la comunicación sino un espacio de tiempo para que cada individuo pudiera estar en paz consigo mismo y asegurarse de que los demás también lo estaban.

Cuando los hombres de la aldea salían para hacer largos viajes para intercambiar objetos con otros indios, las familias y los clanes de éstos los recibían con el mismo procedimiento: les dejaban permanecer en silencio el tiempo suficiente para que la atmósfera de la vida de la aldea volviera a ser la misma y después se acercaban tranquilamente sin ejercer ninguna presión ni pedir demostraciones emotivas.

Uno tiende a ver la personalidad de los extranjeros o gente exótica como si fueran bastante uniformes, y la de los primitivos quizás más aún si cabe. Pero naturalmente no es así. La aceptación de las costumbres y las convenciones locales hace que la conducta de los miembros de una sociedad guarde un cierto parecido, pero las diferencias entre los individuos, en una sociedad con un *continuum* más correcto, están constituidas por unas expresiones más libres de características innatas, ya que la sociedad no necesita temerlas ni intentar reprimirlas.

En las sociedades del mundo civilizado, en cambio, las diferencias entre las personas —que son de distintos grados, según lo que una determinada sociedad se haya alejado de los modelos del *continuum*— son principalmente la expresión de la forma en la que cada individuo se ha adaptado a las distorsiones de su personalidad producidas por la cualidad y cantidad de la carencia padecida. Las personas de las sociedades civilizadas suelen, por tanto, ser antisociales, y la sociedad las teme, así como todos los otros signos de incomformismo que manifiestan. En general, cuanto más *anticontinuum* sea una cultura, más tenderá a presionar a los individuos para que den la impresión de aceptar una norma en su conducta pública y privada.

En una ocasión me quedé pasmada al ver a un yecuaña que se le ocurrió subir hasta la cima de una colina que dominaba la aldea para aporrear un tambor y gritar a voz en grito durante una buena media hora hasta satisfacer su impulso. Quiso hacerlo por sus propias razones, y lo hizo sin mostrar ninguna preocupación por lo que sus vecinos pudieran pensar, aunque no fuera algo *habitual*. Mi sorpresa se debió a que yo nunca me había cuestionado la tácita ley de mi sociedad acerca de que los miembros cuerdos de la comunidad reprimen sus

impulsos *raros* o *irracionales* para evitar que los demás tengan miedo o desconfíen de ellos.

Como corolario a esta norma de nuestra cultura, las personas más famosas y aceptadas entre nosotros —estrellas de cine, del pop, figuras como Winston Churchill, Albert Einstein y Gandhi— tienen licencia para vestir y comportarse de un modo mucho menos convencional del que podían haberse permitido antes de ser lo bastante conocidas como para estar libres de toda sospecha. Incluso las trágicas aberraciones de Judy Garland no eran de alguna manera tan espantosas para el público como si uno de sus vecinos las hubiera manifestado, ya que al ser una persona famosa apoyada por millones de otras, no existía el temor de aceptar lo que ella hacía. Uno no tenía que basarse en la dudosa capacidad propia para juzgar y aceptar.

Se ve fácilmente que las personas menos fiables que hay entre nosotros son las que más desconfían de los demás, rasgo que puede considerarse neurótico y antisocial en una sociedad que recomienda que sus miembros sean personas de fiar, pero también puede ser una actitud totalmente social en una sociedad que tenga por costumbre intentar estafar al otro siempre que sea posible suponiendo, por supuesto, que éste hará lo mismo. Uno está dependiendo entonces de miembros de la propia cultura que no son de fiar y buscando siempre la oportunidad de ganarles el juego. En muchos países constituye un *modus vivendi*, sólo que quizás sea un poco más duro para el visitante confiado de un país donde jugar limpio forma parte importante de lo que se considera una conducta social.

A mí me pareció que la idea yecwana de hacer negocios estaba basada, al igual que su forma de recibir a los visitantes nuevos, en un gran deseo de no crear tensión alguna. Tuve la oportunidad de descubrir hasta qué punto eran corteses al hacer un intercambio con Anchu, el jefe yecwana. Ocurrió en la época en que él había iniciado la campaña para guiarme a comportarme como ellos en lugar de tratarme de la forma habitual, como un ser que no era humano, sin darme el respetuoso trato que recibía una persona auténtica (un yecwana) ni esperar que

me comportara como uno de ellos. Las lecciones que me dio no fueron instrucciones verbales o explicaciones, sino experiencias que tendieron a poner de manifiesto, o más bien a aclarar, mi capacidad innata para reconocer y preferir lo que era más adecuado según las circunstancias. Podría decirse que estaba intentando liberar a mi *continuum* las innumerables interferencias que mi propia cultura había impuesto.

Fue en una ocasión, que ya he mencionado anteriormente, en la que Anchu me había preguntado qué era lo que yo deseaba a cambio de un cristal veneciano de una pieza de bisutería. Le respondí enseguida que quería cañas de azúcar, ya que nuestra expedición había perdido la provisión de azúcar que llevaba al volcar una canoa en un rápido y mi deseo de comer azúcar había empezado a ser obsesivo. Al día siguiente nos dirigimos a la plantación de caña de azúcar con su esposa —entre los yecuanas sólo las mujeres cortan caña de azúcar— para finalizar la transacción. Anchu y yo nos sentamos sobre un tronco que había junto a la plantación mientras su mujer se adentraba en ella y salía con cuatro cañas de azúcar. Las arrojó al suelo, y Anchu me preguntó si quería más.

Claro que quería más, quería tantas como pudiera sacar, de modo que dije que sí.

Su esposa volvió a la plantación y regresó con dos cañas más. Las dejó en el suelo junto a las otras.

Anchu me preguntó: *¿Más?*

Y volví a decir: *¡Sí, más!* Pero entonces se me encendió una lucecita en la cabeza. No estábamos regateando con la actitud egoísta habitual que yo había supuesto. Anchu me estaba pidiendo de una forma amistosa y confiada que juzgara qué cantidad sería un intercambio justo y estaba dispuesto a aceptar mi valoración. Cuando comprendí mi error me sentí avergonzada y llamé a su esposa, que había ido a la plantación por cuarta vez con el machete, para decirle *¡Toini!* [*¡Sólo una!*]. Así que el trato se zanjó con siete cañas de azúcar y la negociación se llevó a cabo sin enemistarnos de ningún modo y sin crear ninguna tensión entre nosotros, después de yo haberlo entendido.

No creo que nuestras técnicas comerciales puedan llegar a volverse tan *civilizadas* como las de los yecuanas. He contado la historia sólo como un ejemplo de lo que puede considerarse una forma de obrar si la cultura lo recomienda y contando con que los miembros de la sociedad tengan una motivación social en lugar de antisocial. Una sociedad que recomiende unas costumbres menos agradables y atractivas seguirá consiguiendo que los miembros socialmente motivados las sigan. Por ejemplo, para los indios sanemas, cuya cultura difiere considerablemente de la de los yecuanas, es correcto asaltar otra aldea y robar tantas mujeres jóvenes y matar a tantos hombres como les sea posible.

No se sabe cuándo y por qué se originó este aspecto de su cultura o por qué los indios jívaros, al otro extremo del continente sudamericano, creen que la muerte debe ser vengada sea cual sea su causa. Pero lo que es útil observar es que una sociedad de individuos socialmente motivados vivirá siguiendo los dictados de su cultura. Las personas que han podido satisfacer las expectativas de su *continuum* no desarrollan un carácter antisocial o criminal. Igual que un asesino de origen humilde comete un acto antisocial al asesinar a alguien y en cambio un soldado que mata a un enemigo no lo comete, es el motivo y no el acto en sí lo que cuenta a la hora de evaluar la sociabilidad del autor del crimen.

Imagino que a nosotros nos gustaría que fuera una cultura humana en la que nuestra sociedad apoyara las inclinaciones cooperativas. Pero la palabra *humana* debe también conllevar un respeto por el *continuum* humano. Una cultura que exija a las personas vivir de un modo para el que su evolución no les ha preparado, que no llene sus expectativas innatas y que presione, por tanto, la adaptabilidad de las mismas más allá de sus límites, está condenada a dañar la personalidad de los miembros integrantes.

Una forma de presionar la personalidad humana hasta unos límites excesivos es privándola de la necesidad más elemental que ésta tiene si recibiera variedad de estímulos. La resultante pérdida de bienestar se manifiesta bajo el llamado *aburrimiento*. El sentido del *continuum*, al crear esta desagradable sensación, motiva al individuo a cambiar lo

que está haciendo. En el mundo civilizado no solemos sentir que tengamos *derecho* a no aburrirnos y pasamos años trabajando monótonamente en fábricas y oficinas o haciendo todo el día tareas poco interesantes.

En cambio, los yecuanas, con su rápido y agudo sentido de los límites de sus propios *continuums* y de su capacidad para adaptarse sin perder el bienestar, al sentir la amenaza del aburrimiento dejan en el acto de hacer lo que están llevando a cabo. Ante un trabajo monótono, han descubierto varios sistemas para eludir la amenaza del aburrimiento. En primer lugar, las mujeres que necesitan clavar numerosas hileras de trozos de metales afilados en una plancha de madera para fabricar un rallador para desmenuzar la mandioca, en lugar de clavar una hilera tras otra, se dedican en primer lugar a clavar las puntas trazando la forma de un diamante y después llenan el espacio restante, y aunque la forma desaparezca, al menos ha servido para entretener al artesano.

Otro ejemplo es construir un tejado atando con una liana cada hoja de palmera a un marco. Los hombres se sientan en un andamio junto a varias pilas de hojas de palmera y van trabajando lentamente atándolas una a una. Aunque tengan que construir un gran tejado, disponen de varios sistemas para no aburrirse. En primer lugar, invitan a todos los hombres de la aldea y alrededores para que les ayuden a construir el tejado con más rapidez. Antes de que lleguen, las mujeres ya han fermentado la suficiente mandioca como para que todo el mundo pueda estar más o menos achispado durante los días en los que durará el trabajo, así se disminuye el nivel de conciencia de los participantes y, con ello, la normal vulnerabilidad al aburrimiento. Para animar la atmósfera festiva, los participantes se adornan con cuentas, plumas y pinturas, y alguien se dedica a pasear por el lugar tocando un tambor la mayor parte del tiempo. Los hombres y los chicos hablan y bromean mientras trabajan y sólo dejan la tarea cuando les apetece bajar para cambiar y hacer otra cosa. Algunas veces está trabajando un considerable grupo de personas y otras, sólo algunas pocas tienen ganas de hacerlo. Este método funciona a la perfección para todos; las familias de la casa en construcción se encargan de alimentar a los huéspedes con las piezas que han cazado de antemano.

Durante los días en los que se bebe, cuando todo el mundo está de algún modo ebrio y, por las noches, cuando los hombres, las mujeres y los niños beben más aún y los hombres están muy borrachos, es impresionante constatar de nuevo que no surge el menor signo de agresividad entre ellos.

Quizás una expresión de su personalidad sea la poca necesidad que tienen de juzgarse unos a otros y la facilidad con la que aceptan las diferencias individuales. Entre nosotros, puede verse que las personas más frustradas, más alienadas, son las que más piensan que deben juzgar a los demás y distinguirlos como aceptables o inaceptables, ya sea a nivel personal o grupal, como en un conflicto religioso, político, nacional, racial, sexual o incluso generacional.

El odio hacia uno mismo, procedente de no haber experimentado durante la primera infancia la sensación del propio bienestar es, naturalmente, una de las bases más importantes para sentir un odio irracional hacia los demás.

Es interesante ver que, aunque los yecuanas consideren a los indios sanemas seres inferiores de costumbres bárbaras y que los sane- mas alberguen un ligero resentimiento por el altivo trato de los yecuanas ni un grupo ni otro tiene el menor deseo de dañar el sistema de vida del otro. Suelen visitarse y comerciar, y cada grupo hace bromas sobre el otro a sus espaldas, pero nunca hay ningún conflicto entre ambos.

Gran parte de nuestra tragedia es que hemos perdido el sentido de nuestros *derechos* como miembros de la especie humana. No sólo aceptamos el aburrimiento con resignación, sino otros innumerables abusos que seguimos sufriendo a pesar del estado en el que ha quedado nuestro *continuum* después de los estragos de la primera infancia y la niñez. Por ejemplo, al hablar de los perros decimos: *Es cruel tener a un animal tan grande encerrado dentro del piso en la ciudad*, pero nunca decimos lo mismo de las personas, que son incluso de mayor tamaño y más sensibles a su entorno. Dejamos que nos bombardeen con el ruido

de las máquinas, el tráfico y las radios y esperamos que los desconocidos nos traten con rudeza. Esperamos ser despreciados por nuestros hijos y ser provocados por nuestros padres. Aceptamos vivir con una lacerante inseguridad no sólo en relación a nuestra capacidad laboral y social sino también en relación a nuestro matrimonio. Damos por sentado que la vida es dura y nos sentimos afortunados por gozar de cualquier momento de felicidad que podamos obtener. No vemos la felicidad como un derecho de nacimiento ni esperamos que sea algo más que paz o contento. La auténtica dicha, el estado en el que los yecuanas se hallan la mayor parte de su vida, es sumamente inusual entre nosotros.

Si tuviéramos la oportunidad de vivir la clase de existencia para la que hemos evolucionado, muchos de nuestros motivos presentes se verían afectados. En primer lugar, no imaginaríamos que los niños han de ser más felices que los adultos ni que los adultos jóvenes han de ser más felices que los ancianos. Como hemos visto, tenemos esta opinión porque estamos persiguiendo constantemente alguna meta que esperamos nos dará la sensación de bienestar que no hemos tenido en nuestra vida. A medida que vamos alcanzando nuestros objetivos y descubrimos que nos sigue faltando aquello indefinible que no tuvimos desde la primera infancia, vamos dejando gradualmente de creer que la siguiente serie de esperanzas calmarán nuestros persistentes anhelos. También aprendemos a aceptar la *realidad* o atenuar el dolor de las repetidas decepciones lo mejor posible. Al llegar a la madurez, empezamos a decirnos en algún punto que hemos perdido, por una u otra razón, la oportunidad de gozar de un total bienestar y que debemos vivir con las consecuencias en estado de permanente resignación. Esta situación no puede llevarnos a la dicha.

Cuando vivimos como hemos evolucionado para hacerlo, la historia de nuestra vida es muy distinta. Los deseos satisfechos de la primera infancia dan paso a los de las fases sucesivas de la niñez y cada serie de deseos satisfechos da paso a la serie siguiente. El deseo de jugar desaparece; el deseo de trabajar va aumentando a medida que uno llega a la adultez; el deseo satisfecho de encontrar un atractivo miembro del sexo opuesto y de compartir la vida con él genera el deseo de trabajar

para la pareja y tener hijos con ésta. Se desarrolla entonces el impulso maternal o paternal hacia los hijos. La necesidad de relacionarnos con nuestros semejantes se va colmando desde la infancia hasta la muerte. A medida que las necesidades de los adultos que están en la flor de la vida de iniciar y llevar a cabo sus proyectos se van cumpliendo y que la fuerza física empieza a disminuir con la edad, surgen los deseos de ver triunfar a los seres queridos, de encontrar paz y de vivir una menor variedad de experiencias, de sentir que las cosas van avanzando por el ciclo de la vida sin que uno apenas ayude y, al final, sin necesidad de hacer nada, cuando la última serie de deseos es satisfecha y reemplazada por el único deseo de descansar, de no conocer nada más, de dejar de existir.

En cada etapa, basada firmemente en el fin de las precedentes, el estímulo del deseo recibe su respuesta. La juventud no es, por tanto, más ventajosa que la vejez. Cada época brinda sus propias alegrías y, tras alcanzar los deseos según su curso natural, no hay ninguna razón para envidiar a los jóvenes ni desear otra edad que la que uno tiene y los placeres que ésta aporta, incluyendo la llegada de la muerte. El dolor y la enfermedad, la muerte de los seres queridos, las molestias y los desengaños estropean la feliz norma, pero no alteran el hecho de que la felicidad sea lo normal ni afectan la tendencia del *continuum* a restablecerla y curarla después de cualquier alteración.

Lo importante es que el sentido del *continuum*, cuando se le deja funcionar a lo largo de la vida, es capaz de cuidar de nuestros intereses mejor de lo que cualquier otro sistema intelectualmente creado pueda empezar a hacerlo.

El restablecimiento de los
principios del *continuum*

Si el bebé mantiene un constante contacto físico con el cuerpo de su cuidadora, su campo energético se vuelve una unidad con el de ella, y ambos pueden descargar el exceso de energía a través de las actividades de la cuidadora. El bebé puede permanecer relajado, sin acumular ninguna tensión, a medida que su exceso de energía fluye hacia la de su cuidadora.

Hay un asombroso contraste entre la conducta de un bebé yecua en brazos y la de nuestros bebés, quienes pasan la mayor parte del tiempo aislados. Los bebés yecuanas son suaves y fáciles de manejar, y al ser sostenidos o llevados en cualquier posición práctica no ofrecen la menor resistencia. En cambio, nuestros bebés patean tensando el cuerpo, agitan los bracitos violentamente y agarrotan la espalda formando un rígido arco. Se mueven inquietos y se tensan mientras están en la cuna o el cochecito y cuesta sostenerlos si siguen moviéndose de la misma forma mientras los cogemos. Están intentando descargar la creciente tensión procedente de haber recibido más energía de la que pueden retener o liberar de una manera agradable. Cuando se excitan con la atención de alguien o se revuelven, suelen emitir penetrantes chillidos. Aunque estén expresando placer, el estímulo les causa una reacción muscular violenta que consume parte de la energía acumulada.

El bebé pasivo que está cómodamente dentro de su *continuum*, cuyas expectativas de recibir un continuo contacto físico están satisfechas, ha de colaborar muy poco para descargar la energía y deja esta tarea en manos del adulto o del niño que lo lleva a cuestas. Pero esta situación cambia de manera radical en el momento en que el bebé completa la fase de estar en brazos y empieza a gatear. Será él quien tendrá entonces que hacer circular su propia energía. Su actividad aumenta enormemente. En poco tiempo aprende a desplazarse valiéndose de los codos, la parte interior de las piernas y el estómago y viaja a unas velocidades impresionantes, que aumentan más si cabe cuando empieza a gatear. Si no se le limita, el bebé empieza entonces a gatear de manera vigorosa y persistente por la zona disponible, gastando su exceso de energía a medida que explora el mundo en el que vivirá.

Cuando el bebé empieza a andar, correr y jugar lo hace a un ritmo que al adulto le puede parecer bastante febril. Un adulto que intente mantener el ritmo del niño se agotará pronto. Los niños de la misma edad o mayores son los compañeros más adecuados para él. El bebé desea imitarles y lo hace tan bien como se lo permite su creciente habilidad. Sólo él puede poner límite a su tremenda actividad. Cuando se cansa, va a descansar con su madre o, cuando es mayor, a la cama.

Pero un niño no puede descargar la suficiente energía necesaria para sentirse a gusto si por alguna razón, como ocurre con tanta frecuencia en las situaciones del mundo civilizado, sus acciones se ven limitadas por un tiempo o un espacio insuficientes en el que jugar o si es encerrado en un parque, un arnés, una cuna o una trona.

Cuando el niño pasa a la etapa en la que patalea, agita los miembros y se tensa para aliviar la incomodidad de la energía no expresada, lo más probable es que descubra pronto que el molesto exceso de energía se concentra principalmente en los genitales y que, al estimularlos, el exceso de energía que hay en el resto del cuerpo fluye hacia ellos hasta que la tensión acumulada en los genitales es lo bastante fuerte como para liberarse. La masturbación se convierte así en una segura válvula para descargar el exceso de energía que el niño no ha gastado con las actividades diarias.

En la adultez, el exceso de energía se concentra igualmente por medio de los preludios sexuales y se libera con el orgasmo. El acto sexual tiene, pues, dos objetivos: el reproductor y el de restablecer un nivel agradable de energía.

En las personas cuyas carencias les han obligado a mantener un estado de tensión entre los poco armoniosos aspectos de su personalidad, el orgasmo sólo libera una parte superficial de la energía encerrada en sus músculos permanentemente tensos. Esta descarga incompleta del exceso de energía crea un estado crónico de insatisfacción que se manifiesta en malhumor, interés desmesurado por el sexo, incapacidad para concentrarse, nerviosismo y promiscuidad.

Y peor aún, la necesidad del adulto carente de una expresión física del sexo se mezcla con la necesidad insatisfecha de la primera infancia de experimentar un contacto físico no sexual. En general, esta última necesidad no se reconoce en nuestra sociedad y cualquier deseo de contacto físico se interpreta como un deseo sexual. De modo que los tabúes contra el sexo se aplican también a todas las otras reconfortantes formas no sexuales de mantener contacto físico.

Incluso los niños y los adultos yecuanas que han experimentado todo el contacto físico necesario en la primera infancia, siguen gozando de un abundante contacto físico al sentarse juntos, descansar en la misma hamaca o al acercarse unos a otros.

Necesitamos mucho más que ellos romper el presente tabú y reconocer la necesidad humana de experimentar la satisfacción del contacto físico. Nuestra necesidad infantil insatisfecha aumenta en gran medida el deseo que uno tiene de ella de manera natural tanto de niño como de adulto. Pero a medida que la necesidad continúa, la oportunidad de satisfacerla también persiste. Colmarla depende de nosotros.

Bajo el amplio estandarte del sexo, sin distinguirse de él como un impulso distinto, se encuentra la necesidad de ser abrazado, estar rodeado por la protección de otra persona, ser mimado y sentir que uno es adorable no porque haya traído un salario a casa o haya hecho un pastel, sino simplemente porque existe. La reconfortante atmósfera creada por el lenguaje infantil y el uso de nombres infantiles como *Conejito* o *La nena de papá* entre los miembros de una pareja llena los espacios experienciales que les quedaron por la poca atención recibida de sus padres. El uso generalizado de un lenguaje infantil es en sí mismo un testimonio de la continuada naturaleza de la necesidad.

A menudo, el deseo sexual y el deseo de afecto conducen el uno al otro. En los adultos, la satisfacción de una apremiante necesidad puede hacer surgir la otra. Un día tenso en la oficina puede hacer que el esposo, al llegar a casa, desee abrazar y ser abrazado por su esposa y que ella lo trate con afecto; después de satisfacer esta necesidad, quizás descubra que siente un deseo sexual por ella. Pero en nuestra sociedad

puede sentirse obligado a pasar directamente al sexo, ya que su mente no distingue las dos necesidades como independientes la una de la otra.

El amor entre adultos que han sido privados de la experiencia de estar en brazos es, forzosamente, una mezcla de las dos necesidades, que varía de una persona a otra según la naturaleza de la carencia. Las parejas deben aprender a tener en cuenta sus necesidades especiales y las de su pareja e intentar satisfacerlas lo mejor posible si desean tener un *buen* matrimonio.

Pero es importante resolver la confusión que hay entre la necesidad sexual y la necesidad de afecto —un contacto físico de carácter maternal—, la confusión que crean frases como *la mamá cachonda*. Creo que con una clara noción de la diferencia que hay entre ambas y con un poco de práctica en disociarlas, se puede intercambiar una mayor cantidad de afecto sin las complicaciones del compromiso sexual cuando uno no desea adquirirlo. La inmensa cantidad de deseo insatisfecho acumulado de experimentar un satisfactorio contacto físico podría reducirse considerablemente si socialmente fuera aceptable caminar con un compañero de uno u otro sexo cogidos de la mano, sentarse con los amigos con los que uno conversa con el cuerpo pegado al suyo, sin guardar una cierta distancia, sentarse en el regazo de un amigo tanto en público como en privado, acariciar una tentadora cabellera cuando uno siente el deseo de hacerlo, abrazarse con más libertad y de una forma más pública y, en general, no refrenar los impulsos afectuosos a no ser que no sean bienvenidos.

En los últimos años se han dado algunos pasos para mantener mayor contacto físico, y los abrazos se han ido aceptando no sólo entre los latinos y los miembros de las profesiones teatrales, sino cada vez más en otros sectores de la sociedad, entre mujeres y mujeres, entre mujeres y hombres y, al final, entre hombres y hombres.

Partiendo del punto de vista del *continuum*, al comprender qué es lo que los humanos necesitan y por qué lo necesitan, es posible comprender nuestra propia conducta y la de los demás de una manera más útil. Podemos dejar de culpar a nuestros padres o a la sociedad por

haber obrado mal con nosotros y comprender que todos somos víctimas de carencias. Los arzobispos y los *hippies*, los artistas y los científicos, los profesores y los niños pequeños traviesos, todos ellos están intentando encontrar el camino que conduce a la sensación de bienestar, al igual que las estrellas de cine, los políticos, los criminales, los cómicos, los homosexuales, las feministas, los clérigos y los hombres de negocios. Siendo los animales que somos, no podemos dejar de buscar la solución para satisfacer nuestras expectativas, por más irracional que sea nuestra conducta actual a causa de la maraña de combinaciones de carencias.

Pero comprender cuál es el problema y aceptar que todos somos sólo víctimas de víctimas, que nadie es el ganador, no nos curará. Como máximo nos ayudará a decidir dar un paso hacia la dirección correcta en lugar de alejarnos un paso más del bienestar.

Los niños pequeños que han sufrido carencias en la primera infancia se benefician enormemente sólo con que la madre, el padre o cualquier otra persona los acojan en su regazo y los dejen dormir en la cama de sus padres. Al cabo de poco tiempo habrán recibido todo cuanto necesitaban y querrán dormir solos, como lo habrían hecho antes si hubieran dormido con sus padres desde el momento de nacer.

En este momento de la historia, con las costumbres que tenemos, defender el hecho de dormir con nuestro bebé parece algo muy radical, así como llevarlo encima a todas partes o que alguien lo sostenga en todo momento mientras el niño duerme o está despierto. Pero a la luz del *continuum* y sus millones de años, sólo es nuestra diminuta historia la que parece radical al haberse alejado de las normas de la experiencia humana y prehumana establecidas hace mucho tiempo.

Hay mujeres y hombres que temen aplastar a su bebé mientras duermen o asfixiarlo bajo las sábanas. Pero una persona dormida no está muerta ni en coma a no ser que esté ebria, drogada o muy enferma. Mientras uno duerme es consciente constantemente.

Recuerdo las primeras noches en las que compartí mi cama con una lanosa cría de mona que apenas pesaba un kilo. La primera

noche me desperté una docena de veces temiendo aplastarla. La segunda fue casi tan mala como la primera, pero al cabo de algunos días ya había aprendido que mientras yo dormía era consciente de la posición de la mónica, y lo hacía teniéndola en cuenta, como cualquier otro animal grande que duerme con otro de menor tamaño. La posibilidad de que un bebé se asfixie bajo las sábanas de la cama de sus padres me parece mucho más remota, ya que éstos son conscientes de él, que la posibilidad de asfixiarse en su propia cama mientras duerme solo.

También existe la preocupación de que el niño esté presente mientras sus padres hacen el amor. Entre los yecuanas, su presencia es algo normal, al igual que debió de haberlo sido durante los cientos de milenios anteriores a nosotros. Puede ser incluso que al no estar presente no pueda forjar un importante vínculo psicobiológico con sus padres, con lo cual le quedará una sensación de desearlo que se convierte más tarde en un complejo de Edipo o Electra, un deseo reprimido y lleno de culpabilidad de hacer el amor con el padre del sexo opuesto, cuando en realidad lo que deseaba en un origen era el papel pasivo de un bebé, papel que se transformó en el distinto deseo de mantener una participación activa cuando cambió la cualidad de su sexualidad y dejó de recordar o imaginar la participación pasiva. Las investigaciones pueden demostrar que esta poderosa fuente de molesta y antisocial culpabilidad puede evitarse.

Una opinión muy generalizada es que prestar demasiada atención a un bebé o a un niño impedirá que se vuelvan independientes, y que llevarlos encima todo el tiempo debilitará su independencia. Ya hemos visto que la independencia en sí misma procede de haber vivido totalmente la etapa de estar en brazos, pero es una experiencia en la que el bebé está siempre presente pero en la que raras veces es el centro de atención. Se limita a estar ahí, en medio de la vida de sus cuidadores, experimentando cosas constantemente y siendo sostenido de manera segura. Cuando abandona las rodillas de su madre para arrastrarse, gatear y caminar por el mundo que está más allá del cuerpo materno lo hace sin interferencias. El papel de la madre es entonces estar disponible cuando él la busca o la llama. No es asunto suyo dirigir las activida-

des de su hijo ni protegerle de los peligros de los que él sería totalmente capaz de protegerse si se le diera la oportunidad. Esta es quizás la parte más difícil de cambiar al modo de actuar del *continuum*. Cada madre deberá confiar tanto como pueda en la capacidad de conservación de su bebé. Algunas lograrán dejar que su hijo juegue libremente con cuchillos afilados, con fuego o a la orilla del agua como hacen los yecuanas sin la menor vacilación al conocer el gran talento de los bebés para protegerse; pero cuanto menos se responsabilice una madre del mundo civilizado de la seguridad de su bebé, más pronto su hijo podrá volverse independiente y mejor lo hará. El niño sabrá cuándo necesita ayuda o consuelo. Él ha de ser el iniciador. Nunca se le debe impedir que esté con su madre, pero ella debe guiarlo lo menos posible.

El niño sobreprotegido y debilitado es aquél cuya iniciativa ha sido constantemente arrebatada por una madre demasiado ansiosa. No es aquel niño que fue sostenido en brazos durante los primeros e importantes meses cuando lo necesitaba.

Por supuesto, no resultará fácil trasladar las lecciones aprendidas de los yecuanas sobre el *continuum* a las distintas situaciones del mundo civilizado. Creo que el paso más útil que podemos dar es intentar mantenernos lo más cerca posible del *continuum*. Una vez el deseo de hacerlo está ahí, para descubrir cómo lograrlo en gran parte sólo hemos de usar el sentido común.

Una vez que una madre comprenda que si lleva encima a su bebé durante los primeros seis u ocho meses de vida estará asegurando la independencia del pequeño y creando la base para que sea sociable, poco exigente y positivamente servicial durante los quince o veinte años siguientes en los que vivirá con sus padres, lo hará aunque se diga por su propio interés que es mejor evitarse la *molestia* de llevarlo encima mientras hace las tareas domésticas o va a comprar.

Creo que la gran mayoría de padres quieren realmente a sus hijos y que sólo les privan de unas experiencias tan esenciales para su felicidad porque no tienen ni idea de que están haciéndoles sufrir. Si comprendieran la tortura que supone para un bebé llorar en la cuna sin

que nadie le haga caso, el terrible deseo de contacto que siente y las consecuencias del sufrimiento que le produce y los efectos que tendrá esta carencia sobre el desarrollo de la personalidad del niño y sobre el potencial para llevar una vida satisfactoria, no me cabe la menor duda de que harían todo lo posible por evitar dejarlo solo por un minuto.

Creo que cuando una madre empiece a servir al *continuum* de su bebé —y por tanto al suyo como madre— su instinto confundido por la cultura se reafirmará y conectará de nuevo con sus motivos naturales. No deseará dejar a su bebé. Cuando su hijo lllore, la señal le irá directamente al corazón, que no estará confundido por ninguna escuela de pensamiento sobre el cuidado de los niños. Si ella sigue los pasos adecuados, estoy segura de que el antiguo instinto pronto se encargará de la situación, pues el *continuum* es una poderosa fuerza y nunca deja de intentar restablecerse. La sensación de bienestar que siente la madre cuando se comporta según la naturaleza restablecerá el *continuum* en ella de una forma muchísimo mejor que cualquier otra cosa que este libro pueda haberle transmitido como una teoría⁹.

La diferencia entre nuestro estilo de vida y el de los yecuanas es irrelevante para los principios de la naturaleza humana que estamos considerando.

Muchas madres no pueden ir a trabajar con sus hijos, pero esos trabajos suelen ser opcionales. Las madres podrían, si se dieran cuenta de lo necesaria que es su presencia durante el primer año de vida del bebé, dejar el trabajo para evitar crear unas carencias que dañarían al bebé para el resto de su vida y que además serían una carga para ella durante años. Hay madres que necesitan trabajar. Pero no dejan a sus hijos solos en casa: pagan a alguien para que los cuide, los dejan con la

⁹ Desde que escribí el libro, muchas madres occidentales lo han confirmado. Aunque varias de ellas creían que nunca llegarían al extremo de mantener un constante contacto físico con sus hijos durante las veinticuatro horas del día, descubrieron que cuanto más llevaban con ellas a sus bebés, más deseaban hacerlo. En realidad, sus instintos se hicieron cargo de la situación.

abuela o hacen otro arreglo para que el niño esté acompañado. Sea cual sea el caso, se puede pedir a la cuidadora que lleve en brazos al bebé. A las canguros que cuidan al niño alguna noche se les puede pedir que cuiden al bebé en vez de a la televisión. Mientras miran la televisión o hacen sus deberes, pueden sostener al pequeño en el regazo. El ruido y la luz no lo perturbarán ni lo lastimarán, pero estar solo sí lo hará.

Llevar al bebé pegado al cuerpo mientras se realizan las tareas domésticas es cuestión de práctica. Una pañoleta que pase sobre un hombro y sostenga al bebé en la cadera opuesta servirá. Quitar el polvo y pasar la aspiradora también puede hacerse en gran medida con una sola mano. Hacer la cama resultará un poco más difícil, pero una madre ingeniosa encontrará el modo de hacerlo. Al cocinar, cuando la comida pueda salpicar, es cuestión de colocarse entre el fogón y el bebé para que el niño esté a salvo. El problema de hacer la compra se resuelve adquiriendo una bolsa con una buena capacidad y no comprando más de lo que se pueda llevar de una vez. Mientras haya tantos cochecitos en el mundo, no sería mala idea poner las compras en él y llevar al bebé en brazos. Las mochilas portabebés que permiten al adulto tener las manos libres, llevando al bebé en la parte frontal del cuerpo, eliminan gran parte de las experiencias importantes, ya que el pequeño sólo se tensará incómodamente al intentar ver lo que sucede a sus espaldas y la libertad de movimientos de la madre también se verá limitada innecesariamente después de las primeras semanas. En la mayoría de los casos, el mejor lugar para llevar a un bebé es sobre la cadera.

Sería de gran ayuda no considerar el cuidado del bebé como un trabajo. Hemos de aprender a verlo como si no exigiese hacer nada. Trabajar, hacer la compra, cocinar, limpiar, pasear y conversar con las amigas son cosas que hay que hacer, necesitamos disponer de un tiempo para ello, considerarlo como actividades. El bebé —junto con otros niños— simplemente está presente en estas actividades de una forma natural; no se necesita reservar un tiempo especial para él, aparte de los minutos dedicados a cambiarle los pañales. Su baño puede formar parte del de la madre. El hecho de darle el pecho no tiene que detener las otras actividades. Sólo es cuestión de cambiar nuestros hábitos menta-

les de estar centrados en el bebé en otros hábitos más adecuados para un ser capaz e inteligente cuya naturaleza es disfrutar del trabajo y la compañía de los adultos.

En nuestro actual estilo de vida se dan innumerables obstáculos para el *continuum* humano. No sólo tenemos costumbres *anticon-* *tinuum*, como separar a los bebés de las madres cuando nacen en el hospital, usar cochecitos, cunas y parques y no esperar que una madre que acaba de tener un hijo lleve a su bebé a una reunión social, sino que como nuestras viviendas están aisladas las unas de las otras, las madres no pueden disfrutar de la compañía de gente de su edad y se aburren, y los niños tampoco pueden ir a ver libremente a niños de su edad o mayores salvo en algunas guarderías y escuelas. Incluso en estos lugares en general sólo pueden relacionarse con niños de su edad, y los profesores, con demasiada frecuencia, enseñan a sus alumnos lo que deben hacer en vez de dejar que los niños sigan de manera natural su ejemplo.

Todavía hay parques en los que los padres y los niños pueden encontrarse al margen de la edad que cada uno tenga. Pero tanto los padres como los hijos tienen unos obstáculos impuestos, como mínimo, por el pasado, por la forma en que los padres fueron criados y por las antiguas ideas acerca del cuidado de los niños que forman parte de nuestra cultura. Surgirá el miedo habitual a no seguir las costumbres actuales, ya que el mismo *continuum* hace que tendamos a aceptar cualquier cosa que nuestra sociedad haga.

Un niño no podrá ir con su padre a la oficina y, a no ser que sea granjero o algo así, su hijo seguirá el ejemplo de otra persona.

Los individuos cuyo trabajo sea asumir el papel de ser un ejemplo para los demás, que demostrarán las habilidades de nuestra sociedad, serán las personas a las que los niños podrán seguir. Si estos educadores basan la relación que mantienen con los niños en estar disponibles para observar, seguir y ayudar, los niños podrán utilizar sus propios medios eficaces y naturales de educarse a sí mismos al hacer uso de las personas, las cosas y los acontecimientos de su mundo para imitar, observar y poner algo en práctica, movidos por su naturaleza socia-

ble e imitativa. Es de esperar que los niños de más edad muestren a los pequeños la forma de hacer las cosas. Para ellos es algo natural y crea mucha menos tensión en cada uno de los implicados. Para los niños que *enseñan* también supone una práctica excelente que los más pequeños los usen de este modo. No puede haber un medio más eficaz de educar.

En nuestro estilo de vida, otro obstáculo para el *continuum* es la idea de que nuestros hijos nos pertenecen y que, por tanto, tenemos el derecho de tratarlos como nos plazca, salvo pegarles o matarlos. No tienen ningún derecho legal que les proteja de ser torturados por unas madres que los dejan llorar solos sin tener en cuenta su sufrimiento. El hecho de ser humanos y capaces de sufrir no les da ningún derecho legal como el que tienen los adultos que son objeto de la crueldad de otros adultos. El hecho de que el sufrimiento padecido en la primera infancia perjudique también su capacidad de disfrutar el resto de su vida, lo cual demuestra que se les hace un daño enorme, no mejora su posición legal.

Los bebés no pueden expresar sus quejas ni dirigirse a una autoridad y protestar. Ni siquiera pueden asociar la tortura sufrida con su causa, simplemente son felices de ver a su madre cuando por fin llega.

En nuestra sociedad, los derechos no se conceden por ser objeto de un daño sino por quejarse de él. Los animales tienen los derechos más básicos, y además en pocos países. Y los indígenas primitivos que no tienen ningún medio con el que quejarse sólo reciben algunos de los pocos derechos que sus conquistadores se otorgan entre sí.

La costumbre ha dejado el trato de los bebés en manos del criterio materno. Pero ¿debería cada madre ser libre de desatender a su hijo, de darle un bofetón por llorar, de alimentarle cuando ella quiere y no cuando él quiere, de dejarle sufrir solo en una habitación durante horas, días y meses cuando la propia naturaleza del pequeño es estar en medio de la vida?

Las sociedades para la prevención de la crueldad infligida a los bebés y los niños sólo se preocupan por el peor tipo de maltratos. Se

debe ayudar a nuestra sociedad a ver la gravedad del crimen perpetrado contra los bebés que hoy día se considera un trato normal.

Incluso en una cultura como la nuestra, que se ha desarrollado sin tener en cuenta las verdaderas necesidades de sus miembros, si se comprende el *continuum* humano, habrá cabida para mejorar las oportunidades y reducir los errores.

Sin desear cambiar la sociedad en absoluto, podemos comportarnos correctamente con nuestros bebés y darles una sólida base personal con la que puedan afrontar cualquier situación. En lugar de privarles de experiencias dejándoles sólo una mano libre para afrontar el mundo exterior mientras la otra está ocupada resolviendo los conflictos internos, podemos hacer que nuestros hijos se mantengan sobre sus propios pies con las dos manos libres y preparadas para afrontar los retos del mundo exterior.

Una vez que reconozcamos plenamente las consecuencias del trato que damos a los bebés, a los niños, unos a otros y a nosotros mismos, y aprendamos a respetar el verdadero carácter de nuestra especie, podremos descubrir con mucha más profundidad nuestro potencial para la dicha.